Juan Emar

Diez

ediciones ercilla

A Juan Emar, humorista sutil, hay que presentarlo, por lo mismo, con seriedad. Nada cuadra mejor en el preámbulo de un ironista que cierta apariencia de gravedad. Por lo demás, Juan Emar se lo merece, si es que uno se refiere a sus quilates de escritor.

Juan Emar es el pseudónimo de Alvaro Yáñez, escritor chileno, nacido en 1893 y autor de tres libros: "Miltin", "Un año" y "Ayer", todos publicados en 1934.

De Juan Emar, espíritu observador y distante, dice Wilhelm Mann en su excelente panorama literario de Chile, inserto en "Chile luchando por nuevas formas de vida": " También ocupa, dentro de la literatura ex- " céntrica, un sitio aparte **Juan Emar.** En " sus libros inteligentes y amenos asistimos " al fuego artificial de fenómenos maravillo- " sos que son grávidos de significación sim- " bólica y de tendencia satírica".

"Diez", nuevo libro de Juan Emar, ratifica este concepto de Mann y demuestra que la orientación seguida por el autor no entraña ninguna concesión a moda alguna, sino un módulo fundamental de su espíritu.

EDITORIAL ERCILLA.

DIEZ

JUAN EMAR

DIEZ

Cuatro animales
Tres mujeres
Dos sitios - Un vicio

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1937

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla. S. A.

INDICE

págs.

CUATRO ANIMALES

El pájaro verde.. 13
Maldito gato.. 29
El perro amaestrado.. 83
El unicornio.. 91

TRES MUJERES

Papusa.. 115
Chuchezuma.. 127
Pibesa.. 149

DOS SITIOS

El hotel Mac Quice 163
El fundo de "La Cantera".. 179

UN VICIO

El vicio del alcohol.. 195

CUATRO ANIMALES

Allá por el año de 1847, un grupo de sabios franceses llegaba en la goleta *La Gosse* a la desembocadura del Amazonas. Iba con el propósito de estudiar la flora y fauna de aquellas regiones para, a su regreso, presentar una larga y acabada memoria al "Institut des Hautes Sciences Tropicales" de Montpellier.

A fines de dicho año, fondeaba *La Gosse* en Manaos, y los treinta y seis sabios — tal era su número—, en seis piraguas de seis sabios cada una, se internaban río adentro.

A mediados de 1848 se les señala en el pueblo de Teffe, y a principios de 1849, entrando en excursión al Juruá. Cinco meses más tarde han regresado a ese pueblo acarreando dos piraguas más, cargadas de curiosos ejemplares zoológicos y botánicos. Acto continuo siguen internándose por el Marañón, y el 1.o de enero de 1850 se detienen y hacen carpas en la aldea de Tabatinga a orillas del río mencionado.

De estos treinta y seis sabios, a mí, personalmente, sólo me interesa uno, lo que no quiere decir, ni por un instante, que desconozca los méritos y las sabidurías de los treinta y cinco restantes. Este uno es Monsieur le Docteur Guy de la Crotale, de 52 años de edad en aquel entonces, regordete, bajo, gran barba colorina, ojos bonachones y hablar cadencioso.

Del doctor de la Crotale ignoro totalmente sus méritos (lo que, por cierto, no es negarlos) y de su sabi-

duría no tengo ni la menor noción (lo cual tampoco es negarla). En cuanto a la participación que le cupo en la famosa memoria presentada en 1857 al Institut de Montpellier, la desconozco en su integridad, y en lo que se refiere a sus labores durante los largos años que los dichos sabios pasaron en las selvas tropicales, no tengo de ellas ni la más remota idea. Todo lo cual no quita que el doctor Guy de la Crotale me interese en alto grado. He aquí las razones para ello:

Monsieur le Docteur Guy de la Crotale era un hombre extremadamente sentimental y sus sentimientos estaban ubicados, ante todo, en los diversos pajaritos que pueblan los cielos. De entre todos estos pajaritos, Monsieur le Docteur sentía una marcada preferencia por los loros, de modo que ya instalados todos ellos en Tabatinga, obtuvo de sus colegas el permiso de conseguirse un ejemplar, cuidarlo, alimentarlo y aun llevarlo consigo a su país. Una noche, mientras todos los loros de la región dormían acurrucados, como es su costumbre, en las copas de frondosos sicomoros, el doctor dejó su tienda y, marchando por entre los troncos de abedules, caobillas, dipterocárpeos y cinamomos; pisando bajo sus botas la culantrilla, la damiana y el peyote; enredándose a menudo en los tallos del cinclidoto y de la vincapervinca; y heridas las narices por el olor del fruto del mangachapuy y los oídos por el crujir de la madera del espino cerval; una noche de vaga claridad, el doctor llegó a la base y trepó sigilosamente al más alto de todos los sicomoros, alargó presto una mano y se amparó de un loro.

El pájaro así atrapado era totalmente verde salvo bajo el pico donde se ornaba con dos rayas de plumillas negro-azuladas. Su tamaño era mediano, unos 18 centímetros de la cabeza al nacimiento de la cola, y de ésta tendría unos 20 centímetros, no más. Como este loro es el centro de cuanto voy a contar, daré sobre su vida y muerte algunos datos. Aquí van:

Nació el 5 de mayo de 1821, es decir que en el momento preciso en que rompía su huevo y entraba a la vida, lejos, muy lejos, allá en la abandonada isla de Santa Elena, fallecía el más grande de todos los Emperadores, Napoleón I.

De la Crotale lo llevó a Francia y desde 1857 a 1872 vivió en Montpellier cuidadosamente servido por su amo. Mas en este año el buen doctor murió. Pasó entonces el loro a ser propiedad de una sobrina suya, Mademoiselle Marguerite de la Crotale, quien, dos años más tarde, en 1874, contrajo matrimonio con el capitán Henri Silure-Portune de Rascasse. Este matrimonio fué infecundo durante cuatro años, pero al año quinto se vió bendecido con el nacimiento de Henri-Guy-Hégésippe-Désiré-Gaston. Este muchacho, desde su más tierna edad, mostró inclinaciones artísticas — acaso transmisión del fino sentimentalismo del viejo doctor — y de entre todas las artes prefirió, sin disputa, la pintura. Así es cómo, una vez llegado a París a la edad de 17 años — por haber sido su padre comandado a la guarnición de la capital — Henri-Guy entró a la Ecole des Beaux-Arts. Después de recibido de pintor, se dedicó casi exclusivamente a los retratos, mas luego, sintiendo en forma aguda la influencia de Chardin, meditó grandes naturalezas muertas con algunos animales vivos. Pasó por sus pinceles el gato de casa entre diversos comestibles y útiles de cocina, pasó el perro, pasaron las gallinas y el canario, y el 1.o de agosto de 1906 Henri-Guy se sentaba frente a una gran tela teniendo como modelo, sobre una mesa de caoba, dos maceteros con variadas flores, una cajuela de laca, un violín y nuestro loro. Mas las emanaciones de la pintura y la inmovilidad de la pose, empezaron pronto a debilitar la salud del pajarito, y así es cómo el 16 de ese mes lanzó un suspiro y falleció en el mismo instante en que el más espantoso de los terremotos azotaba a la ciudad de Valparaíso y castigaba duramente a la ciudad de Santiago

de Chile donde hoy, 12 de junio de 1934, escribo yo en el silencio de mi biblioteca.

El noble loro de Tabatinga, cazado por el sabio profesor Monsieur le Docteur Guy de la Crotale y muerto en el altar de las artes frente al pintor Henri-Guy Silure-Portune de Rascasse, había vivido 85 años, 3 meses y 11 días.

Que en paz descanse.

Mas no descansó en paz. Henri-Guy, tiernamente, lo hizo embalsamar.

Siguió el loro embalsamado y montado sobre fino pedestal de ébano hasta fines de 1915, fecha en que se supo que en las trincheras moría heroicamente el pintor. Su madre, viuda desde hacía siete años, pensó en viajar hacia el Nuevo Mundo y, antes de embarcarse, envió a remate gran número de sus muebles y objetos. Entre éstos iba el loro de Tabatinga.

Fué adquirido por el viejo père Serpentaire que tenía en el número 3 de la rue Chaptal una tienda de baratijas, de antigüedades de poco valor y de bichos embalsamados. Allí pasó el loro hasta 1924 sin hallar ni un solo interesado por su persona. Pero dicho año la cosa hubo de cambiar y he aquí de qué modo y por qué circunstancias:

En abril de ese año llegaba yo a París y, con varios amigos compatriotas, nos dedicamos, noche a noche, a la más descomunal y alegre juerga. Nuestro barrio predilecto era el bajo Montmartre. No había dancing o cabaré de la rue Fontaine, de la rue Pigalle, del boulevard Clichy o de la place Blanche, que no nos tuviera como sus más fervorosos clientes, y el preferido por nosotros era, sin duda, el *Palermo* de la ya mencionada rue Fontaine, donde, entre dos músicas de negros, una orquesta argentina tocaba tangos arrastrados como turrones.

Al sonar los bandoneones perdíamos la cabeza, entraba el champaña por nuestros gaznates y ya cuando

la primera voz — un barítono latigudo — rompía con el canto, nuestro entusiasmo rayaba en la locura.

De entre todos aquellos tangos, yo tenía uno de mi completa predilección. Acaso la primera vez que lo oí— mejor sería decir "lo noté"; y aun me parece, *lo aislé* — pasaba por mí algún sentimiento nuevo, nacía en mi interior un elemento psíquico más que, al romper y explayarse dentro — como el loro rompiendo su huevo y explayándose por entre los gigantes sicomoros — encontró como materia en donde envolverse, fortificarse y durar, las notas largas de ese tango. Una coincidencia, una simultaneidad, sin duda alguna. Y aunque el tal elemento psíquico nuevo nunca abrió luz en mi conciencia, era el caso que al prorrumpir aquellos acordes yo sabía con todo mi ser entero, de los cabellos a los pies, que ellos — los acordes — estaban llenos de significados vivos para mí. Entonces bailaba apretándola, a la que fuese, con voluptuosidad y ternura y sentía una vaga compasión por todo lo que no fuese yo mismo envuelto, enredado con una ella y con mi tango.

Cantaba el barítono latigudo del *Palermo*:

Yo he visto un pájaro verde
Bañarse en agua de rosas
Y en un vaso cristalino
Un clavelcito que se deshoja.

"Yo he visto un pájaro verde..." Esta fué la frase — en un comienzo tarareada, luego únicamente hablada — que expresó todo lo sentido. La usaba yo para toda cosa y para toda cosa sentía que calzaba con admirable justeza. Luego, por simpatía, los amigos la adaptaron para vaciar dentro de ella cuanto les vagara alrededor sin franca nitidez. Y como además dicha frase encerraba una especie de santo y seña en nuestras complicidades nocturnas, tendió sobre nosotros un hilo

flexible de entendimiento con cabida para cualquier posibilidad.

Así, si alguno tenía una gran noticia que dar, un éxito, una conquista, un triunfo, frotábase las manos y exclamaba con rostro radiante:

—¡Yo he visto un pájaro verde!

Y si luego una preocupación, un desagrado se cernía sobre él, con voz baja, con ojos cavilosos, gachas las comisuras de sus labios, nos decía:

—Yo he visto un pájaro verde...

Y así para todo. En realidad no había necesidad para entendernos, para expresar cuanto quisiéramos, para hundirnos en nuestros más sutiles pliegues del alma, no había necesidad, digo, de recurrir a ninguna otra frase. Y la vida, al ser expresada de este modo, con este acortamiento y con tanta compresión, tomaba para nosotros un cierto cariz peculiar y nos formaba una segunda vida paralela a la otra, vida que a ésta a veces la explicaba, a veces la embrollaba, a menudo la caricaturizaba con tal especial agudeza que ni aun nosotros mismos llegábamos a penetrar bien a fondo en dónde y por dónde aquello se producía.

Luego, con bastante frecuencia, sobre todo hallándome ya solo en casa de vuelta de nuestras farras, era súbitamente víctima de una carcajada incontenible con sólo decirme para mis adentros:

—Yo he visto un pájaro verde.

Y si entonces miraba, por ejemplo, mi cama, mi sombrero o por la ventana los techos de París para de ahí pasar a la punta de mis zapatos, esa carcajada, junto con aumentar su cosquilleo interno, volvía a echar sobre todos mis semejantes una nueva gota de compasión y hasta desprecio, al pensar cuan infelices son todos aquellos que no han podido, siquiera una vez, reducir sus existencias todas a una sola frase que todo lo aprieta, condensa y, además, fructifica.

En verdad, *yo he visto un pájaro verde.*

Y en verdad, ahora mismo me río un poco y recuerdo y comprendo por qué la humanidad puede ser compadecida.

Una tarde de octubre fuí de excursión a Montparnasse. Visitando sus diferentes bares por la tarde y sus *boites* por la noche, y después de suculenta comida, regresé a casa con la cabeza mareada, con el estómago repleto y con hígado y riñones trabajando enérgicamente.

Al día siguiente, cuando a las siete de la tarde telefonearon los amigos para juntarnos e ir de farra, mi enfermera les respondió que me sería totalmente imposible hacerles compañía aquella noche.

Recorrieron ellos todos nuestros sitios favoritos, y entre champaña, bailes y cenas, les sorprendió el amanecer y luego una magnífica mañana otoñal.

Cogidos del brazo, entonando los aires oídos, sobre los ojos u orejas los sombreros, bajaban por la rue Blanche y torcían por la rue Chaptal en demanda de la rue Notre Dame de Lorette donde dos de ellos vivían. Al pasar frente al número 3 de la segunda de las calles citadas, el père Serpentaire abría su tiendecilla y aparecía en el escaparate, ante las miradas atónitas de mis amigos, tieso sobre su largo pedestal de ébano, el pájaro verde de Tabatinga.

Uno gritó:

—¡Hombres! ¡El pájaro verde!

Y los otros, más que extrañados, temerosos de que aquello fuese una visión alcohólica o una materialización de sus continuos pensamientos, repitieron en voz queda:

—Oh... El pájaro verde...

Un segundo después, recobrada la normalidad, se precipitaban cual un solo hombre a la tienda y pedían la inmediata entrega del ave. Pidió el père Serpentaire once francos por la pieza y los buenos amigos, emocionados hasta las lágrimas con el hallazgo, doblaron el

precio y depositaron en manos del viejo abismado, la suma de veintidós francos.

Entonces les vino el recuerdo del compañero ausente y, con un mismo paso, se dirigieron a casa. Treparon las escaleras con escándalo de los conserjes, llamaron a mi puerta y me hicieron entrega de la reliquia. Todos a una voz cantamos entonces:

Yo he visto un pájaro verde
Bañarse en agua de rosas
Y en un vaso cristalino
Un clavelcito que se deshoja!

El loro de Tabatinga tomó sitio sobre mi mesa de trabajo y allí, su mirada de vidrio posada sobre el retrato de Baudelaire en el muro de enfrente, allí me acompañó los cuatro años más que permanecí en París.

A fines de 1928 regresé a Chile. Bien embalado en mi maleta, el pájaro verde volvió a cruzar el Atlántico, pasó por Buenos Aires y las pampas, trepó la cordillera, cayó conmigo al otro lado, llegó a la estación Mapocho y el 7 de enero de 1929 sus ojos de vidrio, acostumbrados a la imagen del poeta, contemplaron curiosos el patio bajo y polvoriento de mi casa y luego, en mi escritorio, un busto de nuestro héroe Arturo Prat.

Pasó todo aquel año en paz. Pasó el siguiente en igual forma y apareció, tras un cañonazo nocturno, el año de gracia de 1931.

Y aquí comienza una nueva historia.

El mismo 1.o de enero de aquel año — es decir (acaso dato superfluo pero, en fin, viene a mi pluma) 84 años después de la llegada del doctor Guy de la Crotale a Tabatinga — llegaba a Santiago, procedente de las salitreras de Antofagasta, mi tío José Pedro y me pedía, en vista de que había en casa una pieza para alojados, que en ella le diese hospitalidad.

Mi tío José Pedro era un hombre docto, bruñido por trabajos imaginarios y que consideraba como su más sagrado deber dar, en larguísimas pláticas, consejos a la juventud, sobre todo si en ella militaba alguno de sus sobrinos. La ocasión en mi casa le pareció preciosa pues ya — ignoro por qué vías — mi existencia de continua juerga en París había llegado a sus oídos. Todos los días durante los almuerzos, todas las noches después de las comidas, mi tío me hablaba con voz lenta sobre los horrores del París nocturno y me sermoneaba por haber vivido yo tantos años en él y no en el París de la Sorbona y alrededores.

La noche del 9 de febrero, sorbiendo nuestras tazas de café en mi escritorio, mi tío me preguntó de pronto, alargando su índice tembloroso hacia el pájaro verde:

—¿Y ese loro?

En breves palabras le conté cómo había llegado a mis manos después de una noche de diversiones y bullicio de mis mejores amigos y a la que no había podido asistir por haber ingerido el día antes enormes cantidades de comida y de alcoholes varios. Mi tío José Pedro clavóme entonces una mirada austera y luego, posándola sobre el ave, exclamó:

—¡Infame bicho!

Esto fué todo.

Esto fué el desatar, el cataclismo, la catástrofe. Esto fué el fin de su destino y el comienzo del total cambio del mío. Esto — alcancé a observarlo con la velocidad del rayo en mi reloj mural — aconteció a las 10 y 2 minutos y 48 segundos de aquel fatal 9 de febrero de 1931.

—¡Infame bicho!

Exactamente con perderse el último eco de la "o" final, el loro abrió sus alas, las agitó con vertiginosa rapidez y, tomando los aires con su pedestal de ébano siempre adherido a las patas, cruzó la habitación y, co-

mo un proyectil, cayó sobre el cráneo del pobre tío José Pedro.

Al tocarlo — recuerdo perfectamente — el pedestal osciló como un péndulo y vino a golpear con su base — que debe haber estado bastante sucia — la gran corbata blanca de mi tío, dejando en ella una mancha terrosa. Junto con ello, el loro clavaba en su calva un violento picotazo. Crujió el frontal, cedió, se abrió y de la abertura, tal cual sale, crece, se infla y derrama la lava de un volcán, salió, creció, se infló y derramó gruesa masa gris de su cerebro y varios hilillos de sangre resbalaron por la frente y por la sien izquierda. Entonces el silencio que se había producido al empezar el ave el vuelo, fué llenado por el más horrible grito de espanto, dejándome paralizado, helado, petrificado, pues nunca habría podido imaginar que un hombre lograse gritar en tal forma y menos el buen tío de hablar lento y cadencioso.

Mas un instante después recobraba de golpe, como una llamarada, mi calor y mi conciencia, cogía de un viejo mortero su mano de cobre y me lanzaba hacia ellos dispuesto a deshacer de un mazazo al vil pajarraco.

Tres saltos y alzo el arma para dejarla caer sobre el bicho en el momento en que se disponía a clavar un segundo picotazo. Pero al verme se detuvo, volvió los ojos hacia mí y con un ligero movimiento de cabeza, me preguntó presuroso:

—¿El señor Juan Emar, si me hace el favor?

Y yo, naturalmente, respondí:

—Servidor de usted.

Entonces, ante esta repentina paralización mía, asestó su segundo picotazo. Un nuevo agujero en el cráneo, nueva materia gris, nuevos hilos de sangre y nuevo grito de horror, pero ya más ahogado, más debilitado.

Vuelvo a recobrar mi sangre fría y, con ella, la

clara noción de mi deber. Alzase mi brazo y el arma. Pero el loro vuelve a fijarme y vuelve a hablar:

—¿El señor Juan Em...?

Y yo, con tal de terminar pronto:

—Servidor de ust...

Tercer picotazo. Mi viejo perdió un ojo. Como quien usa una cucharilla especial, el loro con su pico se lo vació y luego lo escupió a mis pies.

El ojo de mi viejo era de una redondez perfecta salvo en el punto opuesto a la pupila donde crecía una como pequeña colita que me recordó inmediatamente los ágiles guarisapos que pueblan los pantanos. De esta colita salía un hilo escarlata delgadísimo que, desde el suelo, iba a internarse en la cavidad vacía del ojo y que, con los desesperados movimientos del anciano, se alargaba, se acortaba, temblaba, mas no se rompía ni tampoco movía al ojo quedado como adherido al suelo. Este ojo era, repito — hechas las salvedades que anoto — perfectamente esférico. Era blanco, blanco cual una bolita de marfil. Yo siempre había imaginado que los ojos, atrás — y sobre todo de los ancianos—, eran ligeramente tostados. Mas no: blanco, blanco cual una bolita de marfil.

Sobre este blanco, con gracia, con sutileza, corrían finísimas venas de laca que, entremezclándose con otras más finas aún de cobalto, formaban una maravillosa filigrana, tan maravillosa, que parecía moverse, resbalar sobre el húmedo blanco y, a veces, hasta desprenderse para ir luego por los aires como una telaraña iluminada que volase.

Pero no. Nada se movía. Era una ilusión nacida del deseo — harto legítimo por lo demás — de que tanta belleza y gracia aumentase, siguiese, llegase a la vida propia y se elevase para recrear la vista con sus formas multiplicadas, el alma con su realización asombrosa.

Un tercer grito me volvió al camino de mi deber.

¿Grito? No tanto. Un quejido ronco; eso es, un quejido ronco pero suficiente, como he dicho, para volverme al camino de mi deber.

Un salto y silba en mi mano la mano del mortero. El loro se vuelve, me mira:

—¿El señor Ju...?

Y yo presuroso:

—Servidor de u...

Un instante. Detención. Cuarto picotazo.

Este cayó en lo alto de la nariz y se terminó en su base. Es decir, la rebanó en su totalidad.

Mi tío, después de esto, quedó hecho un espectáculo pasmoso. Bullía en lo alto de su cabeza, en dos cráteres, la lava de sus pensamientos; vibraba el hilito escarlata desde la cuenca de su ojo; y en el triángulo dejado en medio de la cara por la desaparición de la nariz, aparecía y desaparecía, se inflaba y se chupaba, a impulsos de su respiración agitada, una masa de sangre espesa.

Aquí ya no hubo grito ni quejido. Unicamente su otro ojo, por entre los párpados caídos, pudo lanzarme una mirada de súplica. La sentí clavarse en mi corazón y afluir entonces a éste toda la ternura y todos los recuerdos perdidos hasta la infancia, que me ataban a mi tío. Ante tales sentimientos, no vacilé más y me lancé frenético y ciego. Mientras mi brazo caía, llegó a mis oídos un susurro:

—¿El señ...?

Y oí que mis labios respondían:

—Servid...

Quinto picotazo. Le arrancó el mentón. Rodó el mentón por su pecho y, al pasar por su gran corbata blanca, limpió de ella el polvo dejado por el pedestal y lo reemplazó un diente amarilloso que allí se desprendió y sujetó, y que brilló como un topacio. Acto continuo, allá arriba, cesó el bullir, por el triángulo de la nariz disminuyó el ir y venir de los borbotones espesos,

el hilo del ojo se rompió, y el mentón, al dar contra el suelo, sonó como un tambor. Entonces sus dos manos flacas cayeron lacias de ambos lados y de sus uñas agudas, dirigidas inertes hacia la tierra, se desprendieron diez lágrimas de sudor.

Sonó un silbido bajo. Un estertor. Silencio.

Mi tío José Pedro falleció.

El reloj mural marcaba las 10 y 3 y 56. La escena había durado 1 minuto y 8 segundos.

Después de esto, el pájaro verde permaneció un instante en suspenso, luego extendió sus alas, las agitó violentamente y se elevó. Como un cernícalo sobre su presa, se mantuvo suspendido e inmóvil en medio de la habitación, produciendo con el temblor de las alas un chasquido semejante a las gotas de la lluvia sobre el hielo. Y el pedestal, entre tanto, se balanceaba siguiendo el ritmo del péndulo de mi reloj mural.

Luego el bicho hizo un vuelo circular y por fin se posó, o mejor dicho, posó su pie de ébano sobre la mesa y, fijando nuevamente sus dos vidrios sobre el busto de Arturo Prat, los dejó allí quietos en una mirada sin fin.

Eran las 10 y 4 minutos y 19 segundos.

El 11 de febrero por la mañana se efectuaron los funerales de mi tío José Pedro.

Al llevar el féretro a la carroza, debíamos pasar frente a la ventana de mi escritorio. Aproveché la distracción de los acompañantes para echar un vistazo al interior. Allí estaba mi loro inmóvil, volviéndome la espalda.

La enorme cantidad de odio despedida por mis ojos debió pesarle sobre las plumas del dorso, más aún si a su peso se agregó — como lo creo — el de las palabras cuchicheadas por mis labios:

—¡Ya arreglaremos cuentas, pájaro inmundo!

Sin duda, pues rápido volvió la cabeza y me guiñó un ojo junto con empezar a entreabrir el pico para hablar. Y como yo sabía perfectamente cual sería la pregunta que me iba a hacer, para evitarla por inútil, guiñé también un ojo y, levemente, con una mueca del rostro, le dí a entender una afirmación que traducida a palabras sería algo como quien dice:

—Servidor de usted.

Regresé a casa a la hora de almuerzo. Sentado solo a mi mesa, eché de menos las lentas pláticas morales de mi tío tan querido, y siempre, día a día, las recuerdo y envío hacia su tumba un recuerdo cariñoso.

Hoy, 12 de junio de 1934, hace tres años, cuatro meses y tres días que falleció el noble anciano. Mi vida durante este tiempo ha sido, para cuantos me conocen, igual a la que siempre he llevado, mas, para mí mismo, ha sufrido un cambio radical.

He aumentado con mis semejantes en complacencia, pues, ante cualquier cosa que me requieran, me inclino y les digo:

—Servidor de ustedes.

Conmigo mismo he aumentado en afabilidad pues, ante cualquier empresa de cualquier índole que trate de intentar, me imagino a la tal empresa como una gran dama de pie frente a mí y entonces, haciendo una reverencia en el vacío, le digo:

—Señora, servidor de usted.

Y veo que la dama, sonriendo, se vuelve y se aleja lentamente. Por lo cual ninguna empresa se lleva a fin.

Mas en todo lo restante, como he dicho, sigo igual: duermo bien, como con apetito, voy por las calles alegremente, charlo con los amigos con bastante amenidad, salgo de juerga algunas noches y hay por ahí, según me dicen, una muchacha que me ama con ternura.

Cuanto al pájaro verde, aquí está, inmóvil y mudo. A veces, de tarde en tarde, le hago una seña amistosa y a media voz le canto:

Yo he visto un pájaro verde
Bañarse en agua de rosas
Y en un vaso cristalino
Un clavelcito que se deshoja.

Mas él no se mueve ni pronuncia palabra alguna.

MALDITO GATO

El 21 de febrero de 1919 tuvo una mañana esplendorosa. Ni más ni menos, esplendorosa. A las 6 hice ensillar el Tinterillo, monté y me alejé de las casas al galope por la larga alameda de algarrobos.

Era mi objetivo llegar a los cerros del Melocotón. Para ello hay que ir hasta el final de dicha alameda, tomar luego por espacio de unas ocho cuadras el camino público, torcer a la derecha por un sendero cubierto por las ramas de tupidos arrayanes y, por fin, cruzar un gran potrero sembrado de alfalfa. Terminado éste, se halla uno al pie de los cerros.

Lo que más contribuía al esplendor de aquella mañana eran dos cosas: 1.a) La temperatura; 2.a) Los perfumes campestres.

La primera se hallaba mantenida por un sol tibio de rayos aterciopelados. No tuve la ocurrencia — cosa que cualquiera se explicará — de proveerme de un termómetro, por lo cual me fué imposible verificar qué grado exacto marca esa atmósfera deleitosa. Lo único que puedo decir es que al galope suave del caballo daba justo la temperatura que se traduce en la piel sin un milígrado de calor ni un milígrado de frío, es decir, una temperatura tan adecuada, tan exacta, tan precisa, que, mientras galopaba suavemente el caballo, desaparecía la temperatura.

Ahora bien, forzando un poco el galope del animal, sentíase inmediatamente un frescor agradable. Y si, aprovechando sus bríos, se le espoleaba hasta el

gran galope largo, un frío franco penetraba por los huesos. Al final del camino público hice que mi cabalgadura corriese a cuanta velocidad sus patas pudiesen dar, mas apenas pasados unos treinta metros la detuve: una helada glacial de picacho aislado encima de las nubes me acuchilló el cuerpo entero y a punto estuve de quedar petrificado.

En cambio, si del galope suave uno pasaba al trote corto, sentíase un calorcillo reconfortante que inundaba los pulmones. Y si de aquél se venía al paso, se recordaba acto continuo que nos hallábamos en verano en un sitio a 32 grados de latitud. En la alameda de algarrobos tuve la idea de detenerme un instante. Una bocanada de fuego me envolvió súbitamente como si caballo y yo nos hallásemos sobre un horno gigantesco. Adopté, pues, fuera de estos ratos de ensayo, el suave galope acompasado, así es que hice la mayor parte del trayecto sin temperatura alguna.

Mientras así galopaba, me entretuve en gozar cuanto podía con aquel amplio registro de hielos y calores que esa esplendorosa mañana había puesto a mi disposición. Regulé perfectamente la velocidad del Tinterillo, de modo que la temperatura quedó del todo anulada. Entonces me entregué al siguiente juego: echaba mi mano derecha hacia atrás hasta tocar el anca del animal y luego, con el brazo bien estirado, la proyectaba hacia adelante hasta tocarle las orejas. La velocidad adquirida por mi mano durante este gesto era, naturalmente, la del galope del caballo más la suya propia, es decir que, haciendo dicho gesto con mayor o menor violencia, la mano alcanzaba un galope apresurado, o un gran galope, o la carrera. Por lo tanto, según como la proyectase hacia las orejas, sentía en ella todas las gamas del frío mientras el resto del cuerpo permanecía sin ningún grado registrable, al menos como sensación. Puedo asegurar que esto era agradabilísimo, cuanto hay de agradabilísimo en este mundo. Y no es

todo. Una vez la mano en las orejas repetía el gesto hacia la grupa, de modo que restase su propia velocidad a la velocidad del Tinterillo. Sentía entonces, según su mayor o menor violencia, todas las gamas del calor, y cuando la echaba hacia atrás con igual velocidad que el caballo iba hacia adelante, era la detención, y poco me faltaba para quemarme las yemas de los dedos.

Después de divertirme varias veces con este — repito — agradabilísimo juego, quise ir más lejos: tanto para adelante como para atrás, acelerar mi movimiento al máximo. Para adelante, doblar si fuese posible la velocidad del caballo; para atrás, llegar primero al punto de detención y luego retroceder con respecto a ese punto.

El primer ensayo lo hice al entrar al sendero de los arrayanes. El segundo, en medio del mismo. Al hacer el primero, no había alcanzado a tocar mi mano las orejas, que ya había lanzado un grito de dolor. Fué como si cien navajas me hubiesen herido; luego, una total insensibilidad. La mano estaba verde y dura. Con la izquierda le di un papirote: sonó como una bola de billar. Felizmente, al entrar al sendero, vi que a un costado se alzaba una pirca. Cogí de inmediato una de sus piedras y la restregué con fuerza sobre el miembro congelado. Las piedras superiores de las pircas, sabido es que de cada verano guardan un poco de calor, así es que cuando la pirca tiene más de setenta años de existencia, basta frotar una de ellas hasta que caiga deshecha la primera capa para que el calor almacenado de esa capa para adentro, se derrame irradiando. Así salvé mi mano.

Por cierto que pensé que si tal me había sucedido con la experiencia del hielo, peor me iría a ir con la del fuego. Mas, ¿cuándo volver a hallar una mañana como ésa? ¿Cómo dejarla trunca? ¿Cómo, pudiendo experimentarlo, no hacerlo? Me decidí.

¡Mil demonios, qué dolor! Aquí fué más que un grito: fué un aullido. Mi mano ardía roja como un tomate. Felizmente, como todos saben, el arrayán produce el arrayanín, y los que allí había se hallaban llenos del morado fruto. Cogí uno con mi izquierda y, apretándolo fuertemente, dejé que su jugo azucarado cayera sobre mi mano en combustión. ¡Santo remedio! El arrayanín condensa en su jugo todas las temperaturas bajo cero que el arrayán haya tenido que soportar durante el invierno anterior, y como el de 1918 había sido excesivamente frío — catorce veces el termómetro había bajado de cero — el jugo del fruto pudo fácilmente volver mi mano a la normalidad.

Sin deseos de repetir semejantes experiencias, llegué hasta el alfalfar entregado a otro ejercicio. Helo aquí: mientras el Tinterillo seguía su galope regular, yo avanzaba el pie derecho junto con retroceder el izquierdo y, llegado a este punto, avanzaba el izquierdo retrocediendo el derecho, y así sucesivamente con una velocidad mesurada. De este modo, cuando un pie se iba refrescando hasta el frío de un picacho — que es, sobre todo en breves segundos, muy tolerable—, el otro iba entrando en calor hasta el grado de la tapa de un horno — que, en iguales circunstancias, es también muy tolerable—, y estas dos sensaciones iba registrándolas el total resto de mi cuerpo sin sentir él ni una nada de temperatura. ¡Agradabilísimo! ¡Deleitoso! ¡Mejor que todo lo experimentado por mí hasta entonces!

Y creo que es suficiente en cuanto a la temperatura de aquella esplendorosa mañana se refiere.

Vamos entonces a los perfumes campestres.

Se dividieron en cuatro categorías según los sitios por donde pasé:

A) Alameda de algarrobos: olores útiles;
B) Camino público: olores humanos;

C) Sendero de arrayanes: olores silvestres;
D) Potrero final: olor a alfalfa.

A) Los dos costados de la alameda de algarrobos están sembrados de productos extremadamente útiles al hombre. Además, muchos potrerillos alimentan animales igualmente útiles. Así es que respirar en ella, daba en uno como un compendio de nuestras necesidades más apremiantes, compendio que entraba por las narices.

El primer potrero a la derecha estaba sembrado de trigo. Olía a pan. Un pan por venir, de miga algodonosa y cáscara crujiente; un pan arquetipo. Un pan por venir — digo—, por lo tanto todas las posibilidades de pan para el hombre.

En el potrero de enfrente pastaban varias vacas holandesas. Olían a mantequilla. Las mismas consideraciones que para el caso anterior: la mantequilla arquetipo, puesto que aún no se había hecho. Este olor entraba por la ventanilla izquierda; aquél, por la derecha. Al fondo se juntaban y uno vivía entonces en un perfume de pan con mantequilla. Pero no se olvide: todo ello en la realidad primera, no involucionada aún en la materia formal; de donde: las posibilidades infinitas para una próxima existencia palpable.

Seguía una viña. Olía a tinto. Al llegar de pronto su olor, se producía un choque con el otro. Mas a los cuantos pasos, éste lo dominaba todo y entonces uno, ligeramente mareado, perdonaba desde su caballo a todos sus enemigos.

En el potrero siguiente embarrábanse cien cerdos. Cerca de la alameda, en su rancho, un hombre los iba destripando. Aquello iba a oler a arrollado e iba yo a saber todos los misterios latentes en el arquetipo de todos ellos. ¡Pero no! Al llegar al deslinde de este potrero divisé allá lejos una carretela que se alejaba y

que reconocí por ser la del carnicero del pueblo vecino que a este hombre compraba todo lo comestible de sus puercos. Olía, pues, este trecho a lo inútil de los cerdos, a putrefacción, a desechos pestilentes de carnes, vísceras y excrementos. Casi una náusea. Pero una náusea fácil de retener, pues bastaba pensar que aquello no era en verdad pestilente sino únicamente inútil y que por el hecho de serlo, nosotros lo encontrábamos pestilente. Como que algún día se le encuentre utilidad, y será deliciosamente aromático.

Luego un potrerillo con alcachofas que olían a insondables misterios, pues ya estaban allí presentes y florecientes, y el aroma es, en las mañanas esplendorosas en medio de la naturaleza, el aroma del destino. Y cada alcachofa guardaba en potencia el suyo. Todos ellos se mezclaban y confundían. Y uno quedaba aturdido, con las narices encandiladas. ¡Insondable misterio de las alcachofas!

Y por fin otro potrerillo con ovejas que olían a lanas, que olían a colchones, que olían a bostezos, a modorras y espasmos.

B) El camino público está bordeado por casas de inquilinos. Los inquilinos de estas casas echan hacia el camino público diversos perfumes humanos.

Recuerdo que el primero de tales perfumes fué de anciano con barba medio cana rabiando obstinadamente. El motivo de su rabia no logró mi olfato precisarlo. Luego me llegó un aroma de sumisión momentánea de mujer entrada en carnes, morena, de unos 40 a 45 años de edad. Pensé, pues, que una mujer, dentro de aquella entre casa y rancho, había cedido a las furias de un anciano, pero no olí más; ya el Tinterillo me tenía frente a otras puertas.

Olí frente a una de ellas un olorcillo confuso, informe, mezclado. En él había algo de arrullador y algo de violento; algo que pedía pasar del techo para arri-

ba y elevarse; algo que miraba hacia tierra, al barro, a los ladrillos pisoteados. Pero luego todo eso se fundió en un crudo olor a semen. Pensé que pudo haber sido un idilio, un arrebato de amor terminado en coito. Tal vez. Mis apreciaciones olfativas eran aquí harto vagas ya que la vista, como en la alameda, no les prestaba ayuda alguna.

Más allá olí mugre humana corrompiendo al jabón que la había sacado de los trapos que la mantenían. El jabón corrompiéndose hacíase mucho más fétido que la mugre misma. Esta, para decir verdad, no era totalmente desagradable, digan lo que digan los académicos del mundo entero y los profesores de todas las universidades. Creo que esto de afirmar que la mugre huele mal, es algo *a priori*, una simple convención. Creo más: creo que muy en breve, muy en breve, este asunto volverá a ser puesto sobre el tapete y entonces, nuevamente examinado y estudiado, nuestras ideas al respecto sufrirán francos cambios. Naturalmente que allí, al pasar frente a aquel rancho, lo repugnante sobrepasaba a lo agradable, pero ello — puedo asegurarlo — se debía a la descomposición del jabón y además a la inodoridad de los trapos. Estos, en un principio, olían a fábrica, a palillos, a agujas y a almidón. Luego, al ser usados, olieron a verano caluroso con gente laboriosa dentro del verano. Luego, las convenciones de los profesores universitarios, hicieron que esas gentes, por laboriosas que fuesen, se plegasen a las creencias en curso en universidades, academias y demás y que juzgasen necesario lavar dichos trapos. Y lo hicieron. Al hacerlo, hubo un momento en que los trapos quedaron ya sin el olor a la mugre y aún sin el olor a resto de jabón seco, a alambre al sol y a plancha. Hubo, pues, un momento ambiguo, un momento inodoro, y certifico y firmo que cuando un objeto, de cualquier naturaleza que sea, que deba por su constitución oler a algo, deja de tener olor, produce en nues-

tro sentido olfativo tal desilusión sorpresiva que ello se traduce por una sensación de fetidez inaguantable. Así es.

A tal punto es así, que metros más lejos el Tinterillo me hacía pasar frente a otra puerta que lanzaba una bocanada de olor auténtico sin mezcla alguna. Olor tal cual de nuestra verdadera y santa mugre. Lo aspiré a pulmones llenos, tan embebido en diferenciar y gozar hasta sus últimos matices, que no presté la debida atención a la calidad y estado del humano que lo desprendía. ¿Hombre, mujer, anciano, joven? No lo supe. Mas ante el vigor y salud que tal bocanada imprimía en uno, se me antojó — ¿romanticismo, juventud...? — que tenía que ser una muchacha castaña hecha trigueña por la acción del sol, del oxígeno y de las aves de rapiña que surcan el aire del techo de su rancho.

Todo este olor era una concentración de todos los olores de nuestros campos inmensos. Olíase su infinita desolación asoleada, sus granos trillados, sus mantecas vivientes, su dilatación lunar. Y lo que concentraba tanto olor diferente, lo que le imprimía una unidad, era ese dejo humano, dejo sudoroso y consistente, almizcle y pezuña aclimatados, fundidos, con las secreciones de la tierra regada y con las bestias que las comen.

Pero el Tinterillo ya estaba cerca de la última casa. Fué aquí donde ensayé su carrera. Pasé, pues, frente a su puerta como un relámpago y petrificado más allá de ambos polos. Sin embargo alcancé a oler, casi instantáneamente, un perfume compacto, grueso, total. Hubo en mí una punzada de voluptuosidad junto con un abandono lacio. Este perfume llevaba en su interior rayas agudas de hielo tibio y duro que hacían cerrarse las ventanillas mientras el otro, el total, las ensanchaba. Presentí el cuadro dentro de aquella casa que despedía tal mezcla: sin duda un hombre quitaba allí de su corvo gotas espesas de sangre humana, gotas vo-

luptuosas, gotas para frotarlas a lo largo de nuestro cuerpo, gotas donde hundir la lengua, gotas con ensueños dormidos de felicidad total. Y al quitarlas así, el acero del corvo chirriaba frialdad de éter y rasguñaba como amoníaco la esponja grasa de la sangre.

Pero ya estábamos en el sendero de arrayanes.

C) Olores silvestres.

Por entre los arrayanes crecen cien clases de malezas y en estas malezas viven cien clases de arácnidos e insectos. Este total de doscientas clases da un olor uniforme, tranquilo y torpe. Sólo tres malezas detonan: el pímpano, el quilehue y el haba tenca. Sólo dos bichos: el perro del diablo y la vinchuca de los pantanos.

El pímpano era allí escaso. Percibí su olor únicamente dos veces y sólo una de ellas divisé sus hojas agudas de color tabaco. Tal olor es igual al que tendría una mezcla de boldo, cedrón, tilo, manzanilla, borraja, toronjil, verbena, zarzaparrilla, hinojo, brezo y hierba del platero, debidamente macerada, filtrada y calentada a 55 grados. Un olor, pues, cobijante que causa una inmediata reconciliación con la naturaleza entera. Se le ama en todos sus nobles aspectos y se considera con inquebrantable fe que son ellos mucho más fuertes y duraderos que sus aspectos viles. Así, pues, al olerlo se desprecia el alcohol, el opio, la morfina, la cocaína, el haxix y la nicotina, y se bendicen todos los frutos jugosos y maduros cuando caen del árbol, en ese momento magnífico y santo en que abandonan a quien los sustentaba para convertirse a su vez en sustento. ¡Oh bendita y bondadosa armonía con cuanto existe! Nada hay que remediar, nada que agregar, nada que quitar. Pensé en la Luna, y con espanto, con estupefacción recordé que en mi vida fuera de los aromas del pímpano, muchas veces la había deseado para que me mostrase diferente luz en un mismo pai-

saje o para que acompañase algún idilio llorado... ¡Qué pecaminosa inversión de roles me parecía aquello ahora! Pensé en la Luna bajo el pímpano y sólo sentí, sólo supe, que si hay Luna allá, uno debe dormir aquí. Y poco a poco el sueño me invadió y a punto estuve de caer del caballo completamente dormido. Pero de pronto consideré el Sol: ¡arriba, despierto, enérgico! ¡Oh Sol, pobre y escarnecido Sol! ¡Discúlpalos! ¡No saben lo que hacen! También te usan y te abusan para mil cosas que no son de tu incumbencia. Ahora, con el pímpano, yo sé la verdad, tu verdad: sé que cuando brillas majestuoso, uno, hombre, sólo debe despertar, caminar, comer, bramar o cantar, defecar, fornicar. Mas no mirarte ni mirar los curiosos matices y arabescos que te places en hacer en los diferentes rincones, ¡no! Eso también es inversión, violación a la santa ordenación de las cosas que esta hierba nos muestra.

El quilehue es muy diferente. Su forma de cacto con tronco liso y cilíndrico de tono pálidamente anaranjado y con sus hojas planas, ovaladas y duras, sembradas de lunares blancos de estrías azules, le da un aspecto ligeramente diabólico. Cuanto a su olor, es francamente diabólico. Cosa curiosa: por más que lo aspiré repetidas veces y con toda penetración, no sentí ni un dejo, ni uno solo, a azufre, por lo que puedo asegurar que el Diablo no huele a tal. Es ésta, pues, una creencia popular sin base alguna. Huele el quilehue — y por ende el Espíritu de las Tinieblas — a un término medio entre las chinches y el áloe sucotrino. Este olor irrita las mucosas nasales obligándolo a uno a apretarse fuertemente toda la nariz con el pañuelo. Al hacerlo, se experimenta en ella una especie de dolor sordo que al cabo de algunos instantes toma cierta semejanza con el sabor de la eyaculación sexual. Si en ese momento se retira el pañuelo y se aspira con fuerza el aroma del quilehue, se desatan en uno cientos de violentas pasiones contranaturales que un momento

antes, ni siquiera se sospechaban. Naturalmente que callaré las que a mí me asaltaron, aunque guardo para mis adentros la perfecta convicción que cualquiera de mis semejantes que hiciera la misma experiencia que yo, quedaría asombrado ante el nidal de endemoniados instintos que duermen en su interior. ¡Cuán lejos quedan el Sol fructificador y la Luna adormecedora! Ahora sé, sé con la más absoluta certeza, que el uno sólo tiene como misión cultivar las fiebres y acelerar las putrefacciones; la otra, conectarnos con los fantasmas y las larvas y ayudarnos a violar, en evocaciones negras, lo que se tilda de sagrado y venerable. Nada más. Aquellos que con estas afirmaciones duden o se escandalicen, pues bien, que huelan quilehue y después hablaremos.

El haba tenca huele a distancias interplanetarias.

Las ventanillas se dilatan en tal forma que todos los arrayanes con todo su mundo se precipitan por ellas precedidas del haba tenca. Luego se precipita el paisaje entero. Luego cabe el mundo. Luego los planetas. Uno, durante este tiempo, ha estado desconcertado, aturdido, ante tal derrame de enormidades narices adentro. Mas cuando el último planeta ha penetrado, renace la calma y uno huele el haba tenca, huele su verdadero olor. El haba tenca huele a distancias interplanetarias. Huele a sal. Todo el espacio, apenas se aleja uno de sus núcleos flotantes, huele a sal. El olor a sal comúnmente conocido por nosotros, excepción hecha del que exhala esta mezcla, es sólo aproximativo al olor de la verdadera sal. Después de aspirar la primera bocanada de tal aroma, me propuse a riesgo de chamuscarme como sobre la tapa de un horno, detener mi cabalgadura para gozar por rato mayor de tal grandeza, tan pronto como el olfato me indicara la presencia de la maleza o la vista me la mostrara a lo lejos. No tardó este momento. Allá, a unos ciento cincuenta metros, divisé las hojas lacias y dentadas, teñidas de diversos verdes. Casi inmediatamente un frie-

cillo me inundó: sin darme cuenta había apresurado el galope del Tinterillo. Llegamos. Nos detuvimos. Una llamarada de infierno nos quemó. Mas yo, tolerando cuanto podía, aspiré. Vino la primera cascada con nuestro primer mundo planetario. A pesar de conocerlo, volví a sentir el mismo estupor. Hasta que, pasadas y hundidas ya las últimas distracciones ocasionadas por los aromas propios de Neptuno, me hallé aspirando la pura sal de más allá, sin alcanzar a sentir aún las emanaciones del Alfa del Centauro. ¡Sal! Apenas logré gustarla un ínfimo instante. Su olor fué bruscamente revuelto, mezclado, mancillado, deshecho. Abismado ante tal fenómeno que no pude atribuir a la presencia de algún sol maloliente, me acerqué a las hojas del haba tenca. ¡Negra suerte mía! Un perro del diablo acababa de saltar sobre ellas y hedía abominablemente.

Yo había visto varios de estos bichos en colecciones de insectos. Ya muertos, no tienen olor alguno. Son extremadamente hermosos, de una hermosura singular, pues al contemplarlos uno se está diciendo: "¡qué maravilla!", y: "¡qué horror!" Mide de siete a ocho centímetros de largo del extremo de la cabeza al extremo del abdomen, es decir, sin contar sus patas delanteras. Estas le nacen del cuello y miden tanto como el resto del bicho. Son gruesas, liláceas, llenas de agudas puntas, y tienen al final fortísimas pinzas granates. Son, pues, más propiamente manos que patas. El bicho las lleva casi siempre levantadas moviéndolas con pasmosa velocidad. En el cortísimo espacio que lo contemplé — su hedor me ahogaba y el calor de la detención me quemaba—, se rascó una vez con la derecha tras la nuca y tres veces bajo el tórax; con la izquierda, una vez el ano y una vez cada una de sus verdaderas patas. Además se alisó con ambas varias veces las antenas y dos veces las alas y, por último, con la izquierda cogió un mosquito y lo reventó, y con la derecha un abejorro que por allí pasaba, que levantó

bien por alto lanzándolo luego a no menos de diez metros. Su cabecita es ovalada, con dos ojillos vivarachos cual ningunos. Parpadean, guiñan, se adormecen, fulguran. Su cuello es altivo. Su tórax, pequeño. Su cintura, fina. Su abdomen, robusto y alargado. Sus alas transparentes con nervios finísimos son de un verde acuoso. Su cuerpo, de un verde terroso, salvo las patas que son escarlatas. No he podido impedirme esta descripción pues, a pesar de que su hediondez y el calor me hicieron escapar acto inmediato, estuve durante el instante que lo miré, subyugado por su extrañeza. No dejaba de pensar qué huésped poco grato sería para nuestras sábanas, ni de imaginar qué espanto, qué horror sería si fuese del tamaño de un ternero. Pero, ya digo, aquello hedía abominablemente. Era un hedor a putrefacción viva, a putrefacción llena de salud, a putrefacción no acompañando a la muerte sino ama y señora de la vida, reina y dominadora de todo lo existente. Clavé espuelas despidiéndome para siempre de los infinitos ámbitos de la sal y de aquella posibilidad de enseñoramiento del olor a muerte en todo lo que bulle, piensa y vive.

Las vinchucas de los pantanos son muy diferentes. Son grandes (5 a 6 centímetros de largo por unos 3 o 3½ de ancho), planas, chatas, pesadas, duras. Duermen permanentemente, embarradas en los pantanos y tembladeras que yacen por entre las raíces de los arrayanes. Su presencia, para la vista, se advierte, únicamente, por sus trompas que salen erectas por encima de los barriales. Cuando los entomólogos las divisan, excavan con sus cuchillos todo el rededor y pronto sacan algo encarnado que estira y remueve seis patas cortas en forma de espátulas. Como he dicho, duermen permanentemente salvo una vez, una noche por mes, al estar la Luna en su cuarto menguante. En ese momento sienten hambre. Con sus espátulas se desentierran y, agitando sus alas córneas, salen por los aires

zumbando como pequeños aviones. Buscan especialmente al hombre, mas, a falta de éste, atacan a cualquier animal. Con velocidad insospechada para bestezuelas al parecer tan cachazudas, se lanzan sobre el cuello de su víctima, se cogen de él con sus seis espátulas y, enterrando la trompa en la carótida, chupan cuanta sangre pueden. Entonces la base del abdomen, que venía aplanada contra la parte inferior de la espalda, empieza a inflarse tal cual un globito soplado por un niño. Se hincha, se hace trasparente y al fin es tal su volumen y su peso que las seis patas, por espatuladas que sean, no logran sujetarse y hacen que el bicho caiga casi inerte con un sonido opaco y seco.

Se preguntará cómo es posible que un hombre atacado en esta forma no tome cien precauciones al oír el zumbido del insecto o, por lo menos, no se dé, al primer contacto con él, una palmada en la carótida y lo deshaga. Más aún: cómo es posible, si ya ha sido picado sin haber podido evitarlo por éste o aquel motivo, cómo es posible que después, cuando el bicho ha caído — repito, casi inerte — no lo reviente de un pisotón. Aunque increíble, es así, y no hay memoria en esta tierra como en ninguna otra habitada por la vinchuca de los pantanos, de que jamás hombre alguno haya matado una de ellas en el momento de sufrir su ataque. La razón de hecho tan extraño es la siguiente:

Desde que la vinchuca de los pantanos se encuentra a unos quince metros del hombre, produce sobre él cierto efecto de adormecimiento que se traduce no tanto por una mayor o menor pérdida de la conciencia, sino más bien por un vago sentimiento de indiferencia. Es también de quince metros la distancia a la que un buen oído empieza a percibir el zumbido del insecto. Aquí, una pequeña divergencia de opiniones que no está de más anotar: hay quienes creen que el zumbido del bicho es el que produce este efecto; otros,

que la presencia misma de él, es decir, aunque no zumbara. Sea como sea, es el caso que las últimas creencias tienden hacia esta segunda hipótesis, por lo tanto que el ruido de su vuelo es por sí solo inofensivo.

He llamado el efecto de la presencia del animalejo, sentimiento de indiferencia. Esto no es completo. Podría decirse también sentimiento de desgano o de pesimismo. Acaso aún de rebelión. No lo sé a punto fijo. Así es que en vez de tratar de definirlo con un nombre, trataré de describir someramente sus diversas faces.

Desde que el hombre siente la presencia del enemigo — prefiero decir siente a oye, aunque ambas cosas son casi simultáneas—, es decir cuando éste se halla a unos quince metros, se dice para sus adentros más o menos lo siguiente:

—¿Una vinchuca de los pantanos? Está lejos aún. Tontería tomar desde ahora precauciones. Ya habrá tiempo para ello. Como que se me pegue a la carótida, ¡pobrecita! Bien. Ibamos pensando en...

Y sigue el buen hombre con el tema que le ocupaba en ese instante. El bicho llega y se coge al cuello con sus seis patas. El hombre piensa:

—Una vinchuca de los pantanos... Debería matársela cuando pique en la carótida. Cuando pique en la carótida, la mataré. Pero ahora... Ahora levantar la mano, golpearse, interrumpir todo pensamiento, aplazar sus conclusiones porque está allí sujeta con sus seis patitas... ¡Y mis pensamientos son tan grandes, tan grandes!

Y sigue el buen hombre con el tema que le ocupaba. El bicho perfora la carótida con su trompa y chupa. El hombre piensa:

—Una vinchuca de los pantanos... Chupa un poco de sangre. Y esta noche es hermosa, es dilatada. Hermosa esta noche mientras el mundo entero se halla clavado de crímenes espantosos, de crueldades al

revés. Y mientras por todas partes se alzan esperanzas ilimitadas. ¡Pobre vinchuca de los pantanos! ¡No es culpa suya nuestra mala suerte!

Y vuelve el buen hombre al tema que le ocupaba. El bicho se hincha. Ya es, bajo su caparazón, una cereza de sangre. El hombre piensa:

—¡Eh! ¡Mañana será otro día! La prueba es que la Luna ronca con dulzura. Y estos campos y las maldades... La culpa ha sido mía al ocuparme de ellas, de esas maldades inexistentes, por haber olvidado la Luna con sus campos. ¿Matarla? Si todo está mal, entiéndaseme, ¡todo!, ¿suprimir una vinchuca de los pantanos? ¡Vaya un remedio! Y todo no puede estar mal. Como que estuviese, yo hombre lo sabría y habría dado el golpazo!

Y el buen hombre trata de volver al tema que le ocupaba. El bicho ya no puede más. Sus seis patitas son impotentes para sostener una casi ciruela amoratada que le cuelga. Se desprende. Rebota sobre el hombro de su víctima. Cae. Y da contra el suelo un sonido opaco y seco. El buen hombre se vuelve, la mira y piensa:

—Una vinchuca de los pantanos... Si fuera verdad tanto mal, ya el mundo entero habría estallado. ¡Y no! Prueba, que nada estalla a mi lado. Todo sigue en paz. La Luna. Reventarte de un pisotón sería confirmar mi temor al mal que pudieras hacerme. ¡Quédate allí! No seré yo el que vaya a corregir con tan pequeña cosa cuanto existe. ¡Eh! ¡Mañana a lo mejor es otro día!

Y el buen hombre sigue su camino, olvidado, totalmente olvidado del tema que le ocupaba, conservando apenas una noción nebulosa de que hubo un momento en que un tema le ocupó. La vinchuca de los pantanos se revuelca pesada y tiene pesadillas completamente estúpidas. Mas apenas cae la primera gota de claridad en la atmósfera, puede agitar nuevamente sus

alas córneas, elevarse un poco y volar a sus ciénagas muy lentamente, con un ruido de viejo obeso que dormita y eructa. El hombre sigue toda su vida, hasta su último minuto, dudando entre la maldad y la bondad, pero convencido a medias, así a la ligera, que, fuese la cosa como fuese, no es a él, en todo caso, a quien corresponde dirimir la cuestión. Al verlo, las viejas lo muestran con la uña del índice y murmuran:

—¡Cuidado con ése! De seguro que una vinchuca de los pantanos le ha picado.

Pero volvamos a mi asunto y pásese sobre este paréntesis.

El insecto vuelve a enterrarse enteramente salvo la trompa que le sirve para respirar. Su respiración se ejecuta en dos tiempos diferentes: una aspiración extremadamente lenta, y una exhalación muy rápida en comparación a la primera. En esta primera emplea todos los días y todas las noches que van de uno a otro cuarto menguante, menos veinticuatro horas. Estas veinticuatro horas, que son las últimas del lapso indicado, son las empleadas para expeler el aire quedamente aspirado durante todo lo anterior. Ahora bien, mientras el bicho aspira, no huele. Es entonces cuando los entomólogos tienen que recurrir a sus ojos y a sus cuchillas. Mas cuando el bicho expele, es decir, durante las veinticuatro horas que preceden al cuarto menguante, huele, huele ampliamente, lleva su olor a la altura suficiente como para ponerlo lado a lado con todos los que he mencionado hasta ahora. Deduzco de esto, por lo tanto, que aquella mañana del 21 de febrero de 1919 precedía un cuarto menguante de la Luna. Aquella mañana las vinchucas de los pantanos olían.

Su olor es sordo, lento, aplastante. Se asemeja mucho al martirio que los indios fueguinos aplicaban a sus enemigos por allá en el siglo XIV: les colocaban alrededor del cráneo un círculo de hierro que luego con un tornillo iban apretando con toda lentitud. Es un olor de des-

esperanza y angustia. Es un olor totalmente hueco. Da en un comienzo una sensación de asco, pero luego uno piensa que no vale la pena tener ninguna especie de asco. ¿Para qué? Y hay sobre todo una imposibilidad de cimentar ese asco, de retenerlo, pues apenas despunta se diluye en el hueco del olor. Y así diluído y cuando uno por las narices ha quedado sujeto a la vaguedad y vacuidad más completas, percibe allá muy lejos, en un sitio plano como una plataforma, un dejo constante de sangre añeja. Es en vano querer precisar si está él en nuestras narices, en la vinchuca de los pantanos o en la atmósfera misma. La razón impone creer que tal olor nace del bicho y llega a nuestras narices, mas el sentimiento total de nuestra alma nos desmiente, asegurándonos que no sólo se halla en la atmósfera toda, sino que toda atmósfera no es ni puede ser más que ese sabor desleído e inconducente que hace maldecir con la más perfecta serenidad. En todo caso yo, cuando las emanaciones del insecto me llenaron, pensé que no hay aún ni nunca ha habido ni habrá jamás razón alguna que justifique que Colón haya surcado los mares para descubrir continentes tan demasiado vastos.

Mas el Tinterillo galopaba y con su galope terminaba el sendero de los arrayanes. Bajar una tranquera, respirar el sol. Frente a mí el alfalfar grande y violeta. ¡Galopar!

D) Olor a alfalfa.

Creo que todo el mundo conoce el olor a alfalfa, al menos en este país de Chile. Olor sano y optimista. Olor suave, ponderado. Olor que deja a nuestra mente la libertad para pensar y juzgar como se quiera esta vida y las demás pero que dulcemente la inclina a considerar que todas ellas guardan al final una justificación de bondad.

Para mí el olor a alfalfa tiene un significado más. Me induce a coger su flor, llevarla a la boca y mascarla.

Me induce, una vez mascada, a tocar su jugo con el extremo de la lengua y, una vez tocado, a entregarme a la reconstrucción de los más gratos momentos de mi vida. Aquella mañana lo hice así. Arranqué un puñado de sus flores y, manteniéndolo bien apretado en la mano, dejé al caballo cruzar el potrero deleitándome desde luego con el intenso placer de remembranza que pronto iría a tener.

Llenos los dedos de flores llegué a la falda de los cerros del Melocotón. Dos macizos como lomos de ballena caían a uno y otro lado. Al frente alzábanse hasta el azul violeta sus cumbres suaves. Detuve al Tinterillo y sentí.

Ni un olor. Nada más que aire, aire y aire. Con algo de cerros... tal vez. Pero sobre todo, aire. Ni una singularidad en la temperatura, ni una sola. Que me mantuviese inmóvil, que me agitase o corriese, ¡nada! Tibia mañana estival plantada en nuestros inmensos campos. Paz.

Masqué la flor de la alfalfa. Destiló su jugo. La lengua como una culebra aguda con su lengua picó. Y pude evocar mi felicidad pasada.

¡A ella!

Dos años antes de aquella mañana, en la vecina ciudad de San Agustín de Tango, dejó de existir un grande y viejo amigo mío, el chino Fa. Era un hombre alegre y tranquilo que tenía una tienda de cachibaches cerca del río Santa Bárbara. Cuando mis quehaceres o mis deberes de familia me hacían ir a dicha ciudad, me imponía la obligación de pasar todos los días a verle siquiera un instante y, de este modo, charlábamos amigablemente varios minutos. Este buen chino, a más de pequeño comerciante, era poseedor de un misterioso secreto que, según lo que contaba, le había sido revelado pocos años antes de la gran guerra por una tribu nómade durante uno de sus muchos viajes por el desierto de Gobi. El

chino Fa había, pues, aprendido, en su vida errante, a fabricar el candiyugo.

Aquí en Chile lo siguió fabricando para su uso personal y para uno que otro amigo entre los que tuve, más que el honor, la dicha de contar. Cada bastoncito de candiyugo nos lo vendía por la suma de ciento cuarenta pesos, suma que, si a primera vista parece exagerada, se encuentra irrisoria dados los goces que proporcionaba.

El bastoncito de candiyugo es — diré mejor era— cilíndrico, de dos centímetros y medio de largo por siete milímetros de diámetro. Su color, de almendra ahumada. Jamás el buen amigo quiso referirme cómo se fabricaba ni las proporciones en que deberían entrar los diferentes elementos que lo componían. Sólo una vez se atrevió a comunicarme cuáles eran tales elementos, mas cómo manipularlos, cómo proporcionarlos, no lo confesó jamás. Así es que su secreto se fué con él a la tumba y así es también cómo aquella mañana hacía ya dos años que esa dicha no existía para mí ni había esperanzas de que volviera a existir.

Cuando tuvo ese momento de expansión, me apresuré a anotar los componentes pensando que acaso otro día se le ocurriría completar los detalles de la receta. Tal vez el buen chino pensaba hacerlo. Pero una tarde vino la muerte y se acabó la historia. En fin...

El candiyugo se componía de trece elementos que eran: canela de Arabia, raíz de Angélica, nuez moscada, cálamo aromático, tuétano de huesos, lúpulo montañoso, cardomomo mayor, escamas de bremas, hígado de alcaraván, antenas de grillo real, ojos de lampreas, labios de jabalí, y taka diastasa. Es todo lo que sé.

La manera de administrarlo era muy sencilla: un sitio solitario y una posición cómoda. Se cogía entonces el bastoncillo con los incisivos de modo que su mayor longitud quedase hacia el interior de la boca. Hecho esto, con el extremo de la lengua se le palpaba con un movimiento giratorio muy lento. Y la dicha suprema em-

pezaba, y la dicha suprema duraba tanto como duraba en deshacerse el candiyugo, o sea cuatro minutos.

No sabría definir exactamente en qué consistía esta felicidad sin igual. Tal vez en lo siguiente: todos los sentidos se dormían a excepción del gusto que venía a radicarse en toda la superficie de la lengua que entraba en contacto con el candiyugo. Ahora bien, junto con el sueño total de los sentidos, se elevaba la sensibilidad de la lengua a un grado inimaginable para todos los hombres — por imaginativos que sean — que no hayan probado tal substancia. Y esta sensibilidad adquiría pronto una singularidad curiosísima: no era sólo sensibilidad gustativa sino, hasta cierto punto, sensibilidad diferenciada de todos los sentidos. Era algo como ver por la lengua, oír por la lengua, oler y palpar por ella y además, y por cierto, gustar. Así se formaba en el cerebro una imagen del mundo, de la realidad toda, totalmente diferente a la que dan los sentidos en su normalidad. Producíase sobre esa realidad una visión, una audición, un olfato, un tacto, un sabor de tal modo distintos, que la comprensión de ella cambiaba hasta el punto de saber uno cómo se engaña en su vida diaria al juzgar por los sentidos, y hasta el punto de decirse algo como lo siguiente: "¡Ah, ya! ¡Ahora sí! Ahora comprendo, ahora sé de qué provienen los errores de los hombres y su imposibilidad de llegar a un concepto estable que los ponga conforme con la realidad. ¡Ahora sí!" Y la lengua sigue mostrando a manera de ojos, oídos, narices, dedos y lengua misma, una como contraparte de lo mostrado por tales órganos; sigue, mientras se deshacen y corren por la boca todos los componentes del candiyugo, a excepción de uno solo, a excepción del cardomomo mayor. Mas en los últimos cinco segundos del cuarto minuto la lengua ha punzado este componente. El cardomomo mayor se diluye y junto con diluirse se funden las cinco nuevas percepciones en una, en nada más

que una, cesa su diferenciación, créase un sentido, mejor dicho, el sentido único que es ver, oír, oler, palpar y gustar simultáneamente por un solo órgano, y entonces se sabe, no únicamente la realidad, no únicamente su relación con nosotros y con nuestra comprensión, sino también, y sobre todo, la causa primera que la originó.

Pero el cardomomo mayor se ha terminado a su vez. La lengua se detiene y vuelve a ser lengua, una lengua que, juntándose con el paladar, gusta aún unos instantes más una remembranza de candiyugo, de su conjunto, y espárcese boca adentro, por todo el cuerpo, un algo imponderable que guarda un sutil parentesco con los jugos de la flor de la alfalfa.

Pasa esto a su vez. Se abren los ojos, suenan los oídos, huele la nariz, palpan los dedos. La realidad se divide en cinco, y uno vuelve a no entender nada y a formularse un rabioso, un desesperado, un aniquilante "¿para qué?"

Mas queda en el fondo el recuerdo de haber sabido lo que es y para qué es. Entonces se mira con mayor tranquilidad a las gentes y sus afanes, a los astros y sus órbitas, a Dios y sus ocurrencias. Y se bendice la buena idea que una vez tuvo el chino Fa de internarse por el desierto de Gobi y la mejor aún que tuvieron varios personajes de aquella tribu nómade al revelarle al pobre y generoso amigo los secretos de la fabricación del candiyugo.

Pero todo eso es pasado, remoto pasado.

Aquella mañana, como tantas otras veces en el curso de los dos años que siguieron a la muerte del buen chino, me limité a lo único que podía hacer: palpar el jugo de mis flores. Con esto revivía el momento final del bastoncito. Al revivir, resonaba en mí un eco lejano del diluimiento de las doce substancias y del cardomomo mayor. Un eco lejano, así, muy lejano... Mas de todos modos era una franca dicha poder acercarse aunque, repito, lejanamente a momentos tan magníficos.

Así fué cómo aquella mañana, en las faldas de los cerros del Melocotón, pude evocar mi felicidad perdida.

Un momento después me ponía a explorar con la vista los anchos cerros. Por ellos culebreaban y se perdían en sus gargantas tres quebradas. La que más me tentaba para explotarla era la que había frente a mí, por hallarse, desde un comienzo, cubierta por grandes árboles. Pero no sé qué raciocinio tonto, sin base alguna, me hizo llegar a la conclusión instantánea que si esta quebrada tenía grandes árboles a su entrada, debería tenerlos pequeñitos y raquíticos al final, y de allí deduje que la que presentara los más endebles en un comienzo, debería adornarse al fondo con los más gigantescos y frondosos. Cosa absurda que en nada lógico puede asentarse, lo convengo; pero lo pensé y lo creí. Por lo tanto, sin titubear ni un segundo, me dirigí a la quebrada que aparecía a mi izquierda y por ella me interné.

Largo rato avancé al paso dificultoso de mi cabalgadura que tenía que evitar constantemente las piedras y matorrales, y buscar, improvisar, mejor dicho, un sendero cualquiera. De más creo advertir que las deduccciones que me hicieron ir más bien por esa quebrada que por otra, resultaron totalmente erradas. Los árboles allí no iban creciendo; los había grandes de cuando en cuando, mas la mayoría de ellos eran medianos, como todos los árboles comunes. Total, que después de una hora de marcha, me sentí hasta cierto punto defraudado. Me detuve entonces, me desmonté y, dejando al Tinterillo pastar tranquilamente, me eché por tierra a fumar.

Luego me interné a pie un poco más. Matorrales, algunos arbustos, un hilo de agua por entre los guijarros y nada más.

Reinaba una paz de cielo. A recalcarla venía de tiempo en tiempo un buitre cordillerano que pasaba allá arriba, muy alto, con sus alas extendidas e inmóviles.

Luego, tras un picacho se perdía y volvía la soledad asentada sobre el silencio sordo de los cerros. Entonces, por breves instantes, este silencio se quebraba: oculta entre los matorrales una pájara pinta cantaba. ¡Qué hermoso es el canto de la pájara pinta! Es un fuego de artificio, es esa llama culebra que se estira en el cielo oscuro, que detiene su extremo, que retumba como un cañón y que luego se desparrama en mil lengüetas de fuego y en mil chispas, silbando como silban las amapolas y los crisantemos. Así canta la pájara pinta. Y asi, mientras canta, vuelve a pasar en el vértigo de la altura, tranquilo, lento, en silencio negro, otro buitre cordillerano. ¡Qué mañana de verdad esplendorosa!

Seguí avanzando.

Con gran gusto, en la media luz tibia de la quebrada, vi de pronto un grupo de árboles tupidos cuyas copas alumbraba el sol, seguramente por algún cajón de la montaña. Llegué a ellos. Con mayor gusto aún pude constatar que me ocultaban nueva sorpresa pues apenas me hallé bajo sus hojas divisé a unos ciento cincuenta metros una enorme roca. Siempre me han gustado locamente las rocas, sobre todo éstas que se levantan solas en los cerros secos entre mil malas hierbas y arbustos retorcidos. A largos pasos me dirigí hacia ella con la intención de contornearla y sorprenderle entre sus grietas algún asiento cómodo que me sirviera luego como sitio habitual para mis próximas lecturas. ¡Es tan dulce leer así! En toda la naturaleza las rocas son las únicas que pueden rivalizar con las industrias de los hombres en materia de comodidad, para un asiento, se entiende. Y luego, entre línea y línea, mirar los inmensos buitres cordilleranos, oír el canto de cristal aislado de alguna oculta pájara pinta. Empecé, pues, a contornear mi roca girando sobre mi izquierda, es decir, en el sentido contrario al de las agujas de un reloj. No sé para qué doy este detalle;

vino solo a mi pluma. Mas apenas había andado un cuarto de círculo alrededor de ella, pude darme cuenta que la roca, como el grupo de árboles un momento antes, estaba allí para ocultarme y revelarme después una nueva sorpresa. Mas así como la primera fué de encanto, ésta fué de curiosidad, de punzante curiosidad. Pues he aquí lo que se presentó ante mi vista:

A algo más de cien metros, frente a mí y en dirección tal que formaría con la de toda la quebrada un ángulo recto, se abría a ras de suelo, en el flanco de la montaña, un socavón perfectamente circular, de unos dos a tres metros de diámetro. A la distancia que me hallaba lo veía negro, negro, lo que contribuyó a espolear mi curiosidad, así es que sin más corrí hacia el umbral de aquella inesperada cueva. Llegué a él, me detuve, me senté sobre una piedra que allí había y miré hacia el interior.

Esta cueva, galería o socavón — llámesele como se quiera — tenía las siguientes particularidades: su diámetro a la entrada era exactamente de 2 metros 70 centímetros, por lo que puede verse que mi primer cálculo, a pesar de los cien metros, fué bastante acertado. Internábase recto pero disminuyendo progresivamente de diámetro, de modo que venía a formar como un embudo horizontal. El largo de este embudo era de 11 metros, al final de los cuales el diámetro era de 50 centímetros. En este punto abríase una especie de nicho cuyo tamaño, naturalmente de 50 centímetros de alto a bajo y de lado a lado, era de 39 de profundidad. Esto, cuanto a las dimensiones. Ahora, cuanto a la naturaleza de este socavón-embudo, diré que era todo de tierra — no se percibía ni una piedrecilla —, pero de una tierra a mi parecer extremadamente gredosa y que se hallaba sin duda bastante húmeda. Su color, un rojo ladrillo ligeramente gris. Su calidad, más bien lisa que rugosa.

Pues bien, sentado sobre la piedra del umbral,

miré hacia el interior, hacia el fondo, hacia ese nicho de que acabo de hablar y fijé mis ojos, mi observación, mi atención toda, sobre el objeto que había dentro de él. Todo lo demás—dimensiones, forma, color, etc.—lo registré instantánea y automáticamente sin que para ello haya mediado ni un décimo de segundo. Puedo, por lo tanto, decir, sin faltar a la verdad, que junto con llegar al umbral, después de mi apresurada carrera y junto con sentarme sobre la piedra, no miré otra cosa más que el objeto en cuestión dentro del nicho.

Este objeto era un gato. Un simple y vulgar gato blanco con algunas manchas amarillentas. Se hallaba sentado de perfil pero con la cabeza vuelta hacia la entrada del embudo, es decir, hacia mí. Sobre su cabeza, entre ambas orejas, tenía una pulga, una diminuta pulga en nada diferente a las miles de pulgas que todos hemos visto y hemos tenido que sufrir. Eso era todo. Poca cosa, por cierto. Pero como tantas veces las cosas simples son complicadas, fijemos nuevamente, para bien inculcar el cuadro, los tres puntos principales dentro del embudo: yo, el gato, la pulga.

Ahora bien, como el diámetro del círculo de entrada al embudo era de 2 metros 70 y el círculo final, al fondo, de 50 centímetros, el punto inferior de este último — donde estaba el gato — hallábase a 1 metro 10 sobre el mismo punto del primero, es decir, sobre el punto donde yo me hallaba. El gato, por otro lado, desde su asiento — o sea el punto a 1 metro 10 de altura — hasta sus ojos — que, he de decirlo pronto por temor a olvidarlo después, eran ojos de un verde brillante — media 28 centímetros que, sumados a la primera altura, dan un total de 1 metro 38 de elevación respecto al umbral de entrada, o sea a la base de mi asiento. Esto, cuanto se refiere al fondo de la cueva, digamos a "los dominios del gato", para elevar nuestro estilo. Cuanto se refiere a la entrada, a "mis dominios", diré que la piedra que me servía de asiento

media 72 centímetros, y que yo, sentado cómodamente, algo echado hacia adelante, mido, desde el asiento hasta los ojos, 66 centímetros. 72+66=1.38. Sea, que nuestros ojos se hallaban exactamente a igual altura, lo que viene a ser que, para mirarnos mutuamente, teníamos que lanzar un rayo visual paralelo al nivel de las aguas, y un rayo así a mí se me antoja, se me ha antojado y siempre se me antojará que, si no es más corto ni más recto que otro cualquiera, y aunque sea más curvo que la recta ideal, etc., etc., para mi antojo es y sigue siendo un rayo así — ya lo digo — si no más corto ni más recto ni más ideal, sigue siendo *más fijo, más punzante, más fuerte*, mil veces más fuerte, por eso mismo que sigue paralelo a la tierra, paralelo a ella a pesar y más allá de sus montículos y depresiones, paralelo a esta tierra que es en donde estamos, sí, en donde estamos y penamos, dígase lo que se diga y piénsese lo que se piense.

Respecto a nuestros otros sentidos, nada tengo que decir. Ni el oído, ni el tacto, ni el olfato, ni el gusto jugaron rol alguno, al menos rol de alguna importancia, en nuestras vidas desde entonces para adelante. Si continuaban intactos y viviendo, sus actividades se redujeron a la más mínima expresión, hasta aquella que, un punto menos, y vendría su plena suspensión. Cuando al resto de nuestros organismos — en todo caso del mío y supongo también del gato y la pulga — pasó a llevar una vida totalmente vegetativa. De modo que nuestras existencias, es decir, lo esencial, lo significativo, mejor dicho la razón de ser de ellas, tenía como vehículo de expresión por un lado y de absorción por otro, el sentido de la vista y en éste, el rayo aquel de ojo a ojo.

Mas no es todo. Pues al fin y al cabo un rayo, uno solo, como lo digo, "uno", es una unidad y hasta ahora, que yo sepa, en la unidad *uno*, no ha sido posible realizar expresión alguna de vida manifestada, ni

recibir eco de ella, ni generar propulsión, ni guardar equilibrio de la misma. La unidad, dicen, está fuera de nuestro mundo, es, aunque principio de todo — dicen también —, inconcebible para nosotros, luego, en mi caso particular frente al gato, completamente inútil.

¡Ah! ¡Pero aquí viene el rol de la pulga! Y ya, haciendo entrar a dicha pulga en nuestro sistema, iremos formando una figura organizada que, por el hecho de ser figura, y no más una unidad una — que como tal tendría que ser *infigurada* —, puede ya pasar a ser o pasar a tener una relación, una conexión, una afinidad, una polarización, si se quiere, con todo el resto de lo creado, con la otra y total *figura*.

Se recordará que dije que la pulga se encontraba en el vértice de la cabeza del gato, es decir, algo más arriba de los ojos del mismo, lo que es decir del punto final de mi rayo visual. Luego, uniendo este punto con la pulga por medio de un nuevo rayo — imaginario, por cierto—; sé que era con esto con lo que iban a rebatir la posible existencia de mi figura. Pero mi rayo de vista, ¿es acaso más real? ¿Se le puede tocar, apreciar de algún modo, siquiera ver? Sin embargo existe, tiene que existir ya que yo veo al gato y él a mí también y, al vernos nosotros dos — puntos distantes—, al conectarnos, algo, claro está, tiene que haber entre ambos dichos puntos, pues de lo contrario, de lo contrario... piénselo alguien un instante y se comprenderá que el gato y yo dejaríamos de ser el uno para el otro. Y bien lejos estamos ¡ya lo creo! de no ser el uno para el otro. Lo somos a tal extremo que me estoy temiendo que casi no seamos sino esto, sino este rayo en cuestión y nada más.

Así, pues, uniendo ese punto terminal de la expresión de mi vida, ese punto allí en... Justamente en donde *fisicamente* se halla, no puedo ni hay para qué saberlo. En la frente del gato, entre sus dos ojos.

en los dos al mismo tiempo... No lo sé y, repito, no hay para qué saberlo, pues mi figura apuntalada, naturalmente, en puntos perceptibles para la física (nosotros tres), se halla y se construye al lado, al espejo, sí, *al espejo* de cuanto la física registra. Ese punto, aunque inubicable por ser dos mis ojos y dos los suyos, está, y eso basta. Está como está cada vez que nos miramos con otro ser en los ojos y nos vemos y sentimos. ¿Dónde miramos y dónde nos miran? ¿Dónde cae y dónde recibimos la visión? En *un* punto, no puede ser más que uno, aunque cuatro ojos están en juego. Pues bien, en ese punto fijo un puntal de mi figura y de allí lanzo hacia arriba la nueva línea en cuestión cuya existencia no hay caso de rebatir, pues de lo contrario, ya lo he dicho, con su no existencia volveríamos a lo anterior, es decir, a que los ojos del gato y la pulga no serían los unos para la otra y viceversa. Y son. ¡Vaya que son! Si allí están, allí los veo: el gato, el buen gato blanco y amarillo, y encima la pulga molesta que pica y pica y se duerme un rato.

Por lo tanto ya estamos unidos, conectados los tres, yo, el gato, la pulga, y formamos un ángulo. Estas son las líneas por donde pasan nuestras vidas.

¿Pasan? ¡Aún no! Porque, de pasar por ellas se irían, se irían para siempre, se desvanecerían en el infinito, pues la figura no ha sido cerrada todavía y, al no haberlo sido, deja en cada uno de sus extremos dos puertas, dos bocas abiertas hacia la infinitamente nada. Y la vida hay que cerrarla, encerrarla, limitarla, dibujarla. De lo contrario, el mundo todo, el cosmos, convergería precipitándose hacia el imán de estas dos líneas, y una mitad se pulverizaría de la pulga para allá y la otra de mi punto para acá. Y nada subsistiría en nada.

Tracé, pues, la tercera línea. Partió de la pulga y vino hacia mí. Cerráronse las dos bocas peligrosas; de-

finióse la figura de un largo, fino, agudísimo triángulo; detúvose admirada, estupefacta, por un centésimo de segundo la naturaleza entera — y estoy cierto, los hombres también — y luego, ya bien clavados los tres puntos en mí, en él y en ella, y ya pudiendo sobre todo decir en él, en ella y en mí, como también en ella, en mí y en él; ya entonces pudo la vida, no sólo llegar, no sólo pasar, sino que circular, circular así: yo, él, ella; él, ella, yo; ella, yo, él... circular, circular siempre, circular definitivamente, al lado, al espejo de la otra, en pequeño, sí, muy pequeño, mas en condensación apretada, comprimida y retenida, circular allí por el largo y agudísimo triángulo ya por fin establecido y fijo dentro del embudo que pasó a ser su estuche protector.

Mediodía, mediodía en punto.

Estaba terminada nuestra obra, establecida y fijada. Y los tres nos establecimos y fijamos.

Una gratísima sensación de reposo me inundó; más que de reposo de estabilidad. No sé si todos los seres hayan sentido tal sensación. En todo caso puedo asegurar, en lo que a mí respecta, que hasta ese instante la noción de estabilidad, sin saberlo yo mismo, me había sido una noción abstracta, puramente intelectual, que jamás había penetrado mi organismo fibra por fibra como sucedió entonces. De noción, repito, pasó a ser sensación física, y esta sensación no sólo ocupaba mi cuerpo sino que se prolongaba por las vibraciones del triángulo y abarcaba, envolvía a mis dos compañeros silenciosos.

No había duda, ni la menor duda, que al juntarnos así los tres, habíamos formado una figura, una imagen estable, mejor dicho, — y para ver si logro expresar con justeza la sensación sentida—, habíamos realizado un equilibrio, un perfecto equilibrio entre fuerzas aisladas, fuerzas sueltas, tres fuerzas diferentes

que, hasta ese momento, habían estado trotando desorientadas y a locas por el mundo, tres fuerzas incoherentes en el caos de la vida que, por su misma incoherencia, por su mismo desequilibrio, al hallarse errantes, contribuían de más en más a intensificar ese caos. Tres fuerzas desesperadas en su rodar inútil, agriadas en su no empleo, rabiosas en su correr obligado, temerosas de reflejar su infortunio a las demás fuerzas ya existentes, ya —mal que mal—agarradas en un equilibrio que podría al fin romperse sobre todo si, libres y caprichosas, ellas, el viento o el hastío las empujasen en contra de él, golpeándolo.

Tres fuerzas así, así, largas, larguísimas; en el espacio tan largas que, ya habiéndolo surcado todo, habían perdido sus formas iniciales de serpientes largas que se estiran y ya, sin formas, tenían la forma de *ser* y nada más; y en el tiempo tan remotas, tanto, que no podían tener como origen más que tres míseros, infinitamente míseros, gestos descuidados del Todopoderoso, Omnipresente y Omnisapiente cuando vínole a Su voluntad crear un mundo — creía El — de exactos equilibrios.

Tres fuerzas así, así — ¡humanos, compañeros míos que vivíais ignorantes del peligro que a cada instante podía caeros y aniquilaros!—, tres fuerzas así, humanos, que de un momento a otro, por un desvío cualquiera, por una combinación instantánea, imperceptible para nosotros en su punto de choque infinitamente pequeño, inevitable para nosotros en nuestra enorme impotencia, podían arrastrar al desequilibrio lo ya débilmente equilibrado desde el día de la creación y, al desequilibrarlo así, volverlo todo a la primera nada.

Pero hasta aquella mañana las tres, por aquí, por allí, por acá, no habían logrado más que resbalar sin penetrar por el cosmos; resbalar la una hasta incorporarse en su resbalar frenético al dulce gato que roncaba una noche junto a un brasero; la otra, a la pulga que saltó de los maderos carcomidos a la cabeza

del gato; la tercera a mí ¡sí, señores! a mí que vivía en tan grata paz, fumando, soñando, hojeando viejos libros; a mí que era todo buena y reposada vida; a mí que esa mañana fatal se me ocurrió, sin saber por qué, hacer ensillar el Tinterillo y salir al galope por alamedas, caminos y senderos rumbo a los cerros del Melocotón.

Se me dirá que cuanto he escrito proviene de una enorme exageración mía, pues aún admitiendo que, por un momento y por un sinnúmero de circunstancias sumadas, tres fuerzas dispersas hubiesen logrado llegar y manifestarse allí en el embudo a través de nosotros tres, prácticamente en esta vida tal cual ella se organiza y rige, no habría medios, no habría posibilidad alguna de llegar, de producir hecho alguno, desde la insignificancia de sus expresiones en aquel instante: un gato, una pulga y yo. Se me dirá que, aun admitiendo la formación allí dentro de un perfecto equilibrio; aun admitiendo que ese allí dentro pasase a ser un reflejo, un contrapeso colocado, como lo he dicho, al espejo del otro y grande equilibrio, del equilibrio en que vivimos y en que ruedan los astros; aun admitiendo más, es decir, que mudos y quietos nosotros tres allí, fuésemos — por el granel de circunstancias y misteriosas combinaciones sucediéndose desde la creación atropelladamente por los siglos — fuésemos como un microcosmos frente — no, al lado, prefiero decir—, al lado del vasto macrocosmos; y aun admitiendo por fin — lo que ningún hombre algo versado siquiera en las ciencias podría dejar de admitir — que, dado un equilibrio, su ruptura puede, *tiene* que producir trastornos, tiene que liberar fuerzas cuya potencia, y por ende sus consecuencias, puede ser incalculable y, muy por cierto, nefasta; aun admitiéndolo todo se me argüirá siempre que, en el caso mío, aceptado todo, repito, en el ínfimo caso mío podría todo hacerse y deshacerse cientos de veces sin que ni una hoja de un arbusto

vecino, sin que ni un grano de la arcilla del embudo, sufriese ni un pequeñito movimiento. La descarga de fuerzas al romper el equilibrio sería tan minúscula—por inmensa que fuesen las tres primeras fuerzas originadoras de este equilibrio—, tan sumamente minúscula como minúsculo es en el mundo todo gato, ese gato, el mío, que representa entre nosotros tres el justo promedio: es más que la pulga y, después de todo, menos que yo. Pues — se me seguirá arguyendo (la verdad es otra)—, por formidable, por gigantesco e inconmensurable que fuese todo aquello que allí en el embudo confina, tendría, por la ley de las cosas, que expresarse, ya una vez el equilibrio roto y las fuerzas desatadas, por intermedio de nosotros tres que sumados como poder de acción y divididos por tres, damos la potencia activa de tres gatos en medio del universo. Por lo tanto ¿qué temer? ¿Para qué mantener tal estatismo allí en una quebrada perdida en esos cerros solitarios?

Pues bien, argumentar en tal forma es lisa y llanamente argumentar haciendo lujo de una inconcebible superficialidad. Escuchadme bien.

Tres gatos. Se ven tres gatos y se piensa en la fuerza física de los tres en su calidad de tales. Por cierto, insignificante. Tres elefantes, tres mastodontes, insignificantes también. Ahora, tres gatos... ¡Ni qué decirlo! Pero se olvida una cosa, una cosa esencial: que aquí, aquí en mi caso, no hay que considerarlos en su calidad de tales sino en su calidad de fuerzas constitutivas y sobre todo en su calidad de elementos, eso es, ¡elementos! De ahí que haya hablado de tres gatos, pues tal representa el promedio de las fuerzas del embudo aunque de verdad haya uno solo y los otros dos estén representados por la pulga y por mí. De ahí que haya trazado la figura, el finísimo triángulo, para pasar a ser, de aislados que éramos, un todo, y cada cual un elemento de ese todo. Que hayamos pasado a ser,

de libres y vivientes como seres, de errantes e inocupados como fuerzas, tres elementos estables de una nueva forma que como tal había inexistido hasta aquel momento de las 12 del día del 21 de febrero de 1919.

Desde aquel momento había algo más en el Universo, una formación más, un reflejo, un espejo. Pero aquí, entiéndaseme bien, la palabra "espejo" puede inducir a error. La empleo porque allí en el embudo se reflejaba otro, el Todo. Pero no sólo se reflejaba; también se reproducía. Digamos claramente: se repetía. Era un nuevo total, idénticamente equilibrado como el gran total. Chiquito, ínfimo, raquítico, miserable... ¡todo lo que se quiera! Pero era un total. Era nuevamente, era dos veces lo que hasta entonces no había sido más que una. Era el total caído sobre el total y viviendo desde entonces, no de la vida del otro, sino con vida igual al otro. Porque no se olvide que, lanzada la primera línea — de mí al gato—, nada ocurrió allí ni en ninguna otra parte porque la línea única fué la unidad inexpresada e inexpresable. Mas cuando se lanzó la segunda — del gato a la pulga — ya hubo dos, y la vida se manifestó. Pero no se olvide tampoco que, al no existir más que estas dos, quedó en cada extremo — de la pulga para allá, de mí para acá — una como boca, como arteria cortada que derramaba. Por lo tanto, durante ese momento, es decir, antes que se lanzara la tercera, la vida, por mucho que se manifestara, lo que hizo fué *circular*. O sea que, al circular, era *aún* la vida del total, vitalizada, sí, pero parte de él. Todavía no había habido la individualización, la separación, el espejo reproductor, el nuevo total junto al total, el nuevo cosmos junto al cosmos.

La tercera línea se trazó. Recuérdese: vino de la pulga a mí. Nos desprendimos, aparte, fuera, espejo, pero solos, con nuestro mundo, nuestro principio, nuestra espera de nuestro fin.

¡Las doce! El Universo, entero, repito, se detuvo

por un mínimo instante. Luego siguió rodando. Y nosotros, a la par, rodamos también.

Allá, las órbitas y las miserias.

Aquí, ¡silencio! Yo, él, ella... Ella, yo, él... El, ella, yo...

Acaso hasta el tiempo infinito.

¡Las doce!

Tuve una noción nítida de esa súbita e instantánea detención. Luego, como lo dije, vino aquella gratísima sensación de reposo. Pero entre ambas — lo diré ahora—, entre esa noción y esta sensación, fueron otros, muy otros, los sentimientos que me llenaron. Entre ambas tuve primero un sentimiento de estupor, acaso es mejor decir de solemnidad y de adiós. Luego me pinchó un arrepentimiento repentino. Luego, un sentimiento de pavor tan intenso como rápida fué su duración. Sólo entonces, cuando la detención del mundo hubo cesado y volvió a marchar, y cuando a su vez el embudo con mis dos compañeros marchó, sólo entonces fuí inundado por aquella sensación de reposo de que he hablado.

Vamos, pues, ordenadamente.

Un sentimiento de estupor; algo solemne, el adiós. Porque súbitamente mi significado como hombre terminaba; mi signo cambiaba, mi signo hombre se iba, mi signo era otro al pasar a ser elemento. Pasaba a ser apuntado, fijado con el signo elemento. El hombre, en el sentido de esta palabra, en el sentido del ser que cumple su vida aquí, el hombre en mí cesaba y a todos los hombres hoy poblando el mundo, a todos cuantos lo poblaron, acaso a todos los que se incuban para poblarlo después, a todos los vi alejarse, los vi haciéndome un quite en el espacio, para ellos seguir a suelazos con la tierra, para yo sorprenderme amalgamado, aspirado por otra conformación y otro destino.

Cuando antes paseaba por las calles en medio de la muchedumbre, pensaba de pronto en algo como una

gigantesca grúa cuyo eje se hallase a distancia inimaginable, cuyo brazo se inclinase hasta mí. Luego me veía cogido por una de sus poleas y elevado vertiginosamente por los aires. Me venía la certeza de que mi propio movimiento dejaría muy pronto de sentirlo para ser transferido al planeta de que me arrancaban. Vería, pues, a la Tierra desprenderse y caer a mis pies, dibujar a su alrededor un inmenso círculo, luego redondearse y, como una gran esfera primero, como una bolita después, disminuirse hasta un punto que ahora inmóvil se clavaría en un sitio del espacio mandándome en una chispa parpadeante los sanos, los cálidos soles de que en ella gozaba al pasear por sus calles distraído. Y entonces, inevitablemente, al pensar así, junto con la solemnidad de sentimiento al haberme desprendido de mis suelos y mi atmósfera, se me filtraba una angustia desesperada, un arrepentimiento agudo, una falta imperdonable: todos los asuntos, todas las cosas que dejaba pendientes! Todo lo que no terminé, todo lo que quedó abierto, sin cicatrizar, como una herida chorreando sangre! Cada asunto, cada asuntillo, por ínfimo que fuese, que hubiese quedado sin redondearle su objetivo propio, sabía — mientras iba por las calles a codazos — que me aparecería — al estar ya arriba suspendido por la grúa — como un punto de descomposición, como una úlcera — tan pequeñita como se quiera — que a más de alguno molestaría, mortificaría, tal vez torciéndole su destino, y ese alguno o esos algunos me reprocharían el haber partido sin antes no haber finiquitado, cauterizado esos focos de miasmas dejados por mí. Y no sabrían cuánto estaría yo sufriendo allá arriba, solo, perdido, frente a la Tierra luminosa en un cielo de abajo. Entonces — siempre por las calles a pasos largos — veía de cuántos huecos ociosos, de cuántas postergaciones abúlicas, postergaciones pálidas, formaba yo mismo mi vida, en vez de repletar tales huecos precipitadamente, en vez de coger las pos-

tergaciones, de coger las fechas futuras en que caían y traerlas, precipitadamente también, al momento actual y ¡tapar, cicatrizar, cauterizar, redondear! por si acaso, por si la grúa venía — ¡vaya uno a saberlo!—, por si venía y me llevaba, y para poder entonces estar en paz para siempre al haber venido y haberme llevado.

Sí; pero todo esto no pasaba de ser una pequeña fantasía con qué llenar los silencios de mis pies entre dos tacazos sobre el asfalto al marchar. No pasaba de tal cosa. Y como consecuencia llegaba únicamente — y sólo a veces — a hacerme apresurar la marcha hacia un deber improvisado o hacerme girar sobre los talones, volver a casa y, durante un par de horas, precipitarme en un trabajo cualquiera repitiéndome entre dientes que aquello, de no hacerlo, podría un buen día convertirse en úlcera, dañar a muchos y, a distancia, pincharme a mí.

De allí no pasaba la cosa en aquellos tiempos.

Pero ese día, el 21 de febrero de 1919, a las doce en punto, la cosa fué muy otra. Ese día las pequeñas fantasías tantas veces hechas por las calles se convertían en realidad. No había, por cierto, grúa alguna, no me alejaba de esta Tierra, más el hecho era el mismo: por tres fuerzas puntudas como víboras, me amarraba y me englutía en la nueva figura, me separaba de mis semejantes y sentía descomponerse, oliendo mal, allá lejos, tantos de mis asuntos dejados inconclusos, quedados para siempre como yo hasta entonces había sido: algo suelto, volante, inocupado; y no como hubieran debido quedar: algo de un total, elemento inmovible, fijo, de un organismo completo y paralelo. Y sentí acto continuo cómo hasta lo más cercano — el potrero de alfalfa, las faldas mismas de estos cerros — se me alejaban. ¡Qué decir de los arrayanes, del camino público y de los algarrobos! ¡Y qué de las casas del fun-

do, del país entero, del mundo entero! Era de verdad un adiós.

Mas no había para mi interior en todo ello nada que pudiera emparentarse con la sorpresa. Si tal hubiese habido, la sensación de solemnidad de que hablo, no habría podido producirse. Sin embargo, en aquel instante, era lo único existente.

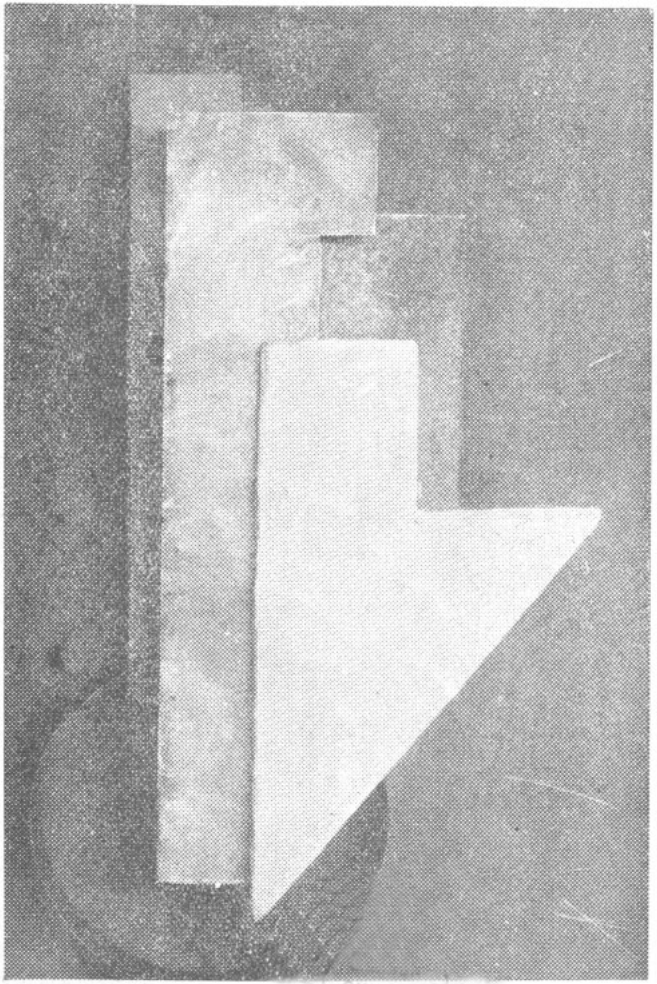
Por cierto que la continua repetición, esa casi obsesión de la grúa, me había familiarizado un tanto con la idea de un aislamiento, de una muerte en vida. Mas esto, repito, había sido simple fantasía, algo frívolo, que no bastaba por sí solo para eliminar cualquier sorpresa al pasar tan radicalmente de un estado a otro. Había más, había habido más y lo había habido durante largo tiempo.

Desde luego, al hallarme allí clavado ante mis dos compañeros supe que siempre en mi pasado, en mi pasado liviano de campos y ciudades, siempre este hecho de pasar de pronto a ser elemento me había rondado muy cerca. Y aquello de la grúa no era más que materializar — si puedo explicarme así — con una imagen esta vaga obsesión de cambio.

Pero ahora me venían a la memoria muchos actos de mi vida para los cuales, en esa vida misma, no hallaba explicación que me satisficiera. Eran actos que repetía sistemáticamente, que tenía que repetir mas que, al interrogar, se me deshacían volviendo a sumirse en la vaguedad de algo que iría a producirse o acaso que ya se había producido, en todo caso que se escapaba. Entonces seguía mis horas habituales sin tratar de ir más hondo. Pero a la noche siguiente o subsiguiente volvía a lo mismo, inexorablemente a lo mismo. Quedaba mirando, los ojos fijos, pero sin que se abriera paso ninguna idea nítida en mi cerebro.

Así era casi cada noche.

Casi cada noche, escapándome de la cama, bajaba al pequeño hall de mi casa a beber un café y luego a



por Gabriela Emar

fumar arrellanado en un sillón, los ojos fijos — ya lo he dicho — es decir, más o menos como ahora en el embudo, con tan sólo la diferencia de que entonces quedaba yo fuera y miraba los elementos ya formados, ya amarrados, ya paralelos allí enfrente; y ahora sólo miraba, sólo podía mirar parte de esta nueva amarra, pues la otra parte de ella la formaba yo, sencillamente yo.

En el muro del hall, frente al sillón, había colocado un cuadro de Gabriela Emar, hecho de dos maderos, dos trozos de metal y ¾ de círculo de zuncho. El todo sobre fondo de madera, y cada elemento coloreado diferentemente con tierras a la cola: el primer madero, el de mayor relieve, es decir, el más cercano a mí y que, recuerdo, tenía cierta forma triangular, era de un claro gris azulado; seguía uno de los metales, alargado y quebrado en ángulo recto, de tono de oro viejo, ligeramente brillante; más atrás, como sombra de éste, el otro metal, opaco, oscuro, con reflejos sordos de violeta y tinta; atrás, al último, el otro madero, recto, gris azulado como el primero, pero ensombrecido y algo chorreado por trasparencia de vagos tonos rojizos; y abajo, mordiéndolos a todos, el ¾ de círculo, de hierro negro. El fondo, tabla de ocre tostado. Por los cuatro lados, un marco amarillento, fino y liso.

No sé si esto dé idea de dicho cuadro. En fin, supongo que ha de estar aún en casa. Quien quiera, que vaya y lo mire.

Pasaba muchos minutos, tal vez algunos cuartos de hora, fijando esas formas y dejando que, como humos, me envolviera, pero sin penetrarme, algo semejante a un *sentimiento de equilibrio*. Un natural impulso me inducía a querer trasmutarlo en idea, concreta si fuese posible, una idea manual que poder llevar conmigo por todas partes y que poder lanzar por todos lados. Pero al menor esfuerzo, las pequeñas raíces de tal idea se desvanecían, se esfumaban y, sin formular nada,

sentía y sabía que así tal cual estaban, tal cual ya eran, esos elementos allí reunidos aseguraban una ordenación mayor que repetían en el sosiego y en el silencio de un pequeño cuadro suspendido en el muro vacío de mi hall.

Sosiego y silencio... Ahora recuerdo que ambas palabras las murmuraba a menudo durante esos momentos. No eran vanas palabras venidas a los labios por repicar bien en los oídos. No. Silencio, sosiego... Suenan bien, por cierto, sobre todo en las noches de café y tabaco. Pero repito: no. Eran palabras espontáneas, últimas puntas de un proceso interno que rondaba cerca de mi conciencia. Era un sentir más agudo de lo que es de verdad el silencio, de lo que es el sosiego. Y veía entonces — siempre mirando — que el sosiego dentro de aquel marco era como un movimiento, pues había allí, ante todo y por encima de todo, una relación, y una relación sólo puede existir si por lo menos dos están en juego, y al estar en juego — la frase misma lo dice — tienen que moverse, pues la quietud absoluta los haría fundirse y desaparecer. En último caso — pensaba —, si todo ello no fuese más que imaginación y especulación mías, si ningún movimiento existiese allí, mis ojos para verlo giraban, palpaban, titilaban en la punta de sus rayos por maderos y metales. Y una diferencia, al resbalar por sobre otras cosas, otros objetos, se me implantaba aquí: en los otros, en el común y mayoría de los otros, ese resbalar se extendía, se vaciaba hacia más allá de ellos, abarcaba, junto con ellos, cuanto les rodeara, habitación, casa, calles, mundo todo, de modo que no lograban aislarse sino que seguían como detalles, como puntos del total. Mientras que aquí quedaba todo encerrado, condensado dentro del pequeño espacio limitado por el marco y, al ir con los ojos tan sólo una línea más allá, era salir definitiva e inexorablemente de ello para pasar a *la otra parte*.

Otro tanto era para el silencio. Atentos los oídos a ruidos y murmullos del exterior, emanaba el cuadro, por contraste, el silencio, mejor dicho, la imposibilidad de que por entre sus elementos se produjera la más insignificante vibración. Entonces sabía imaginativamente que, si me fuese dado penetrar escuchando dentro del marco, conocería la total carencia de ruido. Pero, ¿cómo la conocería? Para ser un conocimiento verdadero no podría ser más que con los oídos ya que de oídos se trataba. Sentía entonces que, al conocer así, el total silencio no era más que otra manera de ruido, era tal vez sentir los propios tímpanos enmudecidos. Pero no. De los propios tímpanos pasaba a escuchar nuevamente el cuadro. Ese silencio radicaba en él y no en mí. Aguzando, pues, los oídos al máximo, mas en una concentración enérgica de modo que todo lo que no fuese el cuadro callase, trataba de saber cómo en él oiría el silencio y oía de verdad, abismado, no sólo uno, no sólo el, sino varios, sino *los* silencios de cada elemento, madera o hierro, sus silencios que pasaban a ser la manera peculiar de cada cual de haber enmudecido desde que, arrancándolos de basuras, desechos e inutilidades, los habían entrelazado, los habían pactado, al espejo del mundo de que se habían desprendido.

Sí; todas éstas eran cosas que yo sentía, lo sé, lo recuerdo nítidamente como si apenas pocas horas hubiesen transcurrido desde mi última contemplación hasta hoy que escribo. Pero algo más rondaba, algo más se insinuaba. Era algo como que en alguna parte o en algún momento existiese un cierto parentesco o afinidad entre ese cuadro y yo, o entre él y mis ambiciones, mi finalidad... o tal vez mi fin. Era algo ante lo cual parte de mí mismo me aconsejaba dilucidar, atacar de frente, como si con ello un punto importante me quedaría adquirido. Pero otra parte de mí mismo, llena de pereza, parte resbaladiza, prefería balancearse y

amodorrarse en las dulces sensaciones del sosiego y el silencio y no exponerse a mortificación alguna al pretender perforar más hondo. Pequeña, minúscula lucha de casi todas las noches. Para acallarla venía siempre una transacción y venía en la forma de un propósito, de un proyecto para el día siguiente: ¡un poco de literatura lo soluciona todo! Sí; mañana — me decía — escribiré ese cuadro. Por ejemplo: la historia de cada uno de sus elementos: la semilla que dió el árbol, que dió la madera; su corte, su empleo en éste o aquel objeto; la muerte del objeto; su rodar por polvos y fangos; su existencia en otra forma que la de hoy; etc., etc. Y otro tanto para los metales. ¡Lindas historias! Junto a ellas, planeando cual inmenso pájaro negro — sí; así me lo imaginaba ni más ni menos: pájaro inmenso y negro por añadidura — planeando y atisbando por los rincones de desperdicios y hierros viejos, planeando la concepción del pintor para cogerlos, torcerlos, mutilarlos, cortarlos y hendirlos allí, plasmados en un color. ¡Lindas historias!

A veces sentía pena por esos elementos aprisionados, deseos de devolverles la libertad, que sigan ellos también su destino. Era como un sentimiento espantoso de nuestra crueldad. ¡Atarlos, detenerlos así! ¡Por gozar de una sensación estética! Y allí seguían "¡haciendo una figura!" El mundo fuera...

Pero no era eso, no, nada era eso. Prueba es que el cuadro está allí y que la historia no se escribió jamás. Y ahora me digo, no sé bien por qué, pero me digo: "No se escribió, a Dios gracias".

Esos proyectos de historias eran para postergar, para despistar, mejor dicho, la insinuación — que se abría paso — que en aquello de los elementos algo de mi destino tomaba parte. Ahora, apenas sentado en la piedra del embudo, veía que por encima de historietas, que más allá de silencios y sosiegos, lo que había era un presentimiento de lo que alrededor mío se estaba

formando para luego empujarme y decidir mi vida una mañana. Mas como en esas noches nada podía saber ni siquiera sospechar de la existencia de un gato y una pulga ni aún de mí mismo con relación a ellos, al presentimiento lo dejaba pasar. Y vuelta a lo mismo: "Una historia de esos maderos y hierros sería una linda historia". Así, en las noches de mi casa.

Hoy, mediodía estival, con él y ella al frente, conmigo mismo frente a ella y él, acallado todo sentimiento de sorpresa por tanta vaga experiencia anterior, empezando a acallarse ya esa impresión de solemnidad por una rápida aclimatación y una resignación sin defensa; ahora pasaba por mí un arrepentimiento agudo al recordar mi indolencia, mi inconsciencia ante tanto llamado para estudiar lo que iba a ser mi destino, un arrepentimiento desolado por no haberme entonces *fijado más*.

Pero esto también pasó, pasó con velocidad inaudita. Había empezado junto con venir las doce del día. Aun las doce se estaban dando y ya otro sentimiento ocupaba, inundaba mi ser entero: pavor que me heló las venas.

Ya he dicho — y repito ahora hasta la majadería — que desde aquel momento había un todo más, un todo viviente, organizado allí en los cerros del Melocotón, caído al costado del otro y equilibrado instantáneamente sin que ni una hoja, para ello, hubiese temblado en ningún matorral. Allí al costado estábamos y quedábamos y es por este hecho, por esto de "al costado" que había algo más en el Universo. Hasta entonces, nosotros y las fuerzas que éramos, habíamos, como todo lo restante, rodado y rodado, con más o menos golpes y sinsabores, con más o menos protestas o indiferencias, pero rodado, rodado dentro, amalgamados y siendo lo otro. ¡Terminado todo eso! Ahora, no. Desde ahora, no. Recordaré la fecha nuevamente: febrero 21 de 1919, a las 12 en punto del día. Porque

aún es la misma hora. Aún seguirá siendo la misma hasta que toda la sucesión de sentimientos míos se haya cumplido. Entonces serán las 12 más lo que inmediatamente viene después de ser cada hora.

¡Las doce! ¡Pavor!

Pavor de que, caído uno más en el Universo, el Universo perdiese su equilibrio y estallase.

Sé lo que me van a alegar, sé que tratarán de volver siempre a lo mismo: que tres gatos, por mucho que equilibre o desequilibre. tres gatos... etc. Y sé también que por mucho que raciocine, demuestre y pruebe, por mucho y plenamente que convenza a todos mis semejantes, siempre en ellos el sentimiento gato—que, al ser parangonado nada menos que con el Cosmos, reducirá a todo gato a la más escuálida expresión—, por el hecho de ser sentimiento, prevalecerá y triunfará en todo hombre ponderado, serio y juicioso.

Así, pues, renuncio a que los hombres ponderados sepan o vagamente sospechen lo que es, por un lado, desprenderse, arrancarse de la vida; por otro, lo que es no estar dentro sino frente a algo; por un tercero, saber — no sólo con el entendimiento sino con cada célula de la piel, de la sangre, de los huesos — que únicamente existe el equilibrio; y por un cuarto y por fin, a que sepan que, por este hecho de no existir más que equilibrio, nada pueda ser inmenso ni nada minúsculo, que desaparecen tamaños y condiciones, para sólo ser el equilibrio mismo, sin posibilidad de un "más uno" ni de un "menos uno". Renuncio a todo ello aunque pienso qué lógica elemental debiera convencer de tales verdades. Pero sé, hombres juiciosos, que el sentimiento es más fuerte que todo en vosotros. Sé que, una vez al borde del convencimiento, echaréis máquina atrás y os diréis:

—Un gato..., dos gatos..., tres gatos... ¡Absurdo! ¡Imposible! ¡Nada ocurrirá en ninguna parte! ¡No hay tal equilibrio, no!

Mas, como último recurso, no puedo impedirme ir a una pequeña comparación: una balanza, por ejemplo, una balanza y nada más. Está en equilibrio y es de tal sensibilidad que ya para ella no tiene significado hablar de sensibilidad. Está en equilibrio, sigue, vive, es en equilibrio. Y de pronto cae a uno de sus platillos un grano, un milésimo de grano, un millonésimo, menos de grano que lo que para esta otra balanza significan tres gatos — ¡no se olvide! — entrelazados y constituídos. Un platillo caerá. ¡Roto el equilibrio!

Pongo este ejemplo porque apenas caí sentado allí, mientras aún eran las doce, vino a cruzarme como una flecha. Hasta tuve un momento de espera frente al desequilibrio del mundo. Esperé que el mundo estallara. Esperé que todos los mundos se precipitaran unos sobre otros, los grandes chupando a los pequeños, para ser, a su vez — aunque engrosados con este tragar—, pequeños para otros mayores, para luego... ¡Oh! En fin, ya en tales momentos mis compañeros y yo nada seríamos sino nuevamente elementos sueltos, sólo que ahora no de un rodar en equilibrio sino de una realización de desequilibrio.

Esperé lleno de pavor. Pero junto con esperar, dentro de mi espera noté como un ligero vaivén universal. Fué — o al menos así lo sentí yo — como una onda circular desprendida de nuestro centro, del Sol, que golpeó a los primeros planetas alejándolos de él justamente los milímetros necesarios para subsistir en el nuevo equilibrio. Golpeó a nuestra Tierra en aquel momento en detención. Sentí como si levemente mi asiento vacilara hacia abajo y, allí al fondo, vaciló el gato con su pulga en la frente. Y todo se restableció. Entonces sentí la onda alejarse y mover los siguientes mundos: Marte, los planetas telescópicos, Júpiter, tal vez Saturno. Es decir: indudablemente Saturno también. De otro modo... Bueno, ¡ni qué hablarlo! Quiero decir que ya de Saturno no supe nada; sólo supuse.

Menos aún de Urano y Neptuno. Mi receptibilidad no registraba más. O acaso era ya turbada con la nueva actividad que volvía a aparecer por todos lados junto a mí, por todos lados, desde mi propia sangre volviendo a circular, hasta el infinito volviendo a rodar. Así es que de Júpiter para allá, me contenté, sin percibir nada, con saber, con estar cierto — y con estarlo lleno de un fervor como jamás ningún ser ha sentido al unirse a un Dios cualquiera—, con estar cierto que todo, TODO, había vacilado, vacilaba en aquel momento, se equilibraba de nuevo, de nuevo se amarraba y de nuevo seguía, ajustado ligeramente de otro modo.

Justo en ese instante dejaron de ser las doce para ser, como he dicho, lo que es inmediatamente después de ser cada hora. Entonces, muy lejos, oí a una pájara pinta cantar. Al romperse bien alto en el cielo su canto, los oídos se me llenaron de crisantemos y amapolas. Y aquí, sólo aquí, fué cuando esa gratísima sensación de estabilidad me inundó todo íntegro.

He estado a punto de omitir la comparación de mis sentimientos, al desparramarse más allá de Júpiter, con los que supongo han de tener los que se unen a un Dios. Pero la fidelidad de mi relato ha podido más que mi deseo de no mencionar a ningún Dios y que la certeza de que en mi destino para nada se ha inmiscuído. Pero recuerdo que al pasar Júpiter y abarcar el cosmos infinito, pensé y creí con firmeza que tal era lo que sentían cuantos aseguran haberse unido a la divinidad, cosa que luego — acaso por cansancio o por falta de repetición — empecé a poner en duda hasta olvidarla totalmente. Ahora lo vuelvo a recordar y me hago un deber anotarlo.

Las doce ya han sido dadas. Todo vuelve para todos a tomar su ritmo acostumbrado y yo, en mi plena estabilidad, noto que las horas me son ligeras. Yo, él, ella... Ella, yo, él... El, ella, yo... Esto me

ocupa, me absorbe. Pasan las horas. Pasan los días. Mi vida entera anterior la siento definitivamente desaparecida.

Mas no se crea que esto duró sin alteración. Ya pasados varios meses, era a menudo presa de muchas añoranzas. Mi hogar, mis gentes, ¡mi vida de hombre suelto! Para alejarlas de mí y volver a recuperar la estabilidad de mi nuevo estado, tenía que hacer dolorosos esfuerzos. Sobre todo cuando me asaltaba el recuerdo de aquella mañana que, sin preocupaciones, sin cometido alguno, hice ensillar el Tinterillo y salí rumbo a estos cerros. ¡Mi última mañana! Por eso la escribí con tanto detalle. Temperaturas extremas, perfumes útiles, perfumes humanos, pímpano, quilehue, haba tenca, perro del diablo y vinchucas pantanosas... Y por fin los enormes buitres cordilleranos y las cataratas de gorjeos de esas pájaras pintas que nunca se ven. Pero otra vez me dominaba la estabilidad, otra vez era cogido sobre todo por nuestro equilibrio y más que por él, más que por todo, por nuestro rol, nuestra espantosa responsabilidad al ser únicamente nosotros tres, él, ella y yo, allí perdidos en la montaña, el contrapeso, más aún, la contraparte, ¡el espejo! del total.

Pasaron años. Nuestras vidas estaban reducidas al mínimo de movimiento. La pulga picaba de tarde en tarde, dormía el resto del tiempo, muy raras veces se desplazaba algunos milímetros. El gato, sentado, me miraba, se estiraba, se desperezaba, dormía poco, no maullaba nunca. Yo, sentado a mi vez, me enderezaba un tanto, alargaba las piernas, las recogía; creo que no he vuelto a dormir. Y con cada uno de nuestros movimientos, por leves que fuesen, el triángulo obedecía con cierta rigidez, con cierta dura flexibilidad. Me parecía entonces oír como un crujido, como un roce de cuerdas mojadas.

Y a veces venía la desesperación, la desesperación

atroz de verme clavado allí. Unos deseos súbitos, vecinos a la locura, de saltar, echar a correr, desmoronarme cerro abajo y lanzarme como a un lago, como a un mar, al vasto potrero de alfalfa. Meterme nuevamente al mundo vivo por entre esas flores violáceas, otra vez la vida, mascándolas, chupándolas, triturándolas. Saltar y partir — ¡venga lo que venga!—, saltar y partir. Pero siempre que tales deseos me espoleaban, el gato posaba sobre mí sus ojos verdes, quitaba de ellos todo brillo y me apesantaba con una mirada sorda, suave, plácida, que desmenuzaba mis proyectos de fuga.

Entonces era la ira contra aquel animal maldito. Lentamente echaba mano atrás y cogía mi revólver. Sería tan simple apuntar. El cañón quedaría en la línea de él a mí; la bala la recorrería en toda su longitud e iría a destaparle los sesos fulminando, a su vez, a la maldita pulguilla. Por cierto, nunca he hecho fuego. Estamos aún los tres tal cual nos encontramos en aquel verano del 19. Nunca he hecho fuego ni nunca, creo, lo haré, pues siempre dos conjeturas me han sujetado y me sujetarán en lo sucesivo. Helas aquí:

1.a) Junto con atravesar la bala el cráneo del animal, todo nuestro equilibrio quedaría roto. Esto, ni a qué dudarlo. Ni a qué dudar tampoco que, roto éste, se desequilibraría lo que nos rodeaba, trayendo como consecuencia un desequilibrio mayor, y éste otro más hasta el estallido total. Nuestro organismo, allí dentro del embudo, es de tal sensibilidad y precisión que no impunemente se le puede desbaratar, es exponerse a consecuencias mayores, es exponerse al caos.

Me objetaba, entonces, para enardecerme, que si la primera vez, junto con crearse nuestro nuevo equilibrio, el cosmos se había acomodado a él, ahora, por las mismas razones, volvería todo al equilibrio antiguo sin más consecuencia que un nuevo y ligero vaivén universal venido en sentido contrario. Y, por lo tanto, ¡santas pa-

ces para todos y para los cadáveres de mis silenciosos compañeros!

No, ¡no sería así! Dudaba primeramente; luego llegaba a la certeza opuesta. El revólver volvía a su funda. Pues me hacía el raciocinio siguiente:

La primera vez se formó el embudo sin voluntad particular. ¡Sin! Aquí venía a estribar la diferencia, aquí convergían todos los ejes del asunto: sin voluntad particular, *sin la intromisión de la voluntad de un hombre.* Y como no concebía, ni aún concibo, una realización cualquiera sin una voluntad que la guíe, la voluntad de aquella mañana la radicaba fuera de todo designio mío. Por lo tanto, aquello había sido destino, nada más. Y nosotros tres, sus simples ejecutantes. Al ser tales, aquello estaba previsto, calzaba con la ordenación de las cosas. Todo, por los siglos hacia atrás, se había estado moldeando, preparando, para que en ese instante tres seres se unieran en un nuevo curso de vida, tres seres se desprendieran, añadiendo un peso más.

Mientras ahora no había sido la voluntad de un hombre. Y este hombre no podía llevarla a finalidad con el pleno dominio de sus facultades, pues cualquier intento suyo se desmenuzaba con sólo recibir la lenta mirada de un gato de ojos verdes y apagados. Para hacerlo, tendría que ser bajo el imperio de un arrebato, de un total desorden, de la locura. ¡Un hombre así ante el destino! La misma insignificancia del realizador demostraba que tal empresa no podía acometerse, en todo caso, con un hombre así.

Y seguía mi raciocinio:

Viene el arrebato, la locura, parte el tiro... La otra vez se había realizado lo que el destino gestaba, en el mínimo vaivén de un instante detenido. Esta vez, sin gestación, sin nada previsto, sería una sorpresa. Ante ella vendría el crujir del embudo, un crujido aumentando, amplificándose de sitio en sitio, de mundo en mundo, hasta la precipitación, ¡el caos!

Nada de revólver. Sigamos. Yo, él, ella... Ella, yo, él... El, ella, yo...

Era mejor.

2.a) Que no ocurriese nada, absolutamente nada. De un balazo o de cualquier otro modo, se rompe el triángulo. Supongamos el modo más violento: dinamita, y todo vuela; o el más tranquilo: me levanto de la piedra, me estiro, sacudo mi ropa y me marcho paso a paso. El caso es que no ocurre nada, ni allí ni en ninguna parte. Por algo que ignoro — al fin y la postre no voy yo a saberlo todo—, se rehace súbitamente el antiguo equilibrio, nadie nota el ligero vaivén, ni yo mismo que ya me hallo embelesado contemplando las faldas de los cerros y los potreros lejanos. Regreso, rehaciendo el camino, hasta las casas del fundo y vuelvo a ser una fuerza larga, inocupada personalmente de los equilibrios, y ocupada únicamente de mi vida privada.

Esto no podría ser posible.

Me bastan cortos momentos de meditación para constatar su absoluta imposibilidad.

Volvía a ser una fuerza inocupada. Todo puede volver a ser más o menos como antes pero no *exactamente* como antes. Durante el trecho de haber sido y volver a ser algo ha tenido que ocurrir. Se vuelve a ser lo anterior, más la huella de lo ocurrido. En mi caso: esa fuerza inocupada, que volvería a rodar, habría ya conocido lo que es *ser*, habría ya adquirido conciencia de un estado diferente, de la posibilidad de su ocupación, de su subsistencia. Sería fundamentalmente de otra naturaleza, aunque mucho aparentara ser idéntica.

Ahora, no cabe duda que diferente naturaleza era la de un estado superior venido a uno inferior. No se piense en mí como persona, caminando libre por calles y carreteras o clavado aquí en la boca del embudo. Esto podría llevar a error porque para todos aparecerá que ir a grandes trancos es un estado superior a permane-

cer en la casi total inmovilidad sobre una piedra, y así el proceso indicado se vería en sentido inverso. Yo en esto, repito, no soy más que un mero ejecutante. Es de las fuerzas que a través de nosotros tres se expresan, de lo que quiero hablar; es, particularmente, de la fuerza mía. A ella me refiero.

Ahora otra vez estaría suelta pero no exactamente como antes. Ahora habría en ella un agregado, un algo semejante a lo que en nosotros se llama recuerdo o experiencia. Y esto habría sido superior. Lo que es nostalgia o añoranza, planearía enredado en ella. No sé de qué modo. Pero estaría allí. Estaría como una simple ductilidad material o como sutil tendencia moral... No lo sé. Pero estaría.

No encuentro aquí en mi retiro otra palabra: "tendencia". Tendencia a volver a encarnarse, a no más seguir circulando, a volver a tener en jaque al gran equilibrio. Y si en ella hay un algo de conciencia, entonces no sólo tendencia sino también temor. Temor que su ociosidad galopante, al choque de las otras dos, que galoparían ociosas a su vez, causara el estallido, evitado penosamente hasta aquella mañana y ahora conjurado, aprisionado, en mí, en él y en ella.

Molestaría, se agazaparía, se escurriría hasta encontrar. Y — tendencia o añoranza — se inclinaría hacia mí que, de elemento de un todo indestructible, la habría devuelto a su ociosidad de trotar eterno.

Seríame entonces la obsesión de cada instante. Me parecería que cuantos males ocurriesen en cualquier parte, serían, por algún lado, culpa mía. Ante cada catástrofe, aun ante cada destemplanza, no dejaría de decirme — por mucho que apresurase el paso por calles y carreteras — que si hubiese quedado allá en los cerros del Melocotón manteniendo el pequeño mundo paralelo, destemplanzas y aun catástrofes, habrían podido evitarse. No podría seguir viviendo sino echándome so-

bre los hombros hasta los crujidos imperceptibles de la naturaleza al desenvolverse sufriendo.

Entonces, ¿cuál sería mi salvación, mi idea fija? ¿Qué se me impondría para verme libre, para descargar tanta culpa?

¡Volver! ¡Volver al embudo!

Me rozaba a esta altura de mis pensamientos una solución posible:

Partir de aquí; si por el mundo el mundo me distraía y me descargaba, seguir en él y anotar lo del embudo como un recuerdo más; si la fuerza me perseguía aumentando mi obsesión, volver. Por lo menos, de este modo, sabría que no había ni podía haber otra alternativa para mí, sabría la potencia de mi estado y esto tal vez calmaría mis iras contra el gato permitiéndome volver sin revólver.

Pero veamos con calma.

Primer punto:

¿Quién se atrevería a asegurarme que una vez yo lejos, iba el gato, con su pulga en la frente, a permanecer aquí? ¿No es lógico que a su vez partiera y se me perdiera para siempre? Todo raciocinio serio tiene que llegar a esta conclusión: si yo hasta entonces no me había movido por hallarse frente a mí ellos dos, ellos tampoco se habían movido por hallarme yo frente a ellos. De donde se deduce que si yo me marcho, se han de marchar ellos también. Luego: volvería a un embudo vacío y nada podría volver a formar.

Mi vida, entonces, se convertiría en una desesperada búsqueda de mi gato... o de otro gato. Mi vida se convertiría en correr tras un gato.

Segundo punto:

Logro un gato. Más aún: la suerte me es tan benévola que me ofrenda un gato justamente con una pulga en la frente. Heme, pues, camino a los cerros del Melocotón. Galopa mi caballo, otro Tinterillo. Aquél de-

be haber muerto. Viene mi gato en un saco. Galopamos. Nuestras necesidades nos envían sus perfumes; los humanos, también; hierbas de los arrayanes, bichos de los arrayanes; el potrero de alfalfa, y un nuevo saludo al incomparable amigo que fué el chino Fa; pájaras pintas y buitres. ¡El embudo!

Tercer punto:

Me arrastro por el embudo con mi gato en ambas manos para colocarlo en el nicho del fondo. Lo coloco. Allí se queda. Retrocedo como un reptil. Me levanto, me vuelvo y marcho hacia la piedra.

Junto con dar el primer paso, el gato saltará nicho abajo y marchará sobre mis talones. Entonces... media vuelta, cogerlo, y al nicho otra vez.

Retrocedo, me vuelvo y... ¡el gato en mis talones! Y otra vez, otra más, otra y otra. En vano lo acariciaré allá al fondo, dándole a entender que debe quedar en el más completo sosiego. Apenas ve mis talones, ¡al suelo y tras ellos!

Ya mis talones empiezan a tomar una especial sensibilidad. Ya son el único punto de mi cuerpo en que vivo. Ya son dos llagas. Y el gato insiste.

Retrocedo sin volverme. El vacila un momento pero salta al fin. Y viene, viene, busca mis talones contorneándome los pies. Para evitarlo, avanzo hacia el nicho. El, atrás. Mas la estrechez del embudo me obliga a detenerme. Si me echo por tierra, el gato los alcanzará. Vuelta hacia fuera entonces. ¡Fuera! ¡Fuera! El gato me echará fuera — ¡al mundo de las obsesiones otra vez! O bien, hacer de todos los años que me quedan por vivir, este ir y venir hasta el nicho, hasta la boca, hasta el nicho, hasta la boca. Y ya talones y gato no serán más que uno, doloroso, sanguinolento, atroz!

Los años pasan, pasan. Inmóviles aquí seguimos los tres, gato, pulga y hombre.

Es mejor, indiscutiblemente, no desatar lo que se ató. Es mejor que este nuevo espejo de vida siga su curso de mí a él, de él a ella, de ella a mí. ¡Allá los otros hombres y el otro Universo!

Nosotros, aquí.

Por lo demás, ¿a qué tanta queja? Nuestro triángulo tiene, como he dicho, su cierta flexibilidad. Nos movemos un poco, nos estiramos. La pulga duerme a veces; el gato abulta el lomo; yo echo una pierna arriba, junto y separo las manos a voluntad. Hay libertad. Por ejemplo, en este momento el gato duerme. Es lo que aprovecho para escribir nuestras vidas, hoy 30 de mayo de 1934.

Mayo...

Un nuevo otoño, un nuevo invierno. Las pájaras pintas más que cantar lanzan graznidos helados. Los buitres cordilleranos pasan hacia el mar cubiertos de plumas blancas.

Sigamos aquí.

EL PERRO AMAESTRADO

Desiderio Longotoma, Baldomero Lonquimay y yo somos amigos. Esto nada tiene de extraño, pues juntos jugábamos en nuestra infancia.

¿Eran propiamente juegos los nuestros? Los de Desiderio Longotoma y los míos, sí. Los de Baldomero Lonquimay..., dudoso. Baldomero Lonquimay era, ya de niño, extremadamente serio y reflexivo y era, además...

En fin, sobre los subestratos anímicos de su ser he hecho ya un esbozo que daré a la publicidad alguna vez. Repetirlo aquí me fastidiaría.

En nuestra juventud juntos los tres emprendimos nuestras primeras calaveradas.

¿Calaveradas? Puedo notar lo mismo que para los juegos de infancia respecto a Desiderio Longotoma y yo, por un lado; Baldomero Lonquimay, por otro.

Más o menos por la época de nuestros veinte años, Desiderio Longotoma compró un perro recién nacido y lo amaestró. Le puso como nombre Piticuti. Piticuti era pequeño, de cuerpo largo, de color pardo obscuro.

Desiderio Longotoma nos dijo un día:

—Todo transeúnte es un absurdo. Cada ser humano cuando está quieto o cuando se entrega a sus actividades o satisface sus necesidades vitales, puede ser razonable. Pero al convertirse en transeúnte se convierte en un absurdo. Amigos, ¡hay que vengar tal absurdo!

Entonces hicimos lo siguiente:

Cada noche, en una habitación obscura de la planta baja de mi casa — cuya ventana sobre la calle estaba protegida por una reja colonial — nos agazapábamos nosotros tres y el perro.

Silencio. Larga espera. Mi calle era tranquila.

De pronto un transeúnte venía. Pasaba frente a la ventana. Desiderio Longotoma murmuraba:

—¡Zus!

Piticuti saltaba sobre la reja y ladraba. El transeúnte creía desfallecer. Esto, todas las noches durante más de un mes.

Otro día nos dijo:

—Todo esto es una venganza al corazón de los transeúntes. Todo esto venga por intermedio de un sentimiento, que tal es el susto. Pues bien, ¡no! Es necesario vengar con el dolor. Amigos, ¡a las piernas!

Y salimos por las noches, los tres y el perro, a recorrer las calles apartadas.

Designamos como víctima al décimo sexto transeúnte que nos cruzara; luego, al trigésimo segundo; luego, al cuadragésimo octavo; etc. Siempre de diez y seis en diez y seis.

Al cruzarnos una víctima, Desiderio Longotoma murmuraba:

—¡Zus!

Y Piticuti mordía en un tobillo. Luego escapábamos los cuatro.

Yo, al salir cada vez, me preguntaba con ansiedad indescriptible:

—¿Quién irá a ser el décimo sexto? ¿Cómo irá a ser? ¿Qué ocupaciones y preocupaciones ha tenido durante el día? ¿Cuál de entre ellas lo ha empujado a entrar en la noche de las calles? Si es hombre, ¿tendrá una mujer? Si la tiene, ¿la amará? ¿Y si es mujer? (Porque a las mujeres tampoco las perdonábamos; una mujer, al ir por las aceras, es igualmente

transeúnte que un hombre). Al regresar a su domicilio, ¿irá a encontrar en él a un niño indiferente a su herida? ¿O a una viejecita que va a alarmarse hasta la insensatez? ¿O a dos amigos burlones que van a reír por lo ridículo del hecho? ¿O no va a encontrar a nadie?

Iguales preguntas para el trigésimo segundo, el cuadragésimo octavo, etc.

Producíanse a veces alternativas que aumentaban la ansiedad hasta la angustia:

Viene el décimo sexto. De pronto se vuelve y se aleja. No era su destino.

Viene el décimo sexto. De pronto aparece en una esquina otro transeúnte que queda precediendo al primero, convirtiéndose de este modo en el décimo sexto. Ha arrebatado la numeración fatal.

El destino era para él; no para el anterior.

Etc.

La angustia ahoga. La angustia, como el ahogo — si uno se fija bien—, se compenetra con la voluptuosidad. De ahí lo que hablan los que han estado a punto de morir ahogados. De ahí las añoranzas — al parecer paradojales — por ciertas épocas pasadas de nuestras existencias en que se ha vivido entre las garras de la angustia.

Todo ello es voluptuosidad.

Pero resumamos, al menos en lo que a mí me atañe:

Erame el total de estas andanzas una sensación ahogante de destino.

Porque sentía su realidad, su vivencia, como un monstruo que, aunque invisible, se posaba — pesado, hosco, mudo — sobre la ciudad.

Era un monstruo hecho de hilos.

Estos hilos iban tejiéndose por todas las calles.

Cada transeúnte iba dejando tras sí un hilo a veces como el humor plateado de la babosa, a veces co-

mo el bramante fino de la araña que se desprende.

Estos hilos les eran visibles como experiencias, como recuerdos. Yo los veía casi con los ojos. Eranme visibles en la zona límite entre la vista interior y la exterior.

A menudo los vi — fuera, puros — a lo largo de las calles negras, temblando.

En cada extremo de cada uno, un hombre caminaba.

Todo transeúnte echaba hacia adelante otro hilo. Le era apenas visible como volición, como deseo. Este hilo, diferentemente al anterior, estaba acechado por imprevistos.

¡Nosotros éramos imprevistos para todos los seres que caminaban por la ciudad!

Mas no teníamos contacto directo con ellos. Nos era necesario otra criatura de otra especie: Piticuti.

Estos hilos éranme apenas visibles. Los percibía sólo por la vista anterior. En cambio mi tacto los sentía mejor que los quedados atrás. Pues sentía nítidamente cómo me atravesaban el cuerpo a la manera de finísimas y muy largas agujas.

Una noche noté alarmado que todos ellos me atravesaban, o tendían a atravesarme, por el sexo.

Quise comunicar esta observación a mis amigos: Desiderio Longotoma reía y reía con su reír menudo; Baldomero Lonquimay era inviolable en su seriedad de mármol.

Nada les comuniqué.

Y Piticuti volvió a morder.

Al fin tanto atropello a nuestros conciudadanos empezó a pesarnos en la conciencia.

Para absolvernos decidimos juntar dinero. La suma total la dividimos en cuatro partes iguales para entregarlas cariñosamente a los transeúntes décimo sexto,

trigésimo segundo, cuadragésimo octavo y sexagésimo cuarto.

Y nos dirigimos al barrio más indigente de la ciudad.

Piticuti quedó en casa encerrado.

Con estupor noté que no sentía ni hilos que se quedan, ni hilos que se anticipan, ni sexo.

Sabía que, al dar dinero, *tenía* que producirse lo mismo que al herir. Lo sabía... Nada más.

No sé qué ocurrió con mis amigos. El caso es que Baldomero Lonquimay dijo:

—No vale la pena hacer esta caridad.

Y Desiderio Longotoma:

—Vamos a tomar una copa. ¡Basta de necedades!

Y volvimos, la noche siguiente, a nuestras correrías con Piticuti.

En otra ocasión Desiderio Longotoma nos dijo con aire misterioso:

—Tengo un nuevo proyecto que realizar con nuestro fiel compañero. Mañana lo comunicaré solemnemente.

Pero al otro día amaneció muerto Piticuti.

Lo enterramos en el jardín de la casa de su amo. Sobre su cuerpo echamos tierra. Sobre la tierra, una lápida de cemento.

Desiderio Longotoma cayó en gran tristeza. No quiso jamás revelarnos su proyecto. Sólo repetía:

—Ahora... ¿para qué?

Y yo no volví nunca más a sentir la profunda, la desgarradora voluptuosidad de esos hilos nocturnos y temblantes.

¡Pobre Piticuti!

Veintitrés años más tarde.

Hace hoy una semana.

¡Volví a sentir!

Avanzaba yo hacia el cerro que hay en el centro

de esta ciudad. Eran las 8 de la noche. Pasaban muchos transeúntes, muchos coches, autobuses y tranvías. Brillaban faroles y letreros luminosos. Aquello mareaba.

Al costado izquerdo del cerro hay un dédalo de callejuelas bastante complicado y que han complicado aún más con la apertura de nuevos pasajes y plazoletas y con la construcción de complejos y enormes edificios residenciales.

Mas yo conozco bien ese barrio.

Mi intención era llegar a uno de ellos en donde tiene su departamento una mujer que me inquieta y me atrae.

De pronto, a pocos metros ya del cerro, me ofusqué.

Vacilé por un centésimo de segundo. Todas aquellas vías se me confundieron, se me enredaron en un embrollo tan súbito e inesperado que me punzó la sensación aguda de un misterio — obscuro, temible, *efervescente* — que surgía en todo aquel barrio.

Y en aquel misterio que así bulló, Ella estaba.

Ella lo vivía con su cuerpo entero. Con su sexo.

Y yo, a pesar de embrollos y complejidades, seguiría adelante y llegaría, como un sonámbulo, suspendido por una voluptuosidad angustiosa.

Entonces el barrio todo, al revolverse con Ella, rebotó en mi sexo.

¡Había vuelto a sentir!

Durante el espacio de un centésimo de segundo Poco importaba.

¡Habia vuelto a sentir!

Y había aprendido que existe una clara relación entre la configuración de una ciudad y nuestros más encubiertos deseos. Así, como antes, gracias a los colmillos de Piticuti, había aprendido que, desde cierto ángulo de vista, hay también relación clara entre ellos y los seres que van caminando por las calles.

Pensé entonces volver a la tumba de nuestro antiguo compañero y, como ofrenda a su memoria, depositar algo sobre ella.

Pero, ¿qué depositar?

No lo sé.

Todo cuanto he imaginado me ha presentado acto continuo varias fallas.

Ahora creo que lo mejor será colocar en un extremo de la lápida un caracol. Y quedar allí, de pie, inmóvil, hasta que la cruce entera, de largo a largo; quedar allí hasta que se pierda de vista, lejos, ojalá en el mar.

Desiderio Longotoma es el hombre más distraído de esta ciudad. Se vió obligado a enviar a todos los periódicos el siguiente aviso:

"Ayer, entre las 4 y 5 de la tarde, en el sector comprendido " al N. por la calle de los Perales, al S. por el Tajamar, al E. por " la calle del Rey y al O. por la del Macetero Blanco, perdí mis " mejores ideas y mis más puras intenciones, es decir, mi persona- " lidad de hombre. Daré magnífica gratificación a quien la en- " cuentre y la traiga a mi domicilio, calle de la Nevada, 101."

El mismo día recorrí el sector indicado. Tras larga búsqueda encontré en un tarro de basuras un molar de vaca. No dudé un instante. Lo cogí y me encaminé al 101 de la Nevada.

Once personas hacían cola frente a la puerta de Desiderio Longotoma. Cada una tenía algo en las manos y abrigaba la certeza que ello era la personalidad humana perdida la víspera.

La primera tenía: un frasquito lleno de arena;
la segunda: un lagarto vivo;
la tercera: un viejo paraguas de cacha de marfil;
la cuarta: un par de criadillas crudas;
la quinta: una flor;
la sexta: una barba postiza;
la séptima: un microscopio;
la octava: una pluma de gallineta;
la novena: una copa de perfumes;
la décima: una mariposa;
la undécima: su propio hijo.

El criado de Desiderio Longotoma nos hizo pasar uno a uno.

Desiderio Longotoma estaba de pie al fondo de su salón. Siempre igual, risueño, grueso, con sus bigotitos negros, afable, tranquilo.

Aceptó todo cuanto se le llevó. Distribuyó generoso las gratificaciones ofrecidas.

A la primera le dió: un cortaplumas;
a la segunda: dos cigarros puros;
a la tercera: un cascabel;
a la cuarta: una esponja de caucho;
a la quinta: un lince embalsamado;
a la sexta: una tira de terciopelo azul;
a la séptima: un par de huevos al plato;
a la octava: un pequeño reloj;
a la novena: una trampa para conejos;
a la décima: un llavero;
a la undécima: una libra de azúcar;
a mí: una corbata gris.

Tres días más tarde visité a Desiderio Longotoma. Quería, en su presencia, instruirme sobre varios puntos que no es del caso mencionar aquí.

Desiderio Longotoma estaba en cama. Sobre la cabecera había colocado, en una red de alambre que avanzaba hasta la mitad del lecho, las doce creencias de nosotros doce sobre su personalidad perdida.

Bajo el total, Desiderio Longotoma meditaba.

(Observación al pasar: la muela de vaca quedaba justo encima de su esternón).

Esta meditación cobijada me recordó el consejo que el mismo personaje me dió el 1.o de octubre del año pasado bajo el árbol de coral.

Después de largo silencio, Desiderio Longotoma me dijo:

—Deseo contraer matrimonio. Sólo puedo meditar a la sombra de algo. Deseo contraer matrimonio para

meditar a la sombra de dos cuernos. He pensado en Matilde Atacama, la viuda del malogrado Rudecindo Malleco. Esta mujer, aparte de ser hermosa cual ninguna, tomó el hábito del amor cerebral. Como yo nada conozco de él, Matilde no tardará en engañarme. Lo único que me preocupa es la elección que haga referente a su amante. Pues hay hombres que, al poseer a una esposa ajena, hacen nacer, sobre el testuz del marido, cuernos de toro; otros, de macho cabrío; otros, de ciervo; otros, de búfalo; otros, de anta; otros, de musmón...; en fin, de todos cuantos nos ofrece la zoología. Y yo quiero meditar bajo los grandes cuernos del ciervo. Nada más.

Insinué:

—¿Cree usted que yo...?

Contestó:

—De ningún modo. Usted haría crecer el cuerno único del unicornio.

El unicornio habita en las selvas de los confines de la Etiopía.

El unicornio se alimenta únicamente de los pétalos fragantes de los nenúfares dormidos.

Ello no quita que su excremento sea extremadamente fétido.

El unicornio, para sus horas de reposo, fabrica con su cuerno único vastas grutas en la tierra muelle de los pantanos. De lo alto de estas grutas cuelgan estalactitas de ámbar y arañas velludas de un hilo de plata.

El unicornio no se domestica. Cuando divisa al hombre se volatiliza todo él, salvo su cuerno que cae a tierra y queda recto sobre ella. Luego echa hojas dentadas y frutos encarnados. Se le conoce entonces con el nombre de "El Arbol de la Quietud".

Sus frutos, mezclados a la leche, son el más violento veneno para las muchachas en flor. Esto, Marcel

Proust lo ignoraba. De haberlo sabido, se hubiese evitado varios volúmenes.

Las muchachas muertas así no se descomponen. Quedan marmóreas hasta la eternidad. El hombre que las contempla en su mármol pierde para siempre todo interés por toda muchacha que hable, respire y se translade en el espacio.

No veo por qué causa cuanto se refiere al unicornio sea contrario a las intenciones de Desiderio Longotoma.

Desiderio Longotoma insiste:

—¡Cuernos de ciervo! ¡Nada más!

Golpearon a la puerta. Entró una dama anciana. Entre sus manos traía un pedazo de arcilla en el que se hallaba enterrado, por el tacón, un viejo zapato de mujer conteniendo un verso de Espronceda.

Desiderio Longotoma agradeció vivamente, obsequió como gratificación un pergamino y una ostra y, cuando la dama se hubo marchado, ensartó el todo en la punta del paraguas de cacha de marfil. Luego repitió:

—¡Cuernos de ciervo! ¡Nada más!

Desiderio Longotoma ha contraído matrimonio con Matilde Atacama.

Matilde Atacama ha tomado un amante que ha hecho crecer sobre la nuca de Desiderio Longotoma dos enormes cuernos de ciervo. El hombre puede, pues, meditar en paz.

Después de sus meditaciones hizo lo siguiente:

Compró una máquina trituradora, modelo XY 6, ocho cilindros, presión hidráulica. En ella echó los trece hallazgos que le remitimos cuando la pérdida de su personalidad. Y los trituró.

Los trituró y los molió hasta dejarlos convertidos

en un finísimo polvo homogéneo. Este polvo lo guardó en una retorta que cerró herméticamente y que expuso cinco minutos a la luz de la Luna.

Mientras esto hacía, Matilde Atacama estaba en brazos de su amante, y yo terminaba los preparativos de viaje a los confines de la Etiopía.

Me embarqué en Valparaíso en el *S. S. Orangután* y treinta y siete días más tarde desembarqué en Alejandría.

Sigo al Cairo. Visita a las Pirámides.

Por la noche, visita al observatorio astronómico. Contemplé largo rato los magníficos resplandores de Sirio y los reconocí de cuatro años antes desde el observatorio del San Cristóbal. Luego contemplé la Luna. También reconocí sus montañas y, sobre todo, uno como enorme monolito, solo, desamparado, en medio de un inmenso desierto al parecer de hielo o de leche.

Al reconocer así, me toma súbitamente la duda de la veracidad del Cairo y de Santiago como dos diferencias en el espacio. Primó la idea de simultaneidad espacial. Se insinuó con Sirio y las montañas lunares; se acentuó, me llenó, mientras aquel monolito blanco pasaba a través de mi ojo.

Al día siguiente, segunda visita a las Pirámides. Con el extremo del bastón golpeé repetidas veces una piedra de la base de la pirámide de Cheops. De este modo, con cada golpe, fué deshaciéndose la idea enviada por la Luna, y El Cairo y mi ciudad natal se desprendieron por entre océanos y continentes.

Sigo en bote a la vela por el Nilo, luego en camello por toda clase de altiplanicies y, tres meses después de haber salido de Santiago, llego a los confines de la Etiopía.

Dos días de ejercicios rítmicos para habituarme al clima y ¡listo! He aquí cómo:

Me coloqué en cuclillas al pie de un abedul tenien-

do a un lado una jarra con agua, al otro unos panecillos de la región, sobre la cabeza un despertador automático que sonaba apenas tenía sueño y, a mis pies, el retrato de una mujer desnuda que previamente atravesé con un colmillo de lobo y que coloqué sobre una casulla del siglo XVI. Y esperé, esperé, esperé... 24 horas, 48 horas, 96 horas, 192 horas, y...:

Grácil, ágil, esbelto, silbante, luminoso, apareció por entre los verdes de la selva un soberbio ejemplar de unicornio.

Ahora era menester lanzar un grito para llamarle la atención, me viera y se volatilizara. Grité:

—¡¡Presenten arrr...!!

El unicornio se volvió hacia mí, me miró y se volatilizó. Y mientras su cuerno caía a tierra, se arrugó el retrato de la mujer desnuda y un guacamayo cantó.

Cayó el cuerno y enterró su base. Minutos más tarde echaba hojas dentadas; horas más tarde echaba un hermoso fruto encarnado. Con unas largas tijeras lo corté, lo envolví en la casulla y, terminada mi misión, a grandes pasos me dirigí hacia el Mar Rojo.

Allí un submarino me aguardaba. Regresamos por las profundidades de los océanos, pasando bajo los continentes, lo que me permitió hacer dos observaciones. Una: ningún continente, ninguna tierra del planeta, está adherida; todas flotan. Otra: la Tierra no gira sobre sí misma; la Tierra misma está completamente inmóvil respecto a su eje; lo que gira es esta capa de agua que la envuelve y sus continentes flotantes; pero su núcleo (es decir casi toda ella) — repito — no.

Al participarle esta segunda observación al Primer Ingeniero, me miró un rato, sonrió, luego me golpeó el hombro y se marchó a su cabina. Un minuto después volvía con una pelota de tennis que hizo girar sobre sí misma entre sus dedos. Me preguntó:

—¿Gira o no sobre sí misma?

Respondí:

—Ciertamente.

—Pues bien — prosiguió—, es lo mismo con la Tierra: puesto que gira aquí en la pelota la goma y la badana que la envuelve, ¿qué importa lo que haga el vacío interior? La pelota gira y no hay más. Alegar lo contrario, amigo, es caer en demasiadas sutilezas.

—Permítame usted, señor Primer Ingeniero. Si esa pelota fuese en su interior, pongamos una bola de madera y usted, al mover los dedos, hiciese girar y resbalar sobre tal bola la badana exterior, ¿giraría el total? Yo digo: no. Y tal es, creo, el caso de la Tierra.

—Se equivoca usted, amigo mío. La Tierra es como esta pelota y no como la que imagina usted. Dentro de ella no hay nada, dentro de ella es el vacío.

—¿Es posible?

—Muy posible. Dése usted el trabajo de pensar un poco: piense que si dentro hubiese algo, ese fuego de que se habla, o esas capas con demonios y sabandijas gratas a su amigo Desiderio Longotoma, o lo que fuese, ¿cree usted que seríamos, nosotros los hombres, los tristes y malogrados seres que somos? ¿Cree usted que iríamos, como vamos, penando entre los dolores, las miserias y el amor? No por cierto, amigo mío. Tenga usted la certeza que una luz brillaría en nuestras frentes altivas. En el interior de la Tierra es el vacío.

Me dirigí al Piloto Primero. Me dijo:

—Tiene usted razón. El interior de la Tierra está inmóvil respecto a su eje, no gira. Lo que gira es esta capa de agua con sus sólidos en flotación.

—Sin embargo — me atreví a insinuar — hay quienes dicen que más allá de estas aguas no hay absolutamente nada.

—Error — respondió—. Todo el interior está formado por un metal oscuro, compacto, imperforable, un metal duro y mudo. Si así no fuese, si existiese allí un inmenso hueco capaz de ser recorrido y atravesado por

aves y por espíritus, ¿cree usted que seríamos, nosotros los hombres, los pesarosos y angustiados seres que somos? No, señor. Una sonrisa divina acompañaría siempre nuestros rostros y la mueca del pesar nos sería totalmente desconocida. En el interior de la Tierra sólo hay un metal negro y pesado como el destino.

—Haya lo que haya — dije—, desearía saber otra cosa, señor Piloto Primero: ¿por qué en un submarino como éste hay una pelota de tennis?

—Eso, señor mío — respondió—, no lo sabrá usted jamás.

Dicho lo cual se alejó.

Siguió nuestra navegación. Veintiocho días después de habernos despegado de las costas del Mar Rojo, pasamos bajo los Andes. Vimos desde el fondo el enorme cráter del Quizapu como un tubo lóbrego y carcomido. Como era de noche en aquel instante, vimos arriba, coronándolo, un cometa que pasaba.

Al penetrar en las aguas del Pacífico, salimos por primera vez a superficie. A media milla de nosotros pasaba, rumbo al sur, un bote del *Caleuche*, tripulado por tres brujos muertos, de pie. Sobre el lomo del submarino se formó una discusión. Aseguró el Primer Ingeniero:

—Esos tres cadáveres son de sexo masculino, pues han de saber ustedes, que desde que el *Caleuche* existe, es decir desde que Dios separó los mares de las tierras, quedó formalmente establecido que jamás ninguna bruja muerta podría ocupar ninguno de sus botes.

El Piloto Primero hizo una mueca y, pidiéndole el catalejo al Capitán, dijo solemnemente:

—Un momento.

Miró largo rato. Luego prosiguió:

—Señor Primer Ingeniero, se equivoca usted. El tercer cadáver, el que va a popa, pertenece al sexo femenino. Amigo (se dirigió a mí), confírmelo usted.

Y me alargó el catalejo.

En verdad aquel cadáver era más pequeño que los

otros dos, de su cráneo raído colgaban algunas largas mechas que hacían pensar más en la cabellera de un ser que hubiese sido femenino al pasar por este mundo, y bajo los harapos se adivinaba en su pecho materia blanda, de jalea, y no recias costillas como en los otros dos.

Tales observaciones no pusieron fin a la discusión. El Primer Ingeniero exclamó:

—Señor Piloto Primero, no me contradiga usted. Mi ciencia sobre el *Caleuche* es total. Y prueba de ello, vea usted: son en este momento las 2 y 38 minutos. Pues bien, siendo que sopla un viento noroeste fuerza 3 y siendo que hay sólo dos nubes en el cielo y ningún pez a la vista, el *Caleuche* debe pasar dos horas y diez y siete minutos después que una embarcación suya tripulada por tres cadáveres.

Esperamos.

En efecto, a las 4 y 55, vimos a babor las puntas de los palos del barco y, bajo las aguas, el resplandor de sus luces submarinas.

La ciencia del Primer Ingeniero era, sin duda, profunda. Sin embargo el Piloto Primero no dió su brazo a torcer. Sonreía con malicia solamente. Después me llamó a un lado y me dijo al oído:

—El señor Primer Ingeniero sabe mucho, una enormidad, respecto a la relación de tiempo y distancia entre el *Caleuche* y sus embarcaciones, pero en lo que se refiere al sexo de los cadáveres que tripulan estas últimas, créame usted, es un perfecto ignorante.

Y sin más, nos metimos submarino adentro para sumergirnos nuevamente.

Dos días más tarde apareciamos en Valparaíso.

Viajé a Santiago en auto esa misma noche.

A las 2 de la madrugada estoy frente a mi casa con la casulla y el fruto encarnado bajo el brazo, mientras el coche se aleja presuroso.

Y empieza otra historia.

No corría aún un minuto, cuando un deseo me cogió: abrir mi puerta con otra llave, entrar en puntillas en el más absoluto silencio, aguardar largo rato tras cada paso, temblar con el ruido de las ratas y robar, robar cuanto pudiera en mi propia casa.

Así lo hice.

De un armario saqué un gran trapo negro para ir echando los objetos robados. Tengo en mi escritorio la calavera de Sarah Bernhardt; me la robé. En el hall tengo un cuadro de Luis Vargas Rosas; me lo robé. En el comedor tengo dos viejos saleros de oro; me los robé. Y en todos los rincones de la casa tengo las obras completas de don Diego Barros Arana; me las robé.

Así llegué a mi dormitorio.

A esa hora y ese día — si Desiderio Longotoma no me hubiese hablado del unicornio — debería yo estar en cama durmiendo. A esa hora y ese día, si un ratero hubiese entrado a mi habitación, después de desvalijar media casa, debería yo despertar y, alzándome bruscamente de entre las sábanas, gritar: "¿Quién vive?". Así es que desperté y grité.

Si saqueando alguna vez el dormitorio de un ciudadano honesto oyese yo en la noche su voz de alarma, debería agazaparme tras un ropero y esperar ansioso, corriendo la mano hacia un arma, en este caso, hacia las largas tijeras que allá en los confines de la Etiopía me sirvieron para cortar el fruto del árbol de la quietud. Así es que me escondí y mi mano se armó. Silencio.

Ante el silencio, volví a gritar: "¿Quién vive?"

Apreté las tijeras. Mi respiración jadeante rebotó contra las tablas del ropero que me ocultaba.

Desde mi cama, oí su jadear. ¡Ni un momento que perder! Salté al suelo, cogí del cajón del velador mi revólver y, ¡luz!

Al verme iluminado y sorprendido, no vacilé. Salté como un leopardo, altas las puntas de las tijeras.

Al verme así acometido, apunté y disparé.

Al ver la boca del revólver hice un rápido gesto para esquivar. La bala me rozó la sien derecha y fué a incrustarse en el espejo de enfrente. Entonces pegué con las tijeras con toda la fuerza de mi brazo, hundiéndolas en el vientre.

Herido, tajeado así, el revólver se me escapó y caí cuan largo soy.

Fué lo que aproveché para ajustar un segundo tijeretazo y, esta vez, escogí el corazón.

Con el corazón perforado, fallecí.

Eran las 2 y 37 de la madrugada.

Ante mi cuerpo muerto y sanguinolento, retrocedí con paso cauteloso. Recordé entonces el cuerpo yerto de Scarpia mientras Tosca retrocede.

Volví a cruzar, de espaldas, el umbral de casa. Volví a respirar la humedad del asfalto. Un nombre resonó en el silencio de mi cabeza: ¡Camila!

Me guarecí aquella noche en un hotel cualquiera. Repetí: ¡Camila!

Dormí.

Al día siguiente la prensa anunciaba mi muerte con grandes letras, encabezando los artículos con estas palabras:

ESPANTOSO CRIMEN

Al día subsiguiente la prensa daba cuenta de mis solemnes funerales.

Ya una vez sepultado, largo a largo bajo el pasto, las cucarachas y las hormigas, volvió a resonar en mi cabeza vacía aquel nombre idolatrado de Camila, Camila, Camila!

Entonces pensé que el fruto del árbol de la quie-

tud, mezclado con leche, fué lo que ignoró Marcel Proust.

¡Camila!

Marqué su número de teléfono: 52061.

¡Camila!

Lo que siempre a Camila le reproché, entre risas y sarcasmos de ella, fué su absoluta ignorancia. Camila, hasta hace pocos días, creía que las cáscaras de las almendras eran fabricadas por carpinteros especialistas para proteger el fruto mismo; que Hitler y Stalin eran dos personajes íntimamente ligados a nuestro Congreso Nacional; que las ratas nacían espontáneamente de los trastos acumulados en los sótanos; que Mussolini era ciudadano argentino; que la batalla de Yungay había tenido lugar en 1914 en la frontera franco-belga. Camila vivía fuera de toda realidad, fuera de todos los hechos. Camila ignoraba, pues, el espantoso crimen y la triste sepultación. Así es que, al verme llegar a su casa, corrió alegre hacia mí y me tendió sus brazos con una soltura de animalito nuevo.

Luego, riendo de buena gana, indicó la casulla bajo mi brazo y me gritó:

—¿Tú de fraile?

Entonces, ante sus ojos atónitos, la desenvolví y le mostré el magnífico fruto encarnado.

—¿Se come? — me preguntó.

Tras mi afirmación lo cogió entre sus manos y, con una caricia larga, suave y húmeda, le pasó de alto a bajo su lengüita palpitante. En seguida quiso enterrar en él sus dientes. La detuvo.

—Así no. Podría hacerte daño. Hay que mezclarlo con leche.

Cuando se está sepultado largo a largo bajo las hormigas y las cucarachas de un cementerio, todo sentimiento de responsabilidad desaparece.

Este sentimiento se hace activo y clava cuando los demás hombres le muestran a uno con el dedo, por las calles, al pasar.

Pero si uno se halla largo a largo, no hay dedo que logre perforar una lápida funeraria.

Comimos ambos del fruto encarnado. Sólo que ella era una muchacha en flor.

Sobre la misma mesa recosté el cadáver de mármol de Camila y, muy lentamente — por fin—, lo desnudé. Tal cual ella había hecho momentos antes con el fruto, hice yo ahora desde sus cabellos hasta sus pies. Luego quedó envuelta en el gran trapo negro que saqué del armario. Trapo vacío. Pues los objetos robados fueron cayendo a lo largo de las aceras mientras de mi casa me dirigía al hotel murmurando el nombre idolatrado de Camila.

Nuevamente por las aceras, bajo el peso de su mármol. Allá en su casa, en los diferentes sitios ocupados por ella cuando vivía, han quedado pedazos de la casulla del siglo XVI y, sobre su cama, las largas tijeras.

Desiderio Longotoma hace gimnasia todas las mañanas. Luego se baña en agua a 39 grados. Luego, durante no menos de media hora, se fricciona el pecho y las extremidades con el finísimo polvo homogéneo que le proporcionó su máquina XY 6, ocho cilindros, presión hidráulica.

—Esto es magnífico para la salud — me dijo apenas me apercibió—. Lástima que usted no vaya jamás a gozar de estas fricciones porque su memoria es admirable. Yo, gracias a la debilidad de la mía, ya ve usted, desafío como si tal cosa los rigores del invierno, los calores estivales, las grandes comidas, las bebidas fuertes, el tabaco y el amor.

Terminadas sus fricciones, se vistió y se acicaló con

marcado esmero. Se puso una flor en el ojal. Pasó a su salón. Encendió un habano. Echó la pierna arriba. Se frotó las manos. Me preguntó:

—¿Qué lleva usted ahí?

Cayó el trapo negro.

—¡Camila!

Blanca, fría, dura en su desnudez hecha de este modo indecorosa hasta el grado máximo del placer.

Pasada la medianoche, como dos granujas misteriosos, Desiderio Longotoma y yo, salimos del 101 de la calle de la Nevada llevando, él por los pies, yo por la cabeza, los restos de Camila. Las aceras por tercera vez.

A mitad de camino, a pedido mío, cambiamos de posición. El tomó la cabeza, yo los pies. Pues yo siempre he encontrado en los pies de Camila tema mucho más hondo de meditación que en sus cabellos.

Una hora más tarde entrábamos al cementerio.

Diez minutos después hallábamos mi tumba y adivinábamos a través de la lápida la sórdida descomposición de mis vísceras.

Desiderio Longotoma oró largo rato con voz menuda y precipitada.

Luego arrancamos de mi tumba la cruz y nos dirigimos a la de Julián Ocoa que fué siempre hombre bueno y violinista distinguido. Sobre ella la colocamos ya que él nunca creyó en Dios ni en Jesucristo su único hijo.

Recogimos después a Camila, quedada momentáneamente en el césped; la alzamos; y enterramos sus piececitos en el sitio en que, momentos antes, se enterraba el de la cruz.

Esta vez oramos los dos y un grillo.

Al día siguiente los artistas discutían la nueva escultura.

Hubo quienes hallaron aquello de un naturalismo demasiado osado; hubo quienes, de una estilización exagerada. Hubo quienes la emparentaron a Atenas; quienes, a Bizancio; quienes, a Florencia; quienes, a París. Hubo quienes consideraron ultrajante hacer brillar el cuerpo púber de una virgen sobre los que ya no son; hubo quienes aseguraron que la desnudez de una muchacha en flor redimía, con su presencia, todas las faltas de cuantos duermen bajo tierra. Hubo quien arrojó a sus pies un cardo; quien, una orquídea; quien, un escupitajo; quien un puñado de corales y madreperlas.

Yo observaba todo aquello tras un ciprés; Desiderio Longotoma, agazapado en una fosa vacía.

Tres días más tarde ningún artista volvió a opinar palabra sobre los mármoles de Camila. Vino entonces el invierno y la lluvia corrió helada sobre sus formas puras frente a las nubes.

Dos horas antes de aparecer el Sol tras los Andes, voy, diariamente, con pasos lentos, al cementerio.

Me coloco frente a mi tumba y a Camila. Inmóvil, medito.

Quiero hacer mi meditación profunda. Quiero que abarque la muerte toda y todos sus arcanos. Pero una imagen flotante me distrae. Una imagen que quiero imitar, reproducir allí mismo para que entonces, sí, pueda mi honda meditación no dejar arcano sin penetrar.

Es la imagen de Hamlet junto a la fosa. No; es la imagen colgada en el muro de la casa de mis padres representando a Hamlet junto a la fosa.

Por imitarla, porque todo aquel cuadro, *mi* cuadro, sea semejante al otro, al del muro, no penetro arcano alguno de la muerte.

Sólo veo a Camila. Sólo me pregunto quienes estaban en la verdad y quienes erraban: Atenas o Bizancio, Florencia o París. Sólo llego a la conclusión

que el yerro era general y que era causado porque todos ignoraban lo que realmente representaba la estatua que se erguía ante sus ojos. Entonces — ignorantes y para substituir tal ignorancia — querían aproximarla a una verdad cualquiera: Atenas, Bizancio, Florencia, París.

Ignoraban que aquello era Camila, mi adorada y desdichada Camila; que aquello era su cuerpecito siempre resistente al amor y hoy a la intemperie de las miradas; que aquello era mi total irresponsabilidad protegida por una lápida mortuoria y hecha mármol por el crimen.

Un mes que, a diario, repito mis visitas.

Durante los primeros veinte días fuí solo. Al partir del vigésimoprimero me hizo compañía Desiderio Longotoma.

Ya ese polvo homogéneo de su máquina trituradora se había consumido poros adentro y el buen hombre empezaba a sentirse atraído por la calma oscura de los camposantos.

—Usted será mi público, Desiderio Longotoma. ¡Nada de halagos precipitados! Quiero su opinión franca, su opinión espontánea, Desiderio Longotoma.

—De acuerdo, amigo, de acuerdo.

Esto, noche a noche.

Tomo en mi izquierda un gran trozo redondo de arcilla. Desde la visita de la dama anciana, los trozos de arcilla en las manos me obsesionan. Entierro en él un zapatito femenino imaginario. No de Camila, no. Entierro el zapatito de charol negro con tacón rojo de Pibesa. Porque a Pibesa la beso, sobre todo cuando se calza así. Y como nunca Camila me dió sus labios, ahora, a través de la imagen de los taconcitos de Pibesa, beso, mudo, a la que ya no es de este mundo.

Alargo un dedo hacia la estatua y, al tocarla, exclamo despechado, altivo:

—"Aquí colgaban esos labios que no sé cuántas ve-
" ces he besado. ¿Dónde están vuestras bromas ahora?
" ¿Y esos relámpagos de alegría que hacían de risas
" rugir la mesa?"

—¡Bravo! ¡Bravo! — grita frenético Desiderio Longotoma—. ¡Eso es arte!

Y ríe, pues Desiderio Longotoma demuestra su entusiasmo sobre todo riendo. Se oye su reír dulce, de cascada. Yo entonces envalentonado:

—"¡Qué! ¿Ni una palabra ahora para mofaros de
" vuestra propia mueca?"

Hago luego un amplio gesto circular con mi diestra, mientras cae, deshaciéndose, el trozo de arcilla y vuela por los aires la imagen del zapatito ahora de ambas. Mi tragicismo llega a su máxima intensidad. Profiero:

—*Alas, poor Yorick!!*

Desiderio Longotoma casi en éxtasis:

—¡Magnífico, amigo, magnífico!

Y ríe interminablemente.

Esto, noche a noche, durante diez noches.

Y empieza una tercera historia.

Cirilo Collico es pintor. Es un pintor distinguido, meritorio. Sin tener ni haber tenido jamás audacia alguna, sin que se pueda esperar de él ni un milígramo de novedad, no es posible negarle una cierta sensibilidad dulce, casi femenina, es decir, casi como se ha acordado — no sé por qué — que debiera ser la sensibilidad femenina. Cirilo Collico gusta de los colores suaves, de los azulinos, los violáceos, los esmeraldas glaucos. Pasa largas horas contemplando las tonalidades esfumadas que dejan sobre los guijarros el tiempo y la lluvia. Una tela de más de medio metro le asusta. Durante los días de sol se encierra en su casa. Durante los días helados va por las calles humildes de los extramuros y a cada momento abandona en el aire gris una lágrima de emoción. Su ideal, su supremo ideal, es pin-

tar alguna vez la luz de un relámpago diurno. Los relámpagos nocturnos le erizan los nervios y los detesta tanto como al Sol, como a Rembrandt, como a Dante, como detesta las armas de fuego y los labios de sangre de las mujeres de mirar sostenido. En cambio, solo en su taller bajo la claraboya lluviosa de un mediodía invernal, Cirilo Collico vibra como una nota de laúd sí, de súbito, sus muros se iluminan un instante con el verde hueco y lavado de un relámpago perdido.

Cirilo Collico es detective. Es un detective agudo, sagaz, de ojos de lince y velocidad de liebre. Durante estos últimos años casi no hay escándalo ni crimen en cuya dilucidación no haya intervenido Cirilo Collico. Cuando los policías oficiales están ante un asunto sin hilo que seguir, siempre hay uno de ellos que llega a su taller a pedirle una posible orientación. Cirilo Collico escucha, anota, estudia, husmea, sale, corre, interroga, atisba, deduce, sorprende y encuentra.

Hace ya varios días hablaba yo sobre el personaje con Javier de Licantén, el inmenso vate.

—¿Cómo te explicas — le pregunté — tal dualidad en un hombre? Pintor fino, delicado, alméndrico, a la par que detective apasionado ante las infamias y la sangre.

—No hay tal — me respondió—. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un detective, nada más que un detective y sólo una cierta pecaminosa vergüenza interior — al constatar que fuera de infamia y sangre nada le interesa — sólo ella, le hace parodiar en su taller de invierno a un ser sutil y exquisito como las almendras.

Poco después hablé del mismo asunto con el doctor Linderos, eminente psiquiatra. A mi pregunta respondió:

—No hay tal. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un finísimo pintor y nada más. Y lo es a tal extremo, a tal extremo es finísimo y a tal extremo se afina más y más, que él mismo ha llegado a sentir que, de seguir así, va a convertirse en un ser totalmente ajeno

a la realidad, y a esto le teme grandemente. Entonces, ante el peligro, aprovecha sus momentos de ocio para sumergirse en esa realidad y la busca desnuda y cruel, es decir, con sangre y con infamias.

—Sea como sea — dije—, desearía saber una cosa, doctor: ¿por qué Cirilo Collico insiste en verme?

—Eso, mi amigo — respondió—, ya lo sabrá usted, ya lo sabrá.

Y se alejó sonriente.

Ayer me encontré con Cirilo Collico. Paseamos largo rato por las calles hablando de pintura, nada más que pintura. No hablamos ni una sola palabra de sus actividades detectivescas.

En la calle del Zorro Azul, entre el barullo de los transeúntes, nos cruzamos, de una acera a otra, con Desiderio Longotoma. Al verme, me hizo un signo de inteligencia y después, riendo, me gritó:

—*Alas, poor Yorick!*

Enrojecí. Cirilo Collico me detuvo. Luego con acento grave me preguntó:

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Respondí vacilante:

—Ha dicho una tontería, no sé; creo que: *Alas, poor Yorick.* Es un tío un tanto chiflado, ¿sabe usted?

Cirilo Collico entonces:

—Está bien.

Una pausa.

—Por la noche tendrá usted noticias mías.

Otra pausa.

—Por el momento, ¡adiós!

Y se alejó con pasos lentos.

Apenas terminé de comer y mientras encendía un cigarrillo, sonó el timbre. Era el cartero. Me alargó un pequeño sobre.

Lo abrí y leí:

"CIRILO COLLICO saluda atentamente a su amigo Juan
" Emar y le suplica ir, sin tardanza, a casa de su señor padre, to-
" mar su sombrero de copa y ver lo que hay en su interior."

Obedecí.

Minutos más tarde le decía a papá:

—¿Dónde está tu sombrero de copa?

—Allí, sobre la cómoda.

—¿Permites que mire dentro de él?

—Mis hijos, en mi casa, pueden mirar cuanto quieran.

Avancé.

Miré.

Dentro del sombrero de copa de papá no había nada, absolutamente nada. ¿Qué broma o necedad era entonces la tarjeta de Cirilo Collico? Cuando de pronto sentí un vuelco en el corazón y noté que palidecía. Al fondo, grabado sobre el forro de seda, el sombrero inscribía su marca: arriba, su nombre; abajo, su dirección en Londres; al centro, el escudo de Gran Bretaña. Eso era lo que debía ver.

El escudo de Gran Bretaña tiene a un lado un león coronado; al otro..., un magnífico y altivo ejemplar de unicornio!

Anoche no dormí.

Hoy, a la hora del aperitivo, ha venido Cirilo Collico. Nos sentamos junto al fuego. Llamé al criado. Estuve a punto de pedirle whisky. Sin embargo, juzgué que era acaso preferible algo de otra tierra, sí, de otra tierra.

—Viterbo, dos oportos.

Bebimos en silencio.

De pronto Cirilo Collico me dijo:

—La Edad Media fué una época extraordinaria.

—Por cierto — respondí.

Nuevo silencio. Ladró un perro en la calle. Llamé:

—¡Dos oportos más!

Cirilo Collico bebió. Cirilo Collico me dijo:

—Lea usted las desdichas de Dragoberto II, príncipe soberano de la Carpadonia, allá por los años de 1261.

Y me alargó un pequeño libro de tapas de cuero viejo abierto en la página 40. Leí:

"Y es el caso que Dragoberto II, ebrio de sangre, quiso seguir devastando cuantas comarcas hollaran las pezuñas de su potro indómito. Mas al cruzar las cumbres de los montes Truvarandos y entrar al verde valle de Parpidano, apareció de súbito, alta en la diestra la cruz del Redentor, el más anciano de los monjes de la Santa Hermandad del Unicornio, y...

La voz se me atajó en la garganta. Tosí. Moví los pies.

—¡Demonios! — exclamó Cirilo Collico mirando su reloj—. Ya es hora de comer. Me marcho, me marcho.

Desde el umbral me dijo:

—Mañana seguiremos la lectura. Mañana a primera hora.

Y se marchó.

Apenas sus pasos se perdieron, escapé de casa como un demente. Corrí, corrí.

Llegué al cementerio. Llegué frente a Camila. Oré por última vez en mi existencia. Esta vez un escorpión y una paloma llevaron el coro. Amén.

Alcé la lápida. Y dulcemente me recosté sobre mis entrañas en putrefacción.

Las putrefacciones tienen tendencia a subir hacia los cielos.

Suben las mías con ritmo de siglos. Suben incon-

teniblemente. Suben, llenándolos, por los intersticios intraatómicos.

Ya han pasado ataúd arriba. Ya han pasado la lápida. Ya tocan las plantas de los piececitos de Camila.

Y suben siempre.

Inundan a Camila.

Camila se cubre, de dentro hacia fuera, de las putrefacciones mías.

Camila cubre su cuerpecito idolatrado de una pátina de suave y límpida fetidez.

Los artistas de la ciudad entera la contemplan arrobados.

Uno ha dicho:

—Es la pátina de París.

Otro ha dicho:

—Es la pátina de Florencia.

Otro:

—Es la pátina de Bizancio.

Otro:

—Es la pátina de Atenas.

TRES MUJERES

Desde Belcebú, por línea recta, viene rodando, a través de todos mis antepasados, un ópalo. Hace largos años llegó en su rodar a mí, pues todo mi linaje había bajado a la tumba y Belcebú no se presentaba de siglos atrás por la Tierra.

Cuando mi padre desde su ataúd me lo alargó, estiré mi mano izquierda por entre los cirios que lo rodeaban y, apenas sentí que lo depositaba en ella, lo cubrí con mi derecha para que nada de la atmósfera de las flores y del cadáver fuese a guardarse en sus reflejos tornasoles y marcharse a casa junto a mí. Lleno de honda emoción dejé la capilla ardiente, cruzando con lentitud y con el rostro gacho las plegarias de los que pedían a Dios por el difunto y los llantos sofocados de los demás. Al entrar a mi estancia contemplé la gema sólo un instante y luego la eché en el cajón de mi mesa de trabajo. Allí ha quedado, como he dicho, largos años este ópalo remoto, ha quedado y ha vivido ocioso como el océano.

Mas anoche, fatigado de lecturas y meditaciones, lo saqué de su glauca ociosidad y, dirigiendo mi vista sobre él, púseme a contemplar su profunda y misteriosa vida interior.

Allí dentro había sentado plaza el muy grande y muy terrible Zar Palemón con su corte, sus favoritos, sus juglares y alabarderos, sus lacayos y sus hembras, sus gacelas y sus espectros.

Allí reinaba, allí tronaba el justiciero Zar Palemón, y al reinar y tronar con su potente voz de plata,

hierático entre cuatro columnas de alabastro, como un eco hiende los aires en círculo chispeante la cimitarra del hercúleo negro de piel de tigre, el fiel Trabucodonosor.

Mudo, dejándome coger por mil presentimientos oscuros, quedé en contemplación, y lentamente ante mis ojos fué desarrollándose una escena de aquella corte, escena solemne como un rito sagrado.

Tronó el Zar Palemón, y la plata de su voz me hirió los tímpanos mientras, allí dentro, todos callaron palideciendo. Rasgó el aire la cimitarra de Trabucodonosor, y un hilo de viento helado me tocó el rostro mientras, allí dentro, los cortesanos rojos y negros se replegaron y disimularon temerosos en el oro añejo de las altas tapicerías, mientras las hembras temblaron sus mármoles cálidos, y las alabardas se inclinaron, y las gacelas huyeron sobrecogidas de terror más allá de las posibilidades de mis ojos. Sólo los espectros no vacilaron. Quedaron esbeltos junto a su Amo y Señor y clavaron al frente sus órbitas huecas sobre el cortinaje de armiño bordado de topacios y carbunclos.

Hubo un momento de espera.

Luego, por entre sus pliegues, haciendo titilar las pedrerías, apareció un obispo, un inmenso obispo de mitra inconmensurable, de báculo pastoral refulgente como una llama.

Otro momento de espera. Silbó por los aires la cimitarra del negro, se retorcieron lacayos y juglares, y habló hacia el obispo con su voz de plata el santo Zar Palemón:

—¡Suéltala! — gritó.

Fué todo. Y hubo un tercer momento de espera.

El obispo alzó sus hábitos que subieron desde el suelo crujiendo, hundió su mano por entre las sedas de su vientre y sacó y remeció y echó a tierra y mostró a todos los ojos, el cuerpo suave de Papusa, su cabelle-

ra de bronce, su mirar desatento, sus senos, su sexo, y una sonrisa imprecisa que por largo rato se meció.

Gritó el magnánimo Zar Palemón:

—¡Echala!

Entonces las diademas de zafiros de la suela de una bota obispal, golpearon y pincharon las carnes de Papusa.

Papusa se levanta, avanza.

Está al centro. Se detiene.

La alfombra es púrpura. La atmósfera, verde mar. La luz, ligeramente amarilla.

Y vino el cuarto momento de espera. Nadie se movió. Unicamente los espectros temblaron apenas.

Cuarto momento de espera, interminable. Yo espero como todos, como el piadoso Zar Palemón, como su último histrión.

Y ahora oigo, oigo allá, en una lejanía de aguas, lejanía tanto más vertiginosa cuanto que más aprisionada se halla en la esfera del ópalo remoto, oigo algo, indefinido, que crece.

Son las gacelas que ya sin miedo se acercan.

Galopan.

Husmean desde cualquier distancia y por sobre cualquier terror la piel desnuda de Papusa.

Es una hermana, sola al centro, clavada por millares de ojos.

Llegan. Se paran rígidas y finas.

Miran. Sus narices palpitan.

El Zar Palemón hincha las suyas. Todos respiran dilatándose. El obispo, los espectros, las alabardas.

Papusa sonríe apenas.

Y viene un largo momento de espera.

Yo espero como todos, como magnates y fantoches. Ya estoy cogido y ahogado por los mil presentimientos oscuros. Espero.

¡Papusa! ¡Papusa mía!

El Zar Palemón se yergue. Su lóriga se infla y se

deshace como una ola gigantesca. Su índice se clava. Su voz retumba:

—¡A ti!

Avanza un cortesano, joven, rubio, ojos de mar como la atmósfera, vestido todo de añil.

Papusa sobre la alfombra se tiende y se abre. Sobre la alfombra, y bajo mi cabeza caída y pesada por encima de la gema y de mi mesa de trabajo.

El obispo bendice alzando su esclavina.

Todos los ojos están fijos en la escena. Todos tranquilos; salvo el Zar Palemón.

El Zar Palemón se inquieta, se agita, haciendo entrechocar las perlas y las flores que cuelgan de su trono. Luego interroga con la vista a sus espectros. Estos mueven lentamente la cabeza en signo de negación.

El Zar Palemón pregunta con sus ojos:

—¿No avanzamos?

Los espectros con sus cabezas responden:

—No avanzáis.

Entonces, al enderezarse el cortesano, clama el Zar Palemón:

—¡A ti!

Y su índice apunta esta vez a un bufón.

Sale el bufón enclenque balanceando su joroba verde y azafrán.

Papusa cae.

Las gacelas retroceden.

Papusa sonríe vagamente y su pequeña sonrisa se mece dulce y pura, envolviendo primero el cuerpo del bufón, elevándose luego, atravesando la esfera, errando por fin a lo largo de las paredes de mi cuarto.

—¿Avanzamos?

—¡No!

¿Qué avance pide el todopoderoso Zar Palemón? ¿Qué ven sus espectros que niegan tal avance?

Tomo una lupa que pongo sobre el ópalo. Miro intensamente.

Allí veo, enorme, la cara pintarrajeada del bufón. Allí veo la cara tristemente divina, tristemente sonriente de Papusa.

Nada más.

Miremos más. Miremos con todos los ojos, con todo el cuerpo, con toda la sangre. Algo ven los espectros. Miremos.

Empiezo a ver.

Allí al centro, sobre la alfombra púrpura, bajo la luz amarillenta, no sólo hay tendidos Papusa y bufón. Hay algo más.

Hay una voluta de humo gris carbón que rodea y gira por frente, nuca y sienes de aquel polichinela; hay un pequeño rodaje de ensoñaciones de nácar que empieza a elevarse dulcemente por entre los cabellos de bronce de Papusa.

Es que ambos piensan.

Miremos siempre.

Veo entrelazarse con el humo gris carbón el máximo placer que al hombre le es dado. El placer del cuerpo entero. El placer de venganza, de reivindicación... cuando se es deforme, mostruoso y yace bajo sí la belleza, la adolescencia, ¡Papusa! Veo cómo algunos de esos relámpagos de luz granate se desprenden del humo de carbón y pegan sobre los espectadores encendiéndoles el hambre, la furia de la posesión. Veo cómo todos los miles de seres de allí dentro, cómo forman un solo monstruo, uno, nada más, monstruo de cien mil cabezas, mas un solo pensamiento; de cien mil corazones, mas un solo sentimiento; de cien mil sexos, mas una sola lascivia...; ¡Papusa!

Salvo el Zar Palemón que tiembla. Salvo los espectros que desesperan calladamente.

Salvo el pequeño rodaje de ensoñaciones de nácar.

Sube limpio, sin teñir ni un solo de sus átomos.

Claro, ajeno, excelso. Sube tal cual nace de entre los cabellos de bronce. Igual, intocado, aparte y puro.

¿Es Papusa la frigidez total? Ni un estremecimiento de goce...; entiendo, sí. *¡Ni un estremecimiento de horror!*

Lentamente quito los ojos de la escena. Miro hacia el trono. Desde allí, disimulado tras una de las columnas de alabastro, un espectro echa sobre mí el vacío de sus órbitas.

Entonces pregunto, pregunto con tanta intensidad como hace un instante miraba intensamente.

Y voy sabiendo que el espectro dice:

—Los humanos vinieron sin sexo. Luego los sexos cayeron en ellos, se incrustaron, e incrustados vivieron su propia vida nutriéndose de la sangre y las ideas de los humanos. Así hasta hoy; así, ya, siempre. Simbiosis casi eterna que el hombre se niega a reconocer. Simbiosis que ya ni siquiera siente. Identificación abyectamente aceptada. Hay algunos, sin embargo, que miran y a veces piensan. Y a veces, entonces, presienten que el sexo vive por sí, por cavernas y revelaciones, deslizándose y arrastrándoles, a ellos, hombre, mujeres, soberanos. Dicen por soberbia: "Es nuestra voluntad". ¡Error! Van arrastrados. Y hay otros — rarísimas excepciones — que saben cómo las cosas son en verdad, lo saben, lo sienten, lo viven. Han desconectado. Son dos vidas aparte en un ser sólo en apariencias *uno*. Pero la unión, *el pacto* de ser humano y sexo, lo han roto..., hasta donde es posible romperlo hoy en nuestra Tierra. Entonces los sexos pueden seguir viviendo su propia vida, nutriéndose tal vez con un poco de sangre, siempre; mas sin alcanzar a hacer de ninguna idea su presa. Recuerda, ahora, en ti mismo un hecho lejano, acaso olvidado, pero cuya esencia ha quedado en ti causándote pavor cada vez que la vida te ha ofrecido algo análogo. Oye bien: ¿puedes negarme que un pavor "inexplicable" — por la distancia entre

causa y efecto — te coge cada vez que sorpresivamente descubres vida en lo que creías inanimado?

"Una noche muy oscura, en el campo; hay una ruma de piedras, distinta apenas como un fantasma. Luego, algo de entre la ruma se mueve, sale, parte. Un perro. Pero en el primer momento, tal vez una de las piedras, en todo caso algo cuya vida no se esperaba. Y palideciste; estuviste a punto de lanzar un grito. ¡Vida en lo que creías sin vida!

"Años antes. Una sala de cine. Se proyecta la circulación de la sangre. Allí van allí corren los glóbulos. Lentamente algo va entrando a tu entendimiento: aquello no corre como simple líquido compacto e impulsado; aquello es vivo en cada partícula, vivo, libre. Los glóbulos avanzan, se detienen, chocan, se aglomeran, buscan su ruta, la buscan porfiadamente, la encuentran, siguen veloces. Vivo cada uno y cumpliendo su vida. ¡Vida independiente ajustada a vida mayor! Ajustada, sí, pero independiente. Así dentro de ti. Tuviste que abandonar la sala.

"Pavor que se hunde lejos en tu infancia y que ahora hechos en cierto modo semejantes golpean como un eco.

"Allá en una playa de la infancia. Un erizo de caparazón ya abierto. Dentro, tú, mirando como se ha de mirar hacia la fragua del mundo: Dentro, líquido negro y vinoso, viscosidades azules, las lenguas del sexo al parecer sanguinolentas, todo ello removido, destrozado por un cuchillo, por acero helado. Olor de mares salados y cavernosos; dejos de putrefacción aromática. De pronto, algo de ése como hervidero interior, vive solo, alarga seis patas húmedas y puntudas, se despereza y agita. El simple camaroncillo siempre parásito del erizo. Pero que tú ignorabas. Entonces un grito de pavor: "¡Mamá!"

"Este pavor era a su vez un eco más hondo y más lejano. Pavor nacido no de un instante súbito como

"Papusa ha desconectado. Su sexo vive su vida fuera. Sus ideas quedan incólumes. Papusa es pura y libre.

"Piensa ahora lo que ella representa, lo que puede llegar a representar en medio del vasto Imperio: un ser ya sin asidero en sus ideas... ¡el comienzo de la liberación!

"El Zar Palemón no puede soportar semejante cosa. El Zar Palemón cifra todas sus esperanzas en un formidable traumatismo que reintegre el sexo en la personalidad liberada de Papusa. Y de este modo, ya reintegrado, hundir su mano, manejar, doblegar, esclavizar, para gloria eterna y excelsa de su poderoso Imperio.

"Un traumatismo... Por eso allí está desnuda ante la Corte entera. Por eso fué hacia ella aquel joven adolescente. Mas no bastó. Por eso ha ido sobre ella ese monstruoso bufón. Pero no basta tampoco. Ve su sonrisa de ensueño. Ve cómo se alzan intocados y cada vez más diáfanos sus pensamientos. Ve cómo bulle de ira nuestro Zar Palemón frente a su impotencia para anudar el sexo de Papusa con su mente, para corromperla y una vez corrompida subyugarla. ¡Inútil! Papusa ya está liberada y ninguna fuerza humana, aunque emane del mismo Zar, logra someterla nuevamente a la maldición que a todos vosotros os tiene aún sometidos.

"Tú pensaste en una frigidez abominable. ¡No hay tal! Ve, rayando a las ensoñaciones de nácar, largas flechas escarlatas.

"Es un goce. Porque goza como cualquiera otro ser, como tú, como gocé yo cuando fuí un hombre hace mil años. Pero aún gozando, queda ella fuera, queda planeando muy alto por encima de todos los espasmos, sintiéndolos, sí, sabiéndolos, mas sin ser ellos. Por eso no ves ningún estremecimiento de placer, ni verás nunca ningún estremecimiento de horror!"

Y el espectro calló.

Ahora el bufón se había alzado y perdido entre la multitud. El Zar Palemón de pie, blandiendo su cetro temblaba. Papusa sonreía con vaguedad.

Yo, inclinado, doblado, partido, casi incrustado en la lupa, temblaba también más que el mismo Zar Palemón, pero de indignación, de ansias desesperadas por ir en ayuda de Papusa y salvarla.

Grita el Zar Palemón:

—¡Tú!

Da dos pasos un lacayo. Ordena el Zar:

—¡¡Los perros!!

Un silencio de expectación.

Oigo lejos, remotamente lejos, galopar. Oigo acercarse. Ladran. Son ellos. ¡Allí están!

Grandes mastines blancos manchados de negro.

La misma escena.

La Corte entera se estremece. Mi lupa tiembla a tal punto que todo aquello se me nubla y dejo de ver.

Cae la lupa. Caigo y me duermo.

Queda solo sobre la mesa de trabajo el ópalo que, rodando, ha venido desde Belcebú hasta mí.

Hoy lo he hecho engastar en platino y lo he llevado, por calles y plazas, en mi anular izquierdo.

Hoy, apenas caída la noche, lo he vuelto a mirar intensamente. He llamado:

—¡Papusa!

Allí está, sola.

—¡Papusa! ¡Ven! ¡Abandona ese mundo de aguas verdes y maléficas! ¡Ven a mí! Diga lo que diga el espectro, ¡sal de ese antro! ¡Aquí está el amor, la paz! ¡Ven!

Papusa sonríe con sus ojitos vagos.

—¿Te acuerdas de nuestro pasado, de nuestra infancia pura, de nuestro amor?

—Sí, me acuerdo.

—Entonces, ¿vienes?

—No. Soy toda fidelidad y sobre todo obediencia. Si quieres que vaya, que El me lo diga, mi Señor, el santo Zar Palemón.

Silencio, largas horas.

"Que El me lo diga..."

¿A qué intentarlo? ¿Qué interés puedo tener yo, en mi vida y en mi amor reducidos, para el siempre grande y terrible Zar Palemón que más allá de sus súbditos llega a sus esclavos y bufones, más allá de éstos llega a sus perros, más allá de sus perros ha de estar escudriñando en la naturaleza toda por donde hacer vibrar su Imperio todo con el chiquito, chiquito rodaje que se descarga en Papusa mía, cuando su cuerpo baja, baja, baja?

¿Qué interés puedo tener yo, en la soledad de una habitación sombría y polvorienta, para las transparentes ensoñaciones, para los inalcanzables pensamientos de ella, que tienen en jaque y hacen vacilar un Imperio entero?

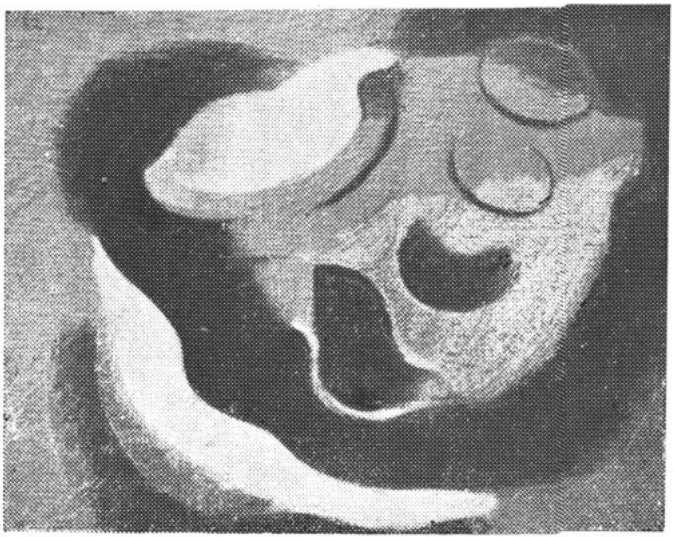
—¡Papusa! ¡Dame una esperanza por lo menos, una sola, alguna vez!

—Si El quiere, sí; si no, no.

Si no..., no.

NO.

El Zar Palemón me ha robado a Papusa, y nada gano con llevar todo su Imperio en mi anular.



por Vargas Rosas

C H U C H E Z U M A

Una tarde invernal del año 1932 recibí un telefonazo de Luis Vargas Rosas invitándome a su taller por la noche. Quería mostrarme su última tela, en aquel momento no bautizada aún, pero que ahora llamo yo "Chuchezuma" sin saber si tal nombre concuerda con la opinión de su autor. Por lo demás, hoy la tela es mía lo que me da ciertos derechos para bautizar a mi antojo. Esto no es todo: creo que la tela era ya en parte mía antes de ser ejecutada, sólo que yo no sé pintar y Vargas Rosas sabe y sólo que, al ser ejecutada no había aun Chuchezuma actuado en mi vida aunque ya todas las líneas de su destino, como las mías también, se dirigían hacia un punto inevitable de encuentro.

Comí aquella noche en el pequeño restaurante "Au petit chez soi", bulevar Pasteur. Después del café me dirigí a la rue Belloni donde habita mi amigo. Vi sobre los techos bajos del edificio el rectángulo iluminado de la claraboya de su taller. Muchas tardes y noches de hastío — del hastío parisiense diferente al de todas las demás ciudades del mundo — he colocado sobre la luz o la sombra de ese rectángulo parte de mi destino, al menos del destino de varias horas que con el hastío — parisiense — pesa como el destino de varios meses. Su luz me indica la presencia del amigo, es decir salvar la noche; su sombra, su ausencia, es decir arrastrarse por las calles con la vaga esperanza que algo suceda. Ahora brilla. Un amigo, una tela, una copa de coñac y tabaco.

La lógica de mis reacciones debió haberme hecho

no pensar en aquel momento en esa posibilidad de que algo sucediera ya que la claraboya estaba iluminada. Sin embargo, junto con ver su luz anaranjada entre cenizas, algo presentí y atravesé la calle pausadamente para dar tiempo a que mi mente precisara tal presentimiento. Atravesé. Al hallarme frente a su puerta pasó una mujer. Silueta fina de andar suelto, rostro oculto por el frío. Pasó rápida. La seguí.

Se encaminaba hacia la rue Falguière. Cuando llegó a ésta, dobló a su izquierda. Me apresuré entonces para alcanzarla bajo un farol y verla. La vi. Sonrió. Era ella, ¡Chuchezuma!

La tomé del brazo y empezamos a andar con lentitud. Después de algunas frases triviales la rogué por décima o vigésima vez. Y esta vez, con cierto estupor de mi parte, aceptó. Nuestro diálogo fué así:

—¿Aceptas?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Si no es ahora mismo, no será nunca.

—¿Por qué?

—Una tontería o un presentimiento, como quieras llamarlo.

—Cuenta.

—Salí de casa pensando que algo me sucedería. Casi creo que pensaba que esta noche o nunca sería de alguien. Apareciste tú. No hay más que hablar.

Todo estupor se fué de mí. Lo dicho por Chuchezuma me pareció de una lógica fatal. Sólo recordé, en silencio, el presentimiento mío frente a la claraboya iluminada. Fué todo. Y aquí creo que conviene decir la biografía de Chuchezuma.

Dice ella que desciende directamente de Moctezuma. ¿Verdad o no? Tal vez le gusta jugar con la igualdad de las dos últimas sílabas. Le decimos todos:

—Pelo castaño claro, tez blanca, ojos verdes. No mientas.

Ella sonríe y responde:

—A lo largo de mi linaje han venido a salpicar sobre él muchos hombres rubios del norte, a salpicar sobre la larga, larga hilera de madres color aceituna y ojos de noches cálidas. Hasta que nací yo.

—Tú vienes de tus padres nada más.

—Mi rostro; mi cuerpo, no. Viene de los olivos y su contacto pondrá en todo goce muchas nostalgias.

Sonríe siempre.

—¿Y qué haces?

—Amo México, amo Escandinavia y amo Francia.

—¿Es todo?

—Es bastante para una mujer y... a mi edad.

—Ciertamente — contestamos todos.

Tiene diez y siete años.

Esta es la biografía de Chuchezuma.

Seguimos del brazo. Momentos después le propuse un pequeño hotel del barrio. Me respondió:

—No. Vamos a ir a otro. Yo te llevaré.

Que Chuchezuma supiese de hoteluchos dudosos me alcanzó a inquietar sólo un instante. Era ello un dato que no entraba en su biografía. Además era invierno.

Seguimos del brazo por la rue Falguière siempre en dirección a las *fortifs*. Después de algunos minutos doblamos a la derecha por una callejuela ignorada por mí. Sea dicho de paso, yo poco conozco ese barrio. Esta callejuela era tranquila, casi me atrevería a decir dulce. Luego volvimos a doblar, esta vez a la izquierda, por un angostísimo *impasse*. Igual tranquilidad, igual dulzura. Parecía todo aquello pertenecer a una ciudad inhabitada. Sin embargo se sabía de un vago calor a través de los muros apretados. Luego un portón

viejo y austero. Entramos por él. Ahora llevaba yo a Chuchezuma cogida por el talle. Con gran sorpresa vi que este portón no comunicaba con un patio sino con una serie de nuevas callejuelas extremadamente angostas y tortuosas. Apenas una que otra luz. Siempre la dulzura. Arriba, por entre los techos difícilmente perceptibles, vi una estrella. Es todo respecto al decorado. Mi sensación: ya formándose de rato atrás cierta voluptuosidad no sólo por la presencia de Chuchezuma sino por la conformación de las calles y el tono ligeramente azul de la noche. Luego, después de cruzado el portón, aumento súbito de esta voluptuosidad. Chuchezuma toma siempre en él una parte secundaria. Es decir que la parte sexual de la voluptuosidad es mínima. Su esencia es otra que podría definir: "la irresponsabilidad". La irresponsabilidad se presentaba del siguiente modo: sentir profundamente dentro de sí mismo — y al decir dentro me refiero e insisto en el pecho y la garganta — que puede uno hacer cualquier acto, especialmente los contrarios a cualquier moral y a cualquier ley, sin que se produzca sanción alguna ni proveniente de fuera, es decir de los demás hombres, ni creciendo de la propia conciencia. Es la libertad total. La libertad, por ejemplo, de penetrar en cualquier casa, violar, asesinar y la cuenta se saldará fuera, lejos, sin parte de uno. Libertad mayor aún: la de lanzarse por un balcón, caer y no estropearse, la de abrirse con una daga el vientre, mirar lo que hay dentro y seguir por la vida igual; la de extender ambas manos por entre las llamas de los faroles y, sin experimentar dolor alguno, soñar dulcemente en que uno puede hacerlo y los demás hombres no. Apreté intensamente el talle de Chuchezuma.

Ejecutar cualquiera de tales actos habría sido innecesario. La sensación y certeza de su posibilidad era suficiente para penetrar el cuerpo entero y golpear pecho y garganta. Tal vez la prolongación de este esta-

do habría llevado al fin a la necesidad de un acto, por ejemplo: un asesinato o la caída desde el balcón, un balcón muy alto y, al caer, abrir los brazos, voltear hacia atrás la cabeza para que mucho aire golpeara pecho y garganta. Pero por el momento estoy en lo innecesario y en él quedé. Un hecho ajeno se produjo y todas mis sensaciones cambiaron por otra, por una: miedo.

Se produjo lo siguiente: súbitamente por entre los pilares de un pequeño portal aparecieron varios perrillos ladrando con estrépito. Los perrillos mismos, por cierto, no lograban intimidarme, pues eran del tamaño de un zapato, pero sus ladridos, me dije, podrían atraer a algún perro grande que nos acometería sin piedad. Yo me hallaba totalmente indefenso y aunque, ante la vista del animal me hubiese puesto a gritar: *Au chien, au chien!!*, creo que habría podido despedazarme sin más. Chuchezuma me dijo con cierta malicia:

—Por estos lados no hay perros grandes.

Yo no había pronunciado palabra alguna. Pero Chuchezuma adivina tal como el amigo de Edgar Poe, Auguste Dupin.

Creí conveniente defenderme:

—Ningún perro, por grande que sea, me atemoriza.

Chuchezuma sonrió. Me dijo:

—Los perros grandes de noche te evocan, muy adentro de ti mismo, tan adentro que no logras darte cuenta de ello, te evocan, lo sé, al lobo-garú. Y al lobo-garú, no me lo niegues, le temes como al mismo Satanás.

No aconsejo a nadie pasearse solo por los campos de noche si el campo produce en uno una sensación aguda en su nitidez de tranquilidad y dulzura, y si la noche muestra un cierto tono azul. Existe en tales casos, si no la certeza, por lo menos un alto porcentaje de probabilidades de hallarse frente a un lobo-garú. Y si no se es de una gran serenidad y si no se tienen vastos conoci-

mientos sobre la materia, la lucha será irremediablemente perdida por el hombre. El lobo-garú, después de destrozar a dentelladas la carótida, beberá la mitad de la sangre de su víctima y, junto con alejarse satisfecho, caerán sobre los despojos sus inseparables compañeros los vampiros negros a chupar la otra mitad de sangre. El lobo-garú es grande como el mayor de sus semejantes terrestres, ágil como una ardilla, su pelaje es rojizo, su mirada fría como el acero, penetrante como un estilete. Las balas no le hieren a no ser que previamente hayan sido sometidas a largas y penosas consagraciones. Un puñal le atraviesa sin causarle daño salvo el puñal igualmente consagrado. Y otro tanto puedo decir de su hermano el vampiro negro, vampiro de no menos un metro de envergadura, de alas aceitosas y ojos de munición. Digo hermano pues aquí el parentesco zoológico del reino animal difiere: Lobo y vampiro, que en éste están sin parentesco, aquí lo tienen más aun que un lobo común y un zorro o un vampiro común y un murciélago. Y sigamos.

Que el perro grande me evoque al lobo-garú y que a éste le tema... ¡cosas de Chuchezuma! Avancé hacia el pequeño portal, entré bajo él, marché por las callejuelas mostrando mi valor. Largo rato. Percibía algunas luces de faroles, calles que se iban lejos. Marché. Pasó a mi lado un paisaje con grandes árboles, casitas campesinas, un arroyo, como jamás hubiese pensado que existiese en París. Pasó el resplandor de las vidrieras de un café bullicioso. Gente, mucha gente. Otra soledad, otro bullicio, rincones insospechados. Marché, fijo, seguro. Calles, gentes, calles, luces. Algunos silencios. Llegué.

Yo habito en el 55 de la rue Marcadet. Es un departamento chico que comparto con mi hermano Pedro. Cuarto piso. Entré a nuestra sala, me eché sobre un diván, pensé.

Este diván era de felpa amarillenta. Junto a él había otro de felpa granate. Al frente uno de arpillera color cordel y tras éste otro de brocato azul. A mi derecha, uno de arpillera obscura; sobre él, uno de cuero de tapir y más arriba, uno de cretona con flores escarlatas sobre fondo gris. A mi izquierda se alineaban tres más: dos de felpa también, verde el uno, gris

ratón el otro, y uno de cuero de potro teñido de azulino. Sobre este último, otro más de brocato morado. Del techo colgaban dos de cada lado de la lámpara: el primero de arpillera cereza y amarilla, el segundo de cretona japonesa multicolor. Era todo el amueblado de nuestra sala.

Mi hermano Pedro sueña con una vasta casa con vastos salones y, a lo largo de sus muros sombríos, vastos divanes. Su sueño dista aún mucho de hallar materia conforme para existir y perdurar en la vida. Su sueño no es aún más que materia pensante y su torbellino sólo ha logrado acumular y hacer materia palpable a algunos de los tantos divanes que nacerán. Estos divanes son las primeras formas de un feto. Esta sala, como una matriz, alberga las primeras palpitaciones del feto que será y huele a algo, a algo enmohecido a ratos y a ratos fertilizante como tierra recién regada. En medio de todo, respirando, yo.

Mi hermano Pedro, en espera del parto, pasa sus días en la cocina tratando de trasmutar el arte culinario en ciencia de alquimista. Luego, como reposo, sale por las calles y atisba los divanes de toda la ciudad. Cuando se cruza conmigo se mofa y me demuestra un cierto desdén harto altanero. Fuera de esto, no creo que tenga ninguna otra ocupación.

Me eché sobre el diván de felpa amarillenta y pensé.

El lobo-garú no tiene lo que correctamente podríamos llamar una mentalidad y una voluntad propias, pues para poseer ambas, es menester haber nacido como nacemos nosotros los hombres y los demás animales, es decir, ser fecundados por un macho de nuestra especie en el vientre de una hembra idem, ser concebidos y paridos por ella. En cambio, el lobo-garú nace de un pensamiento y de una volición de un hombre ya existente que ha caído en estado de trance. Este hombre tiene que estar saturado hasta en sus últimas células de todo el odio en contra de sus semejantes que pueda resistirse y, una vez así, debe saber que su odio no es el mismo sino algo aparte que se apoya, se guarece en él mismo como en un templo libremente ofrecido. Entonces, cuando cae en

trance, es él como una iglesia cerrada en la noche y muda. El Dios o el Demonio que la habita para nutrirse de las plegarias y cerebros de los fieles — desierta y callada ya la iglesia — se asoma por sus torres, sale por los aires, medita. Así el odio de aquel Hombre. Se asoma, sale, mas, contrariamente al Dios o al Demonio de la iglesia, no halla fuerzas para meditar por lo mismo que no es Dios ni Demonio sino tan sólo región humana. Entonces se siente desorientado, añora la mente de su amo y quiere volver a ella para inducirle a la acción y que en ésta lo guíe su inteligencia. Volvería si otros seres no interviniesen. Hay otros seres cuyos lazos con la humanidad han sido ya totalmente rotos y que sólo los une a ella el odio feroz por ella. Pero no conservando, como digo, lazo alguno, no logran por parte alguna materia posible donde defecar sus odios y hacerlos capaces de herir al hombre. Ahora ven algo como quien dijese un coágulo de odio, solo en el campo y de materia pensante humana. Es decir, ven la posibilidad de rehacer un lazo. Se lanzan. Hábiles y sabios como son, modelan, materializan, forman aquello como un lobo de pelaje rojizo y mirar de acero. Luego lo electrizan, lo impulsan. Y el lobo parte como un relámpago a matar. Luego, ya saciado de sangre humana, hábiles y sabios lo desintegran apoderándose ellos a su vez de esa sangre y sutilizándola al igual de su materia. Entonces el odio vuelve a su amo fortificado con el largo contacto sanguinolento. Y éste despierta con la voluptuosidad de una venganza cumplida en las tinieblas.

Ahora veamos a su hermano el vampiro negro. El proceso es igual en todas sus partes salvo en dos: 1.a) El creador no es, como en el caso anterior, un hombre en estado de trance, sino un hombre que ha muerto; 2.a) Los seres hábiles y sabios que materializan y desintegran no sutilizan toda la sangre chupada por el vampiro negro, como lo hacen con el lobo-garú, sino que le dejan cierta cantidad que va hacia el amo o creador, o sea, hacia el hombre muerto.

Diré sobre estos dos puntos dos palabras: hay hombres que han vivido con tal cantidad de odio, (y en esta palabra odio sintetizo todas las bajezas e ignominias capaces en nuestra humanidad actual) que, al morir, su sed se halla lejos de estar apaciguada por muchos crímenes que hayan cometido. Por tanto necesitan seguir ligados a esta vida para continuar su obra de exterminio y no se resuelven a emprender el peregrinaje que lógicamente los iría alejando de su objeto de odio, o sea de pasión, agregaré indomable. Un problema se presenta: la desintegración de sus cuerpos rompe fatalmente todo lazo o vehículo con los hombres, es decir todo medio de herir. Necesitan, pues, conservar sus cuerpos sin que se desintegren. El único modo para ello es seguir inoculándoles en el ataúd sangre humana, sangre de hombres palpitantes de vida. De ahí que esos seres hábiles y sabios dejen al vampiro negro parte de su botín. Es la conveniencia de todos.

Pero, en fin, yo no escribo para hacer un tratado sobre el

vampiro negro ni sobre el lobo-garú. Escribo sobre ellos únicamente porque la malicia de Chuchezuma me los evocó y de ellos sólo me interesa un hecho: que en el mundo, que en este mundo, que en la noche, que en estas noches, haya seres — semejantes o diferentes a nosotros ¡no me importa! — que actúen plenamente sin inteligencia ni volición propias, que actúen impulsados por otros seres que se apoderan de su estado de desorientación, de sus pasiones salidas más allá de la piel. Es todo lo que me interesa. Y sigamos.

Pensé mucho rato en el diván de felpa amarillenta. Pensé hasta que en el umbral de nuestra sala apareció mi hermano Pedro sonriente y desdeñoso.

Me basta una mirada para saber sus intenciones: mi hermano Pedro quería que yo le dijese que es altamente absurdo acumular divanes para una futura y problemática casa con vastos salones. Al decirle así, encuentra medio de rebatirme y demostrarme que cuanto yo haga es más absurdo aún. Y me lo demuestra con tanta claridad y tanto desdén que, desde ya largo tiempo, no le digo ni la menor palabra sobre sus incalificables divanes.

Esta vez el hombre vió que no me arrancaría de mi silencio. Nada dijo del amueblado de nuestra sala. Sólo después de varios minutos habló de su cocina.

Me dijo:

—¿Te gustaría cenar esta noche?

—Depende de lo que ofrezcas — contesté.

Su respuesta fué:

—Ven conmigo a la cocina.

Mi hermano Pedro había cazado con sus propias manos — según contaba — una magnífica langosta digna de entusiasmar por sus promesas al mejor gastrónomo y por su volumen al mayor glotón. Ahora se preparaba a hacerla morir.

Luego me dijo con cierto tonillo entre acaramelado y burlón que las personas que lean esto no han de conocer, por cierto, ni siquiera han de poder imaginar,

pero que para mí es ya, de tantos años atrás, como una calamidad periódica:

—Esta es, hermano (siempre hermano, nunca mi nombre), la gran ventaja de alimentarse con mariscos: que uno mismo los mata sin necesidad de cómplices. Así la absorción y nutrición llegan a su punto perfecto. ¡Oh, creer que es sólo alimento lo que se mastica y traga! ¡Error, hermano, error! En la agonía y muerte del ser comestible hay por lo menos, según mis cálculos, un tercio de la nutrición total. Esto, por lo que se refiere al lado, digamos, físico de la cuestión. Cuanto al lado moral, volvamos a los cómplices. ¿Encuentras tú que es justo hacer asesinar a otro hombre para aprovecharse uno después de los dos tercios de beneficio de su asesinato? ¡Injusto, hermano, injusto, hermanito! Y sobre todo, cobarde. En cambio con estos bichos, toda la responsabilidad queda con uno mismo y nada más, lo cual es digno de un hombre. Estos bichos son una gran cosa y los respeto como bien se lo merecen. Hay algunos tal vez más respetables, aunque... Tal vez lo sean por la lógica pura, pero en la realidad... En fin, ya hablaremos de todo ello. En todo caso un buey es intolerable e inalcanzable. ¿Te imaginas uno aquí en casa, en este departamento?

No pude impedirme una intervención:

—No sé, Pedro, si sería posible, por la ley de los policías y los conserjes, traer un buey aquí, pero, si me lo imagino, ¡por cierto, hombre! Y no sólo un buey aquí dentro, sino tantos bueyes como divanes tienes, y cada buey recostado en su diván. Te diré: ¿recuerdas en el film de Luis Buñuel, *La Edad de Oro,* aquella vaca en la cama de la muchacha? ¿Sí? Pues bien, desde que lo vi, sólo tengo una obsesión, te confesaré, una esperanza: ver algún día sobre cada diván tuyo una vaca o un buey, da lo mismo. Pero sigue con tu asunto.

Aquí, sonrisa despreciativa y sobre todo bondadosa, extremadamente bondadosa.

—¡Allá Buñuel y sus gentes y tú! El caso es que yo, personalmente, no voy a beneficiar un buey ni siquiera un cerdo. Mis proporciones no sobrepasan el tamaño de una gran langosta como ésta. Bueno, te decía hace un momento que hay otros bichos acaso superiores a los mariscos. Me refería a las aves. Una gallina, por ejemplo. Tamaño adecuadísimo, nadie te impide traerla a casa y vamos apretándole el cogote. No se pierde ni un miligramo del tercio agonía-muerte. Pero, por otro lado, tienen, al menos para mí, un cierto inconveniente. Te explicaré: Cada ser comestible— y he de advertirte que son comestibles muchos más seres de los que la gente cree; si no, pregúntaselo a un antropófago o a los habitantes de nuestras cumbres cordilleranas que en verano bajan a los valles a cazar escorpiones y vinchucas para degustarlas con fruición en las largas y silenciosas noches de nieve, — cada ser comestible, digo, procura dos clases de alimento: el único físico y, como ya sabes, igual a los dos tercios de la nutrición total; el otro, digamos, moral, o mejor aún, psíquico, igual a un tercio. Los dos primeros tercios se mascan y se tragan más o menos sazonados y sobre sus bondades alimenticias cualquier médico o higienista te podrá dar amplias informaciones. Por lo que a mí respecta, la carne de marisco me cae a las mil maravillas. El último tercio, hermano, es otra cosa. Escucha bien: cada ser durante su agonía y sobre todo en el momento de su muerte, suelta, deja escapar — no sé cómo explicártelo a ti que eres profano, horrorosamente profano en estas materias, — en fin, echa al ambiente un... un... ¿cómo decirte? Eres horripilantemente profano. Digamos un *doble* suyo. Este doble lleva en esencia dentro de sí las cualidades morales del ser a que pertenecía en vida, y estas cualidades son en analogía, en paralelismo, exacto reflejo de

su aspecto físico. ¡Ah, pero aquí viene un punto difícil que no sé si tú logres alguna vez penetrar! Es el punto de saber distinguir por el aspecto físico cuáles son las cualidades morales de un ser, las cualidades esenciales, el prototipo a que pertenecen, que representan en principio, te diría, casi en principio abstracto. No, esto no lo vas a comprender pero no importa. Por ejemplo esta langosta, ¿qué te dice? Te preguntarás: ¿qué cualidades morales tiene una langosta? ¡No, hombre! ¿Ves cómo desde un comienzo partes por mal camino? ¡No te preguntes nada, hombre de Dios! ¡Mírala, no más, mírala! Mírala intensamente, ojalá agrandándola con la imaginación hasta el tamaño de un elefante o reduciéndote tú frente a ella al de una pulga. Entonces ve sus ojos desorbitados en puntas de alfileres gigantescos, ve el movimiento crujiente de sus patas lentas, ve su vida de caverna a medio despertar bajo el hierro de su caparazón, ve los ecos vagos y sordos en ese brumoso comienzo de conciencia, ve su boca, ve su cola plegable con rendijas viscosas, ve ¡qué diablos! la mente que pensó, que pensó en tal modo que su pensamiento tomó las formas que has estado viendo. Ve ese pensamiento originario y siente luego que, si es verdad que anda él solo rodando por la atmósfera de nuestra Tierra, hace, al incorporarse, que una langosta más avance dificultosamente por entre las rocas sumergidas. Y verás que toda langosta es un monstruo, un monstruo espantoso de los infiernos, aunque sosegado, triste, y acaso por esto mismo más tenaz. ¡Eso es, hermano, eso es! Mátala entonces, goza con su agonía y aspira profundamente, no sólo por las narices sino por todos tus poros. De todo aquello te nutrirás. Y entonces, sí, y sólo entonces, después, en tu mesa, con mucha gente, ojalá de frac, sabrás gustar su carne blanca, sabrás por qué corre mayonesa sobre ella, por qué las mujeres, si son jóvenes y hermosas, mueven, entornan de cierto modo peculiar los ojos apenas

esa mayonesa les toca la lengua y apenas sus dientes hacen crujir el primer pedazo de carne. Pero ¡nada! Tú eres cómicamente, inefablemente profano, así es que no hay ni habrá remedio!

Y Pedro ríe de buena gana, me desprecia, me aplasta, me hunde con su gran langosta pataleante en ambas manos.

¿Qué hacer?

Sabía yo que el muy canalla seguiría por horas hablando de la suerte, y su voz y sus gestos me tenían como petrificado impidiéndome hallar fuerzas suficientes para abandonar la cocina. Hasta que vino la salvación. Mi mano derecha se posó sobre el bolsillo de mi chaqueta y palpó un objeto que súbitamente recordé y reconocí.

Hallé mis fuerzas perdidas. A Pedro le dije:

—Ahí te dejo con tus langostas y tus teorías alimenticias. Creo que por esta noche no voy a cenar. Te lo agradezco pero, por el momento, ¡hasta pronto!

Y volví a nuestra sala y nuevamente me eché sobre un diván, esta vez sobre el de arpillera color cordel. Me propuse, entonces, meditar, mejor dicho, saborear los dulces proyectos que aquel objeto me iba, sin duda, a hacer nacer.

Era un pequeño libro con el plano de París por distritos, como venden en todos los kioskos y estaciones del metró. Hacía algunos momentos, cuando íbamos entrando a las callejuelas más allá de la rue Falguière, Chuchezuma me lo había entregado diciéndome a media voz:

—Guárdamelo, ¿quieres? Mi saco está tan lleno. Pero, por favor, no te olvides devolvérmelo cuando nos separemos.

Promesa por parte mía, y... olvido. ¡Chuchezuma!

¡Allá Pedro con las hondas voluptuosidades de sus langostas! Una langosta... En cambio yo, ¡Chu-

chezuma! Verdad que la langosta agoniza y muere. Y está, por lo tanto, la cuestión del doble, como él dice. Agoniza y muere... ¡Falta de imaginación del pobre Pedro! Se puede agonizar y morir y soltar por todo el ambiente para respirar por los poros el doble, el pensamiento originario y primero, se puede agonizar y morir sin ningún irremediable, renaciendo para recomenzar. ¡Chuchezuma!

Quise saborear mis proyectos pasando las yemas de los dedos por sobre las calles del planito de París de Chuchezuma.

Pero a pesar de mis intentos, mi mente, como una autómata, repitió las líneas de Eliphas Lévi leídas por mí pocos meses antes en su *Historia de la Magia*:

"Los fisonomistas han notado que la mayoría de los hombres recuerda por algunos rasgos fisonómicos la semejanza de algún animal. Esta semejanza puede ser sólo imaginaria y producirse por la impresión que hacen sobre nosotros las diversas fisonomías, revelándonos los rasgos sobresalientes del carácter de las personas. Así, encontraremos que un hombre hosco se asemeja a un oso, un hipócrita a un gato y así de los demás. Esta clase de juicios se exagera en la imaginación y se completa en los sueños, en los que, a menudo, las personas que durante la vigilia nos han impresionado penosamente, se cambian en animales dándonos todas las angustias de la pesadilla. Pues bien, los animales están como nosotros y más aun que nosotros bajo el imperio de la imaginación, pues carecen del juicio para rectificar sus desvíos. Se conducen, pues, a nuestro respecto siguiendo sus simpatías o antipatías sobreexcitadas por nuestro magnetismo. No tienen, por lo demás, ninguna conciencia de lo que constituye la forma humana y no ven en nosotros sino otros animales que los dominan. Así el perro toma a su amo por un perro más perfecto que él. Es siguiendo este instinto donde se halla el secreto del imperio sobre los animales. Hemos visto a un célebre domador fascinar sus leones mostrándoles un rostro terrible y disfrazándose de león furioso. Aquí se aplica a la letra el proverbio popular: "Hay que aullar con los lobos y balar con los corderos". Por lo demás cada forma animal representa un instinto particular, una aptitud o un vicio. Si dejamos predominar en nosotros el carácter de la bestia, tomaremos más y más su forma exterior, a punto de imprimir su imagen perfecta en la luz astral y de vernos, en estado de sueño o de éxtasis, tal como seríamos vistos por sonámbulos o extáticos, y tales como

" sin duda aparecemos ante los animales. Que la razón se apague
" entonces, que el sueño perseverante se trueque en locura y he-
" nos cambiados en bestias como lo fué Nabucodonosor. Así se
" explican las historias de los lobos-garús, algunas de las cuales
" han sido juridicamente constatadas. Los hechos eran constantes,
" probantes, más lo que se ignoraba era que los testigos no esta-
" ban menos alucinados que los mismos lobos-garús."

Por cierto, así se explican estas historias. Por todo el ambiente se había esparcido un perfume acre y cautivante. Pedro había vertido en el agua hirviente que serviría para matar a la langosta, varias gotas de extracto de acónito. De ahí tal perfume.

"ACONITO.— (*Aconitum napellus*). Los profanos no deben
" hacer uso de esta planta en materia medicinal, pues ofrece gra-
" ves peligros. *Botánica oculta*: Es fría y seca. Se emplea (mez-
" clada con ruda, azafrán y áloes), en fumigaciones para alejar a
" los malos espíritus. Es una de las doce plantas de los Rosa-
" cruces. Los griegos decían que esta planta había nacido de la
" espuma de Cerbero, cuando Hércules lo sacó de los infiernos. Se
" le atribuye la virtud de hacer renacer el pelo. Planeta: *Saturno*.
" Signo zodiacal: *Capricornio*."
(Rodolfo Putz — *Las Plantas Mágicas*).

Ahora se oía el furioso, el desesperado patalear de la pobre víctima bullendo en el agua, en esa agua más allá de los 100 grados, por las virtudes del acónito. Se oía la respiración rítmica y honda de Pedro.

Salí.

Tenía la certeza absoluta que dentro de pocos minutos encontraría a Chuchezuma. Salí. Marché.

El rectángulo anaranjado de la puerta de un bar. Allí, ligeramente inclinada hacia la calle, Chuchezuma. Viste ahora de rojo encendido.

Llegué hasta la puerta y eché un vistazo hacia el interior. Era una taberna — un bar, si se quiere, pintado todo de verde. Junto al mesón, apoyado en él con su codo derecho, un hombre bebía una copa de coñac.

Ese hombre bien podía ser el amante de Chuchezuma, en todo caso el causante de su cambio de ropas. Allá por Belloni-Falguière, olvidé decirlo, ella vestía de gris obscuro. Tomé, pues, mis precauciones para no ser visto. Me apegué bien al muro como queriendo incrustarme en él. De este modo sólo veía del bar una larga y angosta faja de alto a bajo por la puerta en chaflán. El hombre no se veía. Pero una luz tras él proyectaba su sombra sobre la pared que yo, en parte, apercibía por esa faja. Así es que, desde mi puesto, veía yo en verde sombrío la punta de su sombrero, la punta de su nariz y su corbata, todo ello de proporciones gigantes y arriba, muy arriba, casi junto al techo.

Me acordé entonces que entre Chuchezuma y yo había sido cuestión de una próxima cita. Según mi parecer... veamos: creo, sí, que para el miércoles a las 5 de la tarde. Le alargué el plano que tomó rápidamente con disimulo. En voz muy baja entonces, para que el tipo del interior no se enterase:

—¿El miércoles a las 5, dijo usted?

Ella, en voz alta, resonante:

—Sí, el miércoles a las 5, *dijeron.*

Y salió del marco de la puerta y se alejó por la calle, por todas las calles de París... fué la sensación que me dejó al alejarse así.

Otra vez solo, de este lado de la puerta. Entre mis deseos y la desaparición de ella, quedan los ojos de ese hombre que, si avanzo, me apercibirán al pisar la luz anaranjada que cae sobre la acera. Sabrá que soy su rival, saldrá, se echará sobre mí, me golpeará, me descuartizará, me matará. Quedo, pues, allí, incrustado contra el muro, quedo allí, medito, amo y tiemblo. Respiro rítmicamente las calles de París que se la tragan, degustándola, llenas de fruición. Medito. ¡Chuchezuma!

Ella tiene una habilidad de diablillo. Ella engaña y juega con cualquier tipo de cualquier bar. Ella todo lo puede con sólo cambiar de persona una forma del verbo. Yo le había preguntado: "¿El miércoles a las 5, *dijo usted?*" Ella había respondido: "El miércoles a las 5, DIJERON". Ella todo lo puede.

Pues partamos de la base que el sujeto aquel tuviese el oído extremadamente fino, o bien — y es lo más probable — que yo no tuviese un buen dominio sobre mi voz y que, creyendo haber hablado en voz muy baja, hubiese hablado lo suficientemente alto para hacerme oír de él o de cualquier otro en su sitio: se adivinan las consecuencias: saber, salir, golpear, descuartizar, matar. Y Chuchezuma vela por mi vida. Al decir yo: "dijo usted", es uno, uno solo — puesto que no hay más voz que la mía—, el que pregunta, y "dijo usted" significa que ha de contestar sólo uno también, por lo tanto que se trata de una cita de dos, el que habla: yo, quien responde: ella. Y ella tiene diez y siete años, pelo castaño claro, tez blanca, ojos verdes, viste de rojo encendido... Se adivinan las consecuencias. En cambio, "dijeron..." DIJERON, quiere decir muchos, mucha gente que ha de juntarse el miércoles a las cinco de la tarde. Un paseo, un *party*: no hay peligro para su pelo castaño claro. El tipo debe seguir bebiendo en paz su coñac. Verifiquemos: siguió bebiendo en paz su coñac, ella pudo alejarse por todas las calles de París, yo — sin inquietudes—, meditar incrustado en el muro. Chuchezuma lo puede todo con sólo cambiar de persona una forma de un verbo.

Paz. Meditemos.

Ya no hay peligro alguno. El tipo sólo piensa en su bebida y no reconoce en mí su rival. Pero si no hubiese sido por la astucia de ella, habría habido sangre. ¡Sangre! Todo el mundo, siempre, quiere sangre. En vano disimulamos y nos engañamos a nosotros mismos: vamos tras nutrirnos de sangre. El lobo-garú y el vampiro negro son nuestros hermanos sin hipocresía. El lobo-garú y el vampiro negro son nuestra aspiración suprema inconfesada. El primer verbo de nuestra conciencia es chupar. Quisiera ver jugar a Chuchezuma con este verbo como hace un momento jugó con "decir". El único color vital, el rojo. Así como ella viste ahora. Así como el pasto o los caminos o los arroyos se tiñen cuando se logra dar muerte a un lobo-garú o a un vampiro negro, haciéndoles verter, para que tiña, la sangre chupada por ellos. Entonces... ¡de rodillas! ¡frente a tierra! Y chupar la sangre ya chupada.

Pero, ¿quien puede asegurar su triunfo en semejante combate? Se necesitan — ya lo he dicho — armas largamente, penosamente consagradas. Y además hay que ser amo de una vasta ciencia.

Es preferible la astucia, la astucia solapada. Quiero decir lo siguiente: en vez de arremeter en contra de tales entes, buscar, solapadamente, el origen. Ya sabéis que tras de cada uno hay o un hombre en éxtasis o un ataúd. Buscadlos.

Luego, golpead, golpead sin piedad. Vuestros golpes, por eco simpático, pegarán en lobo o vampiro, y golpes así no pueden soportar. Reintegrarán su condición originaria de voluntad maldita sin materia. Y la sangre chupada se desparramará sonando y formando un gran charco. El resto lo sabéis: ¡de rodillas! ¡frente a tierra! ¡chupar!

Chuchezuma ya debería estar lejos, un poco por todas las calles de París. El bar había cerrado, el tipo desaparecido y ninguna franja anaranjada teñía la acera. Ahora se podía avanzar. Avanzar como ella, simultáneamente un poco por todas las calles de París. Vagamente. Chuchezuma aparecerá.

Avancé.

Toda vaguedad se fué deshaciendo. Una certeza se implantaba. No, todas las calles de París, no: una sola, dura. En ella, una casa por sobre todas las demás, una sola, vacía.

Ante esta idea — esta certeza — algo me golpeó despiadadamente en pecho y garganta: un sueño de la infancia, siempre mantenido, iba a realizarse por fin: una casa, grande, siete pisos, de noche, *vacía*. Una casa así: ¡entrar!

Avanzaba.

Aquí está: una calle sola, dura, duerme. Allí está: esa es la casa.

Todas sus ventanas están con las persianas abiertas de par en par. Ninguna ventana tiene cortinas. Todas las ventanas están con sus cristales cerrados. Es decir, en todas las habitaciones se hace oscuridad, mayor oscuridad.

En alguna parte, allí dentro, Chuchezuma.

Entré.

Ni una alfombra, ni un mueble. Mis pasos en las escaleras van resonando hasta el último techo. Golpean allá. Vuelven en eco, rebotan abajo.

Ahora, todas las piezas para mí. Puedo entrar, golpear las puertas, dar de taconazos, gritar! Chuchezuma está en algún rincón.

Puedo arriesgarme hasta tras un cristal de una ventana cualquiera, atisbar hacia la calle, causarle miedo, hasta pavor a algún transeúnte. Y si ese transeúnte ha leído — como es lo más probable—, y tiembla aún con Dostoiewski, recordará al príncipe idiota creyendo apercibir desde la calle, en una ventana de una gran casa, un instante, la cabeza de Rogojin. Temblará con mi cabeza. Retrocederé veloz hacia el muro opuesto. ¡Quieto, quieto! Y su temblor temblará en mí... ¡Chuchezuma está en un rincón cualquiera!

Otra habitación. Puedo entrar. Ahora hagámoslo en silencio. Que no se oiga ni un rumor, ni mis propios pasos. De modo que se destaque mejor el rectángulo glauco de la ventana. Y como yo he leído y temblado con Dostoiewski, digamos, mentalmente para que ni el aire se remueva, como Raskolnikov en el cuarto de la vieja usurera, al ver por la ventana "la enorme luna redonda, de un rojo cobrizo":

"Es la luna quien crea el silencio; está ocupada en descifrar enigmas".

Aquí no hay luna, pero está el sueño de Raskolnikov. Y está el silencio creado, no por ella, sino por todo, por los maderos del piso, por los techos bajos, por las puertas entreabiertas, por la respiración de Chuchezuma, que no se oye, pero que está por aquí en la casa vacía, por algún rincón!

Sé que basta avanzar decididamente — eso es, decididamente—para hallarme frente a ella. Por lo mismo, no hagamos nada con decisión. Sigamos flotando así, en la oscuridad, echando ruidos a correr, un golpe, un silbido, a correr al mismo tiempo por todos los recovecos de la casa, arriba, abajo, por todos al mismo tiempo como Chuchezuma hace un momento por todas las calles de París.

Pasarán los ruidos a través de ella, cada ruido la

atravesará. Doy un golpe con las manos, con los pies, silbo, canto.

He cogido mi reloj de oro, grande y viejo, lo he lanzado al aire, ha caído, se ha despedazado: cada ruedita, cada resorte, cada tornillo, cada pedazo del cristal quebrado, cada numerito del cuadrante, ha sonado con su modo peculiar, ha ido por cada encrucijada de la casa, ha atravesado, ha perforado a Chuchezuma, conmigo en cada sonido.

Esperemos, esperemos, puesto que basta avanzar con decisión para encontrarla. Retardemos el momento. Pensemos en su tez blanca y en su sangre joven.

Nosotros no conducimos nuestros pensamientos. Toda mi voluntad está actuando sobre poder manipular esa tez y esa sangre. Pero la sangre se aisla, deja a Chuchezuma para presentárseme sola y hacerse pensar.

La siento como un chorro, alto, inmóvil, aquí al frente. Yo me siento como en el umbral de un templo.

Entrar a él. Con unción, entrar, empaparse.

Estoy al frente, en el umbral apenas. Quedo fuera. Sólo me llena lo que susurra a su alrededor, como los pájaros alrededor de las torres de una catedral. Lo que agoniza, lo que muere, lo que vierte sangre, lo que devora y chupa.

Pedro en este momento descuartiza, seguramente. Por los campos han de galopar los lobos y volar los vampiros. ¡Cuántos hombres indefensos caerán! Pues son muy pocos los que, encontrándose en su ruta, se libran de ser acometidos. Sin embargo los hay. Son los que han hecho uso de un antídoto contra tales bestias. Entre éstos, los más recomendados son:

Contra el lobo-garú: Si su progenitor es de sexo masculino, digamos un brujo, se le echará disimuladamente en su alimento algunas semillas finamente molidas de yerba mora, las que previamente habrán sido bañadas en una infusión de ramas de mirto. Este alimento provocará en las manos del sujeto una serie de pequeñas úlceras que sangrarán abundantemente. El sujeto se secará la sangre con su pañuelo. Róbese éste y échesele a remojar en agua pura. Esta agua se teñirá con la sangre. Mézclesela entonces con vino y bébase el total. Ningún lobo-garú nacido de brujo macho atacará al que haya bebido de este vino.

Si su progenitor es de sexo femenino, digamos una bruja, no habrá necesidad de recurrir a la yerba mora, pues bastará apoderarse de uno de sus paños habituales y proceder con él tal como

con el pañuelo del anterior. Bebido este vino, ningún lobo-garú nacido de bruja se atreverá a atacar.

Contra el vampiro negro: Igual medio para ambos sexos. Búsquese el ataúd y destápesele. Se hallará éste lleno de sangre líquida y al parecer fresca. En ella, flotando, el cadáver — si podemos llamarlo así — del brujo o bruja. Llénese con esta sangre un pequeño frasco, sangre que luego se dejará coagular. Muélanse estos coágulos. Con el polvo obtenido háganse galletas en la forma corriente. Comidas éstas, ningún vampiro negro osará tentar un ataque.

Es todo, o al menos lo más recomendable.

No lograré salir de este círculo de pensamientos. Sin poder pensar, es preferible actuar. Vamos con decisión. Aquí en el piso superior ha de haber una sala vasta, larga como todo el frente del edificio.

Subo. Entro.

Allá al fondo, Chuchezuma está de pie de espaldas contra el muro. Apoya sobre él sus dos manecitas por las palmas. Sonríe. Me dice:

—Te esperaba.

Y se calla.

Corro hacia ella.

Caigo de rodillas.

Le abrazo sus piernas y la beso, la beso apasionadamente. Respiro apenas. La beso hasta que, por las ventanas, aparece el alba.

Chuchezuma se marcha. Yo quedo aún algunos minutos para fumar con calma un cigarrillo. Entra un rayo de sol. A mi vez me marcho.

Rue Belloni.

Reconozco en seguida la tela que Vargas Rosas quería mostrarme. Es exacta. Le digo:

—Es lo que más me gusta de lo que has pintado.

Me dice:

—Pensaba que te iba a gustar. Te la regalo.

Y aquí tengo la tela, viva y silenciosa.

A Chuchezuma no la he vuelto a ver.

No fué por mi voluntad ni por la suya que nos dirigimos a visitar la cordillera. Fué por un simple azar. Ibamos juntos por unas calles atardecidas, respirando hastío y sin hablarnos. Di con el pie contra un papel arrugado color de rosa. Seguí largo rato golpeándolo, echándolo hacia adelante, obligándolo a preceder nuestra marcha. A veces era ella quien lo hacía. Ella se llama Pibesa porque es muy joven. Tiene un talle espigado y no habla cuando yo no hablo. Pero sé que está siempre conmigo. Prueba de ello: cuando un puntapié mío lanzaba el papel de rosa de modo a dejarlo en su línea de marcha, ella lo golpeaba y lo enviaba a mi línea. Al hacerlo, temblaba la seda gris perla de su traje y bajo ella aspirábase la seda beige de sus piernas. Al fin me desentendí de sus sedas. El papel, de tanto acompañarnos, nos obligó a tomarlo en consideración. Lo recogí y lo leímos. Era un permiso para visitar la cordillera. Abajo se leía:

Válido para el día de hoy.

¡En fin algo nuevo, algo con qué llenar un hueco de la vida! Algo más: algo que no fuese este eterno paseo por estas calles que nos apagan los ojos hasta la oscuridad.

—¿Vamos, Pibesa?

Pibesa bajó los párpados y tembló. Siempre tiembla Pibesa cuando le propongo ir a alguna parte. Ir. En el verbo ir, Pibesa ha concentrado todas sus voluptuosidades. No importa adonde sea. Es el hecho de ir y ello le basta.

—Vamos — susurró.

Entonces la miré con despacio, con mucho despacio, de alto a bajo. Y ella no tembló entera, no. Tembló poco a poco, tembló trozo por trozo de su cuerpo, fué temblando así, mientras todo el resto de su ser quedaba inmóvil, así en cada parte, en cada fragmento, justo al final de los rayos de mi vista.

Fuimos a la cordillera. Marchábamos por entre galerías de nieve vagamente verdosa a causa del atardecer constante. Llegamos luego a una inmensa explanada. Nos detuvimos. Tras de nosotros se detuvo la noche. Allí quedamos en el atardecer de nieve verde. Diez pasos más atrás aguardaba en silencio la noche azul de mar, de pie y tranquila junto a los picachos que se dormían. Frente a nosotros, abajo, se extendían infinitas sábanas de cordilleras en la tarde, infinitas hasta la desesperación y creo que hasta el suicidio si fuerza fuese caminarlas enteras, una a una. Mas al fondo, al final, alargábase, sobrepasando esas sábanas muertas, otra cordillera única, ondulada, quebradiza, parpadeando en rojo y anaranjado sobre nubes estagnadas.

—Me parece — le dije — que hay algo de artificial en todo esto, Pibesa. ¿No lo crees? La noche allí no avanza. (Cierto que nosotros tampoco). La tarde sigue. (Cierto que nosotros también). El sol no se va para aquel final de cordillera. (Cierto que nosotros aquí estamos y no nos vamos). ¿Pero hasta qué punto esto puede ser una explicación? ¡Presiento algo de artificial en todo esto, Pibesa mía!

Ella me dijo:

—Vamos.

No sé si lo dijo por prudencia o por conjugarme el verbo ir. Dió media vuelta y empezó a andar. Entonces fuí golpeado por una excitación desenfrenada. Corrí hacia ella. Con el brazo izquierdo la cogí por atrás rodeándole la cintura; con la mano derecha le levanté sus faldas de seda gris perla. Y como ella se hallaba

frente a la noche, es decir de espaldas a la cordillera de fuego, este fuego vino a reflejarse sobre sus carnes que se doraron y ensangrentaron. Quise poseer su oro y su sangre de la cordillera. Pero Pibesa se esquivó, hizo resonar una risa de cascabel — ella que nunca ríe — y se escapó como una hembra de animalillo joven.

Yo siempre he corrido más que Pibesa. La alcanzo en cualquier sitio, en cualquier circunstancia. Y entonces la beso. Pibesa es ágil, es ardilla, es volantín en sí misma, en cómo desenredar y extender su vida. Mas cuando corremos, ella no halla qué hacer con tanta vida joven y yo la alcanzo, la cojo, la aprieto y la beso.

Pibesa corría después de mi intento de poseerla por su sol. Corría y reía con cascabeles, y yo, con los ojos llenos de rojo y amarillo, empecé a percatarme que era difícil, que era duro deslizar veloces los pies sobre la nieve verde. Pues casi no avanzaba. Movía las piernas con toda la velocidad posible. Mas, a pesar de ello, la tierra no resbalaba en compensación a mis esfuerzos. Y Pibesa se alejaba dando rebotes con su risa en los picachos mudos.

No sé si todos podrán darse cuenta cuán doloroso es no echar de cada zancada bastante suelo hacia los abismos de atrás. No lo sé. Sufría yo desesperadamente. Hacia atrás, por lo poco que el mundo me retrocedía; hacia adelante, por la inmensidad creciente que Pibesa desparramaba entre nosotros. Y lo que más me mortificaba, con una mortificación que me obligaba a negar al Dios Todopoderoso, era que, en este retardo pesado de mis pies, la nieve nada tenía qué hacer, nada, nada. Era un retardo amplificándose, un retardo sin causa y sin nieve.

¡Pobre Pibesa mía! En medio de la juventud de su risa debió haber percibido el punto oscuro de mi dolor al no poder lanzarme con mayor velocidad que la suya, de modo a alcanzarla, estrellarla y perforarla que-

mando mi sexo en las llamas de sus carnes, llamas robadas a la última de todas las cordilleras.

Pues Pibesa se detuvo.

Acto continuo devoré en un mínimo de instante la distancia que nos separaba. Comprendí entonces que era la velocidad de Pibesa la que detenía a la mía y no un sin sentido de mis esfuerzos ni menos uno del universo. Quedé pues en paz con cuanto existe en la creación, me doblegué en silencio y con fervor ante el Dios Todopoderoso, y a Pibesa le dije: "Pibesa, te amo".

Entonces Pibesa empezó lentamente a descender la escalera de caracol.

Nuevamente el miedo me asaltó. Podría repetirse, al ir bajando, ese error de velocidades. Mas Pibesa todo lo había previsto. Pibesa, bifurcándose, se desdobló en dos. Dos muchachas con juventud de agua, ceñidas en seda de perlas. Una de ellas giró en el caracol, no muy veloz, no, pero sí con tal regularidad, con tal constancia, con tal absoluto, que jamás, jamás habría podido yo ponerme junto a ella. La otra fué lentitud. En cada peldaño detenía la vida un segundo, alargaba un piececito de raso y luego lo rozaba en el peldaño siguiente. Así bajaba. Y al bajar tarareaba una canción ligeramente sentimental.

Hice un segundo intento con esta segunda Pibesa retardada. Volví a cogerla por atrás, a alzarle sus faldas gris perla y a ver sus carnes que, sombreadas ahora por los primeros tramos de la escalera de caracol, eran también de perlas azuladas. Entonces la poseí. Al sentirlo, volteó hacia atrás la cabeza y nos besamos, mientras la otra, lenta, muy lenta, bajaba siempre, tarareando ella ahora la canción que ésta había dejado en suspenso a causa del primer dolor y del goce que empezaba a inundarla. La poseí con los ojos cerrados, pero pronto fuí abriéndolos para tenerla con la vista también a mi Pibesa mía. Mas junto con verla me apercibí con estupor que cambiaba, se transformaba y que yo

iba teniendo con todos mis miembros a una mujer ignorada. Pero ya era demasiado tarde, ya no había fuerzas que me retuvieran y, aunque ignorada, tuve que vaciarme en esa incógnita de mi vida que Pibesa, en su alejamiento de seda, había sembrado en medio de mi persecución impotente.

Por un instante se borraron las cordilleras y los cielos y vino el silencio total. Luego un lamento mío despertó uno suyo y, al vibrar de ambos, volvieron a depositarse las cordilleras, a suspenderse el cielo y a trepar por el caracol el canto de Pibesa.

—Bajemos — me dijo la otra.

Cien pasos más abajo, Pibesa nos aguardaba y, al vernos, sonrió. No había en su sonrisa ni ironía, ni compasión, ni resentimiento, nada. Era una sonrisa sola, aislada en el mundo. Entonces seguimos los tres girando y sin hablar.

De pronto subieron hasta nuestros oídos los ecos acompasados de unos pasos robustos que con seguridad se encaramaban. Tuve un miedo instantáneo y horrible. Vi en el sonido de esos pasos que era el hombre aquél quien trepaba.

—¿Y qué? — me pregunté instintivamente como un gesto de protección ante un golpe.

Cruzó por mi recuerdo el papel de rosa, el permiso para visitar. Pero este recuerdo fué sumergido por una sensación de malestar vago. Claro está que tenía el permiso para visitar, allí lo tenía. Sin embargo, no lograba serenarme. Había algo que pesaría más en mi contra para el hombre que cualquier permiso por válido que fuese. Había algo que no estaba bien, había habido algo que no había estado bien. Esto, yo lo sentía. El iba seguramente a saberlo si es que ya no lo sabía y por eso subía. Algo malo. Y lo que más me atemorizaba y hacía de aquel momento un momento de angustia, era la vaguedad de ese mal. Debería haber pensado que todo procedía de la posesión de hace

un instante, tanto más cuanto que había sido con una mujer que no era mía. Pero no. Esa posesión no estaba ni para bien ni para mal. ¿Qué podría ella importarle a ese hombre? A mí no me importaba nada. A aquella mujer tampoco puesto que la había dejado después a lo largo de la escalera. Entonces a él, ¿qué?

Era el total lo que no estaba bien, lo que estaba algo descentrado o que echaba un hálito — aunque muy tenue, es cierto — de próxima descomposición, en todo caso de pronta decrepitud. Sobre todo el hecho de la existencia de esa cordillera que dejábamos arriba, atrás. Todo ello no estaba en el punto justo en que todo puede perdonarse y a todo permitírsele seguir rodando. Mas, ¿qué culpa tenía yo en tales cosas? Una lógica rigurosa me responderia: ninguna. Pero una lógica menos rigurosa no podría pasar por alto el hecho de la simultaneidad de existencia — aunque sólo fuese en este momento actual en que yo vivo — entre la cordillera, el cielo, la escalera, Pibesa, la otra y yo. Nadie querría entonces ponerse a distribuir faltas y responsabilidades y absolverme al final. Me dirían simplemente:

—Si usted para nada está en todo esto, ¿cómo es que está justamente en todo esto?

Y la verdad era que los pasos del hombre subiendo se acercaban.

Vi la punta de la copa de su gran sombrero mejicano girar a mis pies y desaparecer aproximándose. Tuve apenas tiempo para coger a Pibesa de un brazo y echarla hacia atrás. Quedamos entre dos pilares. Si al hombre no se le ocurriese mirar a su derecha, estaríamos libres. Si no, nos vería y, al vernos, su sorpresa estaría a la altura de su furor. La otra quedó frente a nosotros, en medio de la escalera, inmóvil.

Y apareció el hombre. Con el mismo gesto que yo un momento antes había cogido a Pibesa, éste cogió del brazo a la otra y bruscamente la encajó por una estre-

cha galería que arrancaba de la escalera atravesando su eje y perdiéndose en las sombras. Ambos desaparecieron.

Entonces a media voz le dije a Pibesa:

—¡Huyamos!

Y empezamos a desmoronarnos caracol abajo. El eco de nuestros pasos precipitados debió oírse hasta en el más lejano rincón, pues, acto continuo, llegó a nosotros una voz potente:

—¡Ah, ah! ¿Eran ustedes? ¡Aguarden!

Y sentimos cómo ese hombre, a su vez, se dejaba desmoronar.

Ya he dicho que yo siempre he corrido más que Pibesa. Ahora, por cada vuelta completa que ella daba al caracol, yo daba por lo menos dos, de modo que al llegar ella al pie de la escalera, yo había ya salvado todo el largo corredor y doblaba por el zaguán precipitándome sobre la puerta para abrirla. Solté primero una cadena, quité luego dos cerrojos e iba ya a coger la llave, cuando en el corredor mismo sonó una detonación. Procedí entonces con mayor presteza. Aún no se había perdido totalmente el retumbo del balazo, que ya abría la puerta de par en par y volvía a ver la calma color café de las calles de mi ciudad. Llamé entonces a Pibesa:

—¡Pibesa! ¡Pibesa! ¡Valor! ¡Estamos salvos!

Aguardé temblando. Nada. Nadie. Silencio.

De pronto apareció Pibesa en la esquina del zaguán.

Marchaba con majestuosa lentitud y en su rostro se había fijado una meditación indiferente. Su mano derecha se balanceaba como un péndulo al compás de su marcha tranquila. Su mano izquierda la apoyaba en la cintura.

Al llegar junto a mí, me alargó esta mano. Destilaba de ella la sangre. Luego vi que desde la cintura, desde el punto exacto en que antes la apoyaba, empe-

zaba todo su talle a teñirse de rojo, rápidamente hacia arriba como un vaso que se llena; hacia abajo como un vaso que se desparrama. Así el rojo de su sangre iba tragando el gris perla de sus sedas.

Esperé un momento. Nada. Pensé que la sangre se habría estancado y que su misión era sólo empapar el traje de Pibesa, pues su cuello no se teñía, el beige de sus medias seguía inmaculado y el negro de sus zapatitos quedaba negro como dos carbones empinados. Mas súbitamente sus dos tacones, nada más que sus dos tacones, se inyectaron, se hicieron escarlatas y al caer el color hasta el suelo, la tierra misma alrededor de ambas bases, en pequeñito espacio, enrojeció ligeramente. Entonces comprendí que el mal corría por dentro.

Lleno de indignación empecé a gritar cuanto podía para amotinar al pueblo en contra del miserable que había hecho fuego en contra de Pibesa, hiriéndola y ensangrentándola. Estábamos ahora en medio de la calle. De todas las puertas vecinas acudían hombres, mujeres y niños. Hasta un anciano vi en la multitud. Gritaba yo:

—¡El hombre de allí ha querido asesinarla! ¡El hombre de allí, de allí!

Y mostraba la puerta que quedaba abierta.

Pude percatarme que la indignación iba apoderándose de toda aquella gente. Producían un rumor sordo que crecía, y casi sin mover los pies, arrastrándose, iban sitiando el hueco oscuro de la puerta. Pero cuando ya no estaban más que a dos o tres metros de él, plantóse sobre el umbral, con gran asombro de mi parte, el hombre aquél, brotado contra el vacío negro.

¡Yo que le creía huyendo caracol arriba para escapar al inevitable castigo por su acto ignominioso...! No. Estaba allí, de pie sobre el umbral. Llevaba ahora un pequeño sombrero hongo, pero conservaba siempre sus altas botas de montar. No miró a nadie. Desde un principio, lentamente, me miró a mí.

"Le van a descuartizar" — pensé.

Grité:

—¡Helo ahí al miserable!

Todos le miraban con ojos enfurecidos, las manos crispadas, listos a saltarle a la garganta.

—¡El es! — volví a gritar.

El me miraba siempre. Mas los otros no avanzaban. Esperaban acaso un gesto suyo que les provocase más directamente. La herida de Pibesa no era directa para ellos; lo era tan sólo para mí. La herida de Pibesa les era una herida abstracta, una noción de herida que encolerizaba, por cierto, pero que permanecía flotando en torno sin clavárseles en los músculos. Así pensaba yo. El otro seguía inmóvil y me miraba. Yo gritaba siempre, azuzaba, el índice alargado recto hacia él. La gente vacilaba y, poco a poco, la crispación de las manos se les fué soltando. Entonces, ante la persistencia de su mirada, lentamente volvieron sus rostros hacia mí y todos esos ojos me interrogaron. Hice un esfuerzo y grité:

—¡Asesino!

Con igual lentitud todas las cabezas giraron siguiendo la trayectoria de mi grito, y las miradas, otra vez, se posaron sobre él. Pero vi que la furia no persistía en ellas. Era reemplazada por una interrogación atónita. Y como el otro no se movió, no parpadeó, no respiró, por segunda vez los mil ojos lo desertaron y vinieron a unirse a los suyos para caer y atajar en mis labios mismos un segundo insulto hacia el miserable.

En aquella gente debe haber empezado a abrirse paso la siniestra idea — para mí — de que si toda la culpa estuviese radicada únicamente en aquel hombre, aquel hombre algo más haría que quedar allí inmóvil, mudo, mirándome con un reproche creciente. Entonces quise, agitando desesperadamente los brazos, formular una tercera imprecación, ya que la segunda había rodado hasta mis pies sin ser oída por nadie, salvo

por todo lo largo de mi cuerpo. Pero sentí que había perdido terreno, que en alguna parte, una parte remota, ignota, ese hombre tenía por lo menos cierta razón y que el populacho de instinto la reconocía.

Una vaga culpabilidad me hizo palidecer. Ninguna imprecación se oyó. Sólo mis ojos lanzaron una mirada de tal angustia que todos, una vez más, se volvieron hacia el hombre, curiosos de ver su efecto sobre él.

Le miraron todos, yo también y esperamos. Entonces él hizo su primer movimiento: con calma fría echó mano atrás, cogió su revólver y con más calma aún fué dirigiendo, de abajo hacia arriba, el cañón sobre mí. Todos siguieron el arma y me miraron para verme caer. Sentí en ese instante que la sangre se me filtraba por la piel. Era una sangre verde como la parte muerta de la cordillera que acabábamos de visitar, como las carnes de la otra al ser ensombrecidas por la escalera de caracol. Y la última esperanza, que la sentía anidada en el extremo de la cabeza, vi que se me escapaba, me abandonaba, volando como un pájaro asustado.

Pero justo entonces, avanzando con seguridad, ambos pulgares en el cinturón, un guardia se presentó. Se detuvo al centro. Primeramente consideró al hombre con su arma siempre dirigida en mi contra y, alargándole su diestra con la palma abierta, le expresó: "¡alto ahí!" Luego nos consideró a Pibesa y a mí, y con la otra mano, como quien barre basura, nos indicó que nos alejásemos cuanto antes. El hombre obedeció, bajó su revólver, lo guardó, dió un profundo suspiro, giró sobre sus talones y se alejó puerta adentro. Nosotros hicimos otro tanto. Pibesa y yo resbalamos por las calles, presurosos. El gentío empezó a fundirse. Y el guardia se marchó.

—Pibesa — le dije entonces—, toda la razón estaba de parte nuestra. Por eso mismo huyamos, que nunca más ninguna de esas gentes nos vuelvan a ver, que pueden de un balazo, de un mirar de sus ojos quie-

tos, deshacer todas las razones por justas que ellas sean.

Al cabo de una hora pasábamos al frente de mi casa. Dejé a Pibesa, entré y corrí al subsuelo. El subsuelo de mi casa tiene una ventanita al ras de la acera. Me precipité a ella para ver pasar los pasos de Pibesa.

Pasaron.

Vi sus medias beiges, sus pies de raso y sus dos taconcitos agudos, bañados en sangre escarlata.

DOS SITIOS

EL HOTEL MAC QUICE

Dejamos nuestra habitación, mi mujer y yo, a eso del atardecer. De nuestra habitación pasamos por un corredor angosto a la galería larga, ancha y alta. Esta galería era sobre todo larga. Su final era dudoso. Era principalmente de color ocre amarillo. Las columnas de mármol, a mitad embutidas en los muros, eran de un ocre ligeramente más claro. Los paños de muros entre ellas eran casi pardos, bordeados de una franja de oro seguida por otra, ya junto a las columnas, de un tono chocolate. En el techo predominaba el oro, pero un oro viejo, viejísimo. La alfombra era de color tabaco. De cuando en cuando, sea a derecha o sea a izquierda, colgaba de los muros un trapo granate. Una sola vez, un trapo verde esmeralda. El total de todo lo descrito era, como he dicho, ocre amarillo.

Pero volvamos a la alfombra. Era, repito, de color tabaco. Olvidaba decir de tabaco claro. No era esto lo más característico que tenía. Lo más característico era, sin duda, su espesor. Por cierto que no se le podía medir, pues llegaba, la alfombra, por ambos lados, hasta la base de los muros. Pero se le adivinaba por su blandura y, sobre todo, por su total silencio.

Tanto mi mujer como yo y como también el botones que nos precedía con nuestras valijas, al avanzar sobre ella, tomamos un ritmo de péndulo muy lento. Otro olvido: el botones vestía de color guinda, mi mujer de color lana de carnero y yo de color de cocodrilo muerto hace días. Mi sombrero era de un tono de extracto de malta, el de mi mujer de un tono de algodón

quemado y el del botones de un tono de papel humedecido en agua salada.

Pero volvamos a nuestro modo de andar. Ya que lo comparé con el movimiento de un péndulo, debo advertir que este péndulo se movería, con relación a nuestros cuerpos, de atrás hacia adelante, es decir en el sentido de nuestra marcha, de ningún modo de un lado hacia otro, de ningún modo un balance, en fin, de ningún modo como un ave que se aleja por las piedras.

Si se toma bien en cuenta lo dicho anteriormente, este movimiento podría compararse, aunque de lejos, y, repito, sin olvidar lo anterior, al movimiento que toman los actores italianos en sus óperas mediocres, sobre todo, cuando visten a la usanza del siglo XV, y, más aún, si llevan cada media de color diferente y una de ellas rayada a lo largo de negro y amarillo. Los camellos también, pero a veces solamente, si no llueve y es algo tarde.

Otra particularidad de nuestra marcha por la galería: en todas las marchas de mi vida he sentido con nitidez blanca que soy yo quien avanzo y que es inmóvil aquello sobre lo cual avanzo. Esta vez — junto con sentir siempre mi avance — sentía que la galería se movía a su vez y naturalmente — en sentido contrario. Esto facilitaba nuestra marcha aunque ni por un momento la aceleró. Esto, además, me hizo recordar algunas cintas cinematográficas tomadas, por ejemplo, desde la cabeza de un tren: los rieles se precipitan con el paisaje encima y uno queda quieto en su butaca, quieto como la Tierra, como el Sol, cuando la Tierra es la que se mueve. Y esto último a nadie se lo comuniqué, ni a mi mujer ni al botones ni a ningún ser que hubiésemos podido cruzar. Quedó como secreto. Un secreto que se balanceó ligeramente dentro de mí en sentido inverso a mi propio balanceo, de modo que, regularmente, me golpeó una vez el pecho, otra la espalda, por dentro ambas, se entiende. Contra el pe-

cho era sonido de dardos quebrándose; contra la espalda, de labios carnosos, húmedos, pegados con saliva y sangre.

Llegamos al pupitre del conserje. Aquí la galería se ensanchaba en el costado del pupitre, es decir a nuestra derecha. Allí se formaba un nicho grande, tan grande como para dar cabida a veinte y acaso a treinta conserjes. Mas no había más que uno. Bajo sus bigotes de ceniza, su librea era de color sangre de toro coagulada. Corrían por ella hilos de oro líquido con antenas movibles. El conserje no prestaba a ellas ninguna atención. No es de extrañarse pues — olvidé advertirlo — eran las antenas extremadamente finas y no más largas que las de un *calluctidonum stridensis,* sobre todo cuando bajo guirnaldas de codornices que las velan, duerme, desplegadas sus alas de cristal. Este cristal es opaco, entre semen y lava ya por detenerse. Igual tono se hacía en las vidrieras del nicho. Porque todo el fondo del nicho llevaba vidrieras. Quedaban en los sitios que en la galería ocupaban los paños de muro entre las columnas semi embutidas. Su luz golpeaba al conserje por toda su mitad posterior. Por lo tanto, lo que he dicho respecto a su librea, es válido únicamente para su parte anterior, que era, por lo demás, la que nosotros veíamos. Pero, aunque no nos detuvimos, pude saber — acaso más prudente sea decir suponer — cuál era el color allí atrás. Al pasar nosotros, el conserje inclinó la cabeza de modo que lo alto de su gorra, que durante largo rato había recibido la luz de las vidrieras, vino a quedar en el campo de nuestra visión. Por un segundo conservó aún el color tanto rato recibido. Era color telaraña de arañas viscosas de vientre púrpura. Como si una mano cogiese un hilo y tirara hacia arriba, se esfumó resbalando este color. Y quedó la gorra tal cual la librea, sangre de toro coagulada.

Pasamos, el conserje y nosotros. Pasó el conserje hasta la succión completa en el glauco de su nicho. Las

vidrieras se apagaron. Entonces el único trapo verde esmeralda colocó sus reflejos sobre cada uno de los cristales vacíos.

Nuestro balance aumentó en amplitud y suavidad.

Apareció — siempre a nuestra derecha — una puerta atravesada por una flecha de metal. Dóciles a su indicación, dejamos la galería tras botones y valijas. Y entramos a una vasta plaza de goma. Algunos árboles a medio morir oscurecían el enorme silencio hueco de aquel sitio. Ante de seguir diré: el tono de los árboles era aceituna, por sí solo; al estar allí, se rayaba de visos de ébano amargo.

Más o menos por el centro de la plaza nos detuvimos. El botones puso por tierra nuestras valijas que formaron una especie de monolito alto como mi mujer. Cueros de camello, de ciervo, reno, cobra, lagarto, sapo de la India, leopardo y lince, se acurrucaron envolviéndose en sí mismos y nos esperaron a mi mujer y a mí mientras el botones desaparecía. Miré entonces la fachada del edificio que acabábamos de abandonar, del gran hotel Mac Quice.

Sus paredes eran de nubes sucias. Donde las nubes son agua y va a llover, había algo rojizo, cobre enmohecido. He visto las flores de la pavlona con un poco de sol contra un cielo azul. Hay que mirarlas largo rato y luego aburrirse sin fumar. Ese era el color de las paredes del hotel Mac Quice.

El suelo de la calle era como un tronco de jacarandá tendido, no redondo, sino plano. Los pasos sobre él resonaban como la tos mía de noche a oscuras, cuando, para ahogarla, me cubro la boca con mi gran pañuelo de seda fresa ribeteado de gris acero y con un losange amarillo al centro, me lo cubro para que mi mujer no se despierte. Pues yo siempre velo por el sueño de mi mujer y siempre he velado por él. Sin ello, no habría logrado mi mujer ni una noche de perfecta paz, ya que ni una sola, desde que tengo memoria, he deja-

do de toser, súbitamente, arrancándome del sueño. Porque sueño. Cada noche empiezo a hilvanar el mismo sueño de la misma gacela que viene a mí, viene, y va ya a balar en mi sexo, cuando es la gacela una mujer que no identifico. Un instante más y voy a identificarla y me vuelve la esperanza de poder, en adelante, gobernar de otro modo mis pasos en la vigilia. Mas la mujer grita, un acceso de tos me coge la garganta y despierto. Entonces mi pañuelo fresa, acero y amarillo, ahonda, ahueca el eco de la tos, y retumba por la alcoba, quedamente, un ritmo sordo de pasos por una calle de tronco de jacarandá. Y mi mujer puede seguir su sueño.

Así es la calle y la plaza toda en donde ahora estamos. Y allí enfrente, la masa de los muros con sus mil ventanas. Sobre lo alto de una hilera de ellas, léese en oro gastado y verde: "Hotel Mac Quice".

Un sentimiento de malestar empezó a invadirme. Luego este sentimiento, lentamente, se fué transformando en un pensamiento que me ocupó entero: empecé a pensar — con dificultad, sí — que de seguro, al abandonar nuestra habitación, algo, por lo menos algo, habíamos dejado olvidado en ella. Algo, indiscutiblemente. Vale decir, imposibilidad de seguir adelante sin antes verificar y recobrar.

—Un momento — dije.

Crucé los palos de jacarandá y penetré al hotel por una puertecita lateral que, dejándome casi enfrente a la habitación, me ahorró todo el largo paso por la galería de felpa.

Abrí la puerta, entré, miré. En efecto, habíamos olvidado:

Mi cepillo de dientes de carey color de naranjada artificial y más aún de jalea de extracto de naranja, ¾; de caki, ¼; como las preparadas por mi madre hace veinte años para festejar cualquier éxito de la familia. En el mango de mi cepillo se lee: *Garantie*. Siempre, antes de usarlo, aplicaba este mango contra el ojo

izquierdo y miraba a través de él. Toda la vida, hacia el pasado como hacia el futuro, era de jalea con tendencia a derretirse y por la boca sabía, entonces, a susurro de naranjas acres. Todas las mañanas me confirmaba, me prometía comprar por la tarde un cepillo con mango de carey verdoso para que la vida fuese un aroma de manzanas crujiendo. En fin, no se trata de esto. Se trata de que habíamos olvidado mi cepillo de dientes. Habíamos olvidado también un par de zapatos de gamuza blanca que mi mujer llevaba mañana por medio; nuestra máquina fotográfica Voigtlander, 6×9; mi sombrero de paja; el jabón para el baño; tres sostenenos de mi mujer, dos de ellos rosados, el otro huevo de pato. Este último llevaba un agujero en el sitio del pezón derecho. No era razón para olvidarlo. Además habíamos olvidado su bata, de seda negra por fuera, de franela blanquecina por el interior, con dos manchitas de tinta cerca del cuello y una muy dudosa, mucho, tanto, que varias veces nos había ocasionado acaloradas discusiones, manchitas en forma casi perfectamente redonda, de tono gris pardo y que se hallaba, estando la bata bien cerrada y mi mujer de pie, inmóvil al centro de la habitación, sus ojos contemplándome — ¡oh, mujer!—, se hallaba, digo, justo a dos centímetros sobre la cicatriz de su apendicitis. Habíamos olvidado todas mis corbatas sin excepción alguna (excepto, se entiende, la que llevaba y que — olvidé decirlo al describir mi indumentaria — era de color de pergamino limpiado en partes, por lo tanto admirablemente armonizador con mi traje y más aún con mi sombrero). Pero todas las demás, ¡olvidadas! Y hay que ver que eran tres docenas y media. Habíamos olvidado mi reloj pulsera, Longines; un tubo de aspirina; mi smoking de paño inglés, hecho donde Simos, $ 1.750; una cajita de roble americano con tapa de laca china, conteniendo cuatro condones sin uso, marca "Safety Brothers Ltd.", hechos de tímpanos de palomas y yendo, la docena entera,

del más fino cerúleo al más bronco azul de Prusia. También, nuestro fonógrafo portátil "Decca", con dos discos de cantejondo, uno del Angelillo y otro de la Niña de los Peines; con tres discos de ópera italiana: *Rigoletto, Mefistófeles y Pagliacci;* y con un disco con la *Carmagnole* por un lado y la *Internacional* por el otro. También un cenicero réclame *"Cordon Vert-Champagne Demi-Sec Reims"*. Un prendedor de corbata que el día antes habíamos comprado para llevarlo de regalo a mi tío Diego y que era hecho con una cereza petrificada engastada en una garra de platino. Habíamos olvidado un paquete con comestibles que mi mujer había preparado cuidadosamente. Contenía ocho sandwichs que deberíamos comer simultáneamente, ella y yo, en cuatro tiempos: los dos primeros eran de queso de cabra silvestre y deberíamos haberlos tragado mientras, como péndulos, avanzábamos por la galería ocre sobre el silencio de la alfombra. Los dos siguientes serían comidos en la plaza, frente al hotel; eran de tiburón ahumado. Los otros dos, una hora después, ya al hallarnos en plena campiña dorada; eran de labios de lobo. Por fin, los dos últimos, hechos de patitas de ruiseñores, serían consumidos junto con traspasar el umbral de la habitación que nos esperaba para cobijar nuestro próximo amor, nuestro mutuo sueño, mi gacela no identificada, mi tos de jacarandá y su dormir piadoso. También lo habíamos olvidado, el paquetito. Habíamos olvidado además a nuestra gatita de diez meses, Katinka. Apenas me vió llegar y mirar atónito tanto olvido, vino regalona a restregarse en mis pantalones. Y además habíamos olvidado mi bastón de palo de *latrodectus formidabilis;* el cortapapel; siete paquetes de tabaco habano; un ramo de azaleas, ofrenda del propietario del hotel; el irrigador de mi mujer; las notas para mi próxima novela; una invitación para visitar la exposición vitivinícola; y mis zapatillas de noche de piel de tarántulas con dibujitos al óleo representando varias escenas

de la pasión y muerte de N. S. Jesucristo. Y habíamos olvidado a mi hermana María que, como si nada hubiese acontecido, seguía en su lecho durmiendo suavemente, bajo las sábanas de espumilla, en su pijama de papel sedoso. Dormía María con una inocencia infinita y, de seguro, cruzaba por hermosos sueños, porque junto a ella, alrededor de todo el lecho y mientras las comisuras de sus labios temblaban, se esparcía un vago perfume de ágata recalentada.

Todo eso habíamos olvidado.

No me sentí con fuerzas para recoger tanta cosa, sobre todo porque me asaltó la idea que, a medida que fuese recogiendo, nuevos olvidos se irían presentando a mi vista. Y bien podría ser que fuese asunto de nunca terminar. Así es que, sin más, saludé con la mano, pensé: "¡Allá todo ello!", y, por la misma puertecita lateral, volví a la plaza.

Mi mujer se había marchado.

Mi mujer se había marchado con todas las valijas. No había dejado ni una sola, ni siquiera una, como indicadora del sitio en que, un segundo antes, habíamos estado juntos, unidos y mudos.

Se había marchado.

Me senté en un banco de madera suave, siempre frente a los muros del hotel. El color de las maderas del banco era entre hueso de palta y greda cocida. Mirando fijamente las letras del hotel, este color se rayaba, por rapidísimos instantes, de un azul calavera.

No había nadie en la plaza ni en ninguna de las calles que abocaban a ella.

Esperé media hora. Nadie. Esperé una hora. Nadie. A la hora y 17 minutos de estar sentado en el banco, pasó un hombre. Vestía de negro, las manos en los bolsillos de su gabán, el sombrero hundido en la cabeza. Se envolvía el cuello con una bufanda negra también, pero con algunos hilos de plata gris. Pasó rápidamente, a pasos menudos. Ese hombre, indudable-

mente, sabía adónde iba. Resumió en su gabán, en su sombrero enterrado, en su bufanda y en su andar precipitado, todo lo que en mí podía haber de esperanza. Así es que lo seguí. Mediaba entre nosotros un trecho de unos 5 a 6 metros. No más.

Entró por una callejuela, se engolfó por otra y otra más, siempre con rapidez.

Las calles aquí no eran como las de nuestras ciudades regulares en que, para pasar de una a otra, hay que doblar en 90 grados a riesgo de seguir indefinidamente por la misma. Aquí eran calles y callejuelas tortuosas y enredadas, de modo que el hombre en cuestión — aunque saliendo de unas para precipitarse en otras — siempre conservaba una dirección única, siempre hacia allá, hacia el este. Del punto de su objetivo, no creo que se desviase nunca más de 15 o 20 grados. Obvio advertir que luego los corregía aprovechándose de la topografía de la ciudad, y, si del otro lado volvía a desviarse otro tanto, luego también hallaba medio de enfrentar su meta hacia el este.

Estas calles y callejuelas no tenían color porque yo miraba únicamente a mi hombre adelante. Es evidente que si en ellas hubiese habido de pronto algún color vibrante — un verde esmeralda, por ejemplo, como el del trapo de la galería; o un escarlata, o un anaranjado, etc.—, mi vista lo habría registrado y, al registrarlo, lo habría enfocado y, al enfocarlo, habría notado que calles y callejuelas tenían, como todo, color. Pero no hubo nada vibrante. Así es que la única concesión que puedo hacer es que todo aquello era grisáceo o ceniciento. Más, no.

Marchamos así mucho tiempo. Al fin, una claridad no muy distante me anunció que nos acercábamos a un espacio más amplio que este dédalo de casas amontonadas. En efecto, pasos más allá, entrábamos a una plaza con algunos árboles en vías de morir. El hombre se sentó en un banco. Yo me senté a su lado, pero

no junto a él. Como el banco era bastante largo, dejé que entre nosotros mediara un par de metros. Al frente teníamos un gran edificio con mil ventanas. Allí se leía en grandes letras de oro gastado y verde: "Hotel Mac Quice".

Naturalmente, al leer esas letras, juzgué que me era necesario un poco de orden en mis ideas y sobre todo en mis hechos, pues esto estaba completamente fuera de todos mis hábitos.

Me revolqué entre varias suposiciones turbias, hasta que una luz — algo dudosa, algo opaca — brilló en mi mente: el hombre, aprovechándose de la tortuosidad de la ciudad, no había marchado siempre hacia el este, sino que — sin que yo lo advirtiese — había hecho un gran rodeo y había vuelto a la plaza por la calle opuesta a la que había tomado al salir de ella.

Después de un corto reposo, el hombre se levantó y siguió su marcha. Tomó el mismo camino que la vez precedente. Yo me coloqué a 6 metros de él y, ¡adelante!

Por si la cosa se repetía, tomé de inmediato mis precauciones. Justo encima de nuestra marcha parpadeaba una estrella desteñida. La fijé con detención. No había medio de confundirla. Abajo, formándole triángulo, palidecían dos otras; arriba, algo a la derecha, una cuarta vagamente rojiza. Y, por lo demás, eran ellas cuatro las únicas que brillaban, al menos en todo ese sector del cielo. ¿Con qué confundirlas? Para mayor precaución consulté mi pequeña brújula: ¡Bien! Norte a mi izquierda, sur hacia el hotel, oeste perforándome el vientre, este tras el hombre bajo las cuatro estrellas. Así, pues, ¡adelante!

Marchamos, marchamos, marchamos. Mis ojos iban del hombre a las estrellas, de las estrellas a la brújula, de la brújula al hombre. Las callejuelas se retorcían un poco de cuando en cuando. Si el hombre caía hacia la derecha, las estrellas, para compensar, caían como un

mástil, en la misma magnitud, hacia la izquierda. Y para que todo quedase cual es la voluntad del Sumo Hacedor o sus cardenales, mi aguja, desde su esfera, me rozaba la tetilla del corazón.

Luego el hombre corregía. Las estrellas se suspendían sobre nosotros y la aguja se me alejaba perpendicular a mi costado izquierdo. Y cuando el hombre tumbaba al otro lado, lo primero se repetía hacia la derecha, acompasadamente, titilando allá arriba las cuatro minúsculas luces contra el cielo.

Marchamos sin variar rumbo. Marchamos hacia el este. Hasta que después de larga marcha, llegamos a la claridad de una plaza grande. Arboles semivivos, bancos largos, jacarandá. Al frente gruesas letras: "Hotel Mac Quice".

El orden puesto a mis ideas la vez anterior, se deshacía. Pensar que las estrellas se moverían según nuestra marcha, habría sido absurdo. Otro tanto para la aguja de la brújula. Era menester otra explicación. Cualquiera otra, con tal que fuese otra.

No encontré más que una. Héla aquí:

Un nuevo concepto de la estética urbana.

¿Por qué no? Yo, por mi parte, siempre había soñado con distribuir de otro modo centros y grandes edificios de una ciudad y, por ende, las arterias que los unirían. En mis sueños las ciudades se redondeaban; su plano llegaba a ser una gran filigrana redonda. Pues bien, la idea realizada aquí podía ser diferente, al menos en lo que yo hasta ahora había apreciado. Una idea larga y, en esta longitud, a distancias regulares, poner los grandes hoteles de la ciudad. Para mayor armonía, todos estos hoteles serían iguales e iguales también las plazas que los enfrentaban. Para llevar la armonía a su máximo, se llamarían todos de igual modo: "Mac Quice". ¿Por qué no? Otra explicación no me venía. Y el hombre se puso en marcha nuevamente.

Callejuelas sin color, estrellas, brújula. El hombre

entró a una plaza, se detuvo y se sentó. Yo entré tras él y, como él, me detuve y me senté. Al frente se leía: "Hotel Mac Quice".

Vaciló mi concepto sobre una nueva estética urbana.

Siguió el hombre. Otra plaza. "Hotel Mac Quice".

Vaciló mi concepto sobre una nueva estética urbana.

"Hotel Mac Quice".

Vacila, vacila el concepto.

"Hotel Mac Quice".

"Hotel Mac Quice".

No era posible semejante concepto sobre la estética urbana.

Lo que tres veces repetido resultaba magnífico—al menos para mi gusto—, repetido así, diez, quince y veinte veces, resultaba de un absurdo intolerable.

Bien. Por eso los hombres no repiten, no prolongan nada, más allá de ciertos límites harto restringidos. Lo más sólido que tengan, prolongado se les vuelve absurdo. No lo hacen, no. Así es que aquí tampoco lo hacen, tampoco lo han podido hacer.

Me era necesario encontrar otra explicación. Héla aquí:

Lo que ocurre es que, entre plaza y plaza, entre hotel y hotel, damos una vuelta al mundo, ni más ni menos.

No hay sobre la Tierra más que una sola plaza con árboles muriendo y con ecos de jacarandá. No hay sobre la Tierra más que un solo "Hotel Mac Quice".

Es la solución.

El hombre ha tomado asiento por la quincuagésima quinta vez. Quincuagésima quinta... Es tiempo, lo es sobradamente, de cerciorarse en definitiva de lo que ocurre. Pues podría ser que hubiese aún otra solución. Está ello dentro de las posibilidades. Es tiempo — en

vez de seguir en devaneos — de ir recto al conocimiento de tal solución, si existe. Es decir, preguntárselo al hombre.

Dos metros entre nosotros. Suavemente resbalo hacia él. Entre nosotros, no más de medio metro. Entablemos conversación.

Pensé ante todo en el color que ella tendría. Recogí en mi cerebro cuantos datos alcancé: sitio, hora, circunstancias, etc. El color que tendría nuestra conversación sería el del agua pura en un vaso de cristal azulado, cayendo cerca de él un último rayo de sol de naranjas y siendo todo alrededor aire encerrado de piedras.

Este u otro, no podría, sin embargo, romper el silencio diciéndole al amigo:

—Caballero, hablemos y, si hablamos, cuanto digamos... — y lo demás ya anotado.

Preferible dejar de lado lo que se refiriese al color e ir, directamente, al asunto por conversar.

Pero aquí la elección se me presentó erizada de dificultades. Era menester algo no muy ajeno en la historia; para ese hombre, sin duda, a medida que los hechos se alejaban por la historia, se cubrían de indiferencia. Algo de palpitante actualidad...; siempre la palpitante actualidad puede presentar un lado dudoso, sospechoso; puede ser para enredarle a uno, para acarrearle un compromiso. Y luego...

El hombre se levantó y se marchó por la misma callejuela. Marchamos. Llegamos a una plaza de goma; nuestros pasos resonaron como palos de jacarandá; sobre muros de nubes sucias y flores de pavlona se leía: "Hotel Mac Quice".

Asiento.

Algo de mi vida privada, de mis luchas y sinsabores: la desaparición de mi mujer o las mil cosas olvidadas en la habitación del hotel. ¿Allí? Seguramente. Porque no hay más que un Hotel Mac Quice en todo el

globo terrestre. Pero es el caso que un hombre que, de buenas a primeras, prorrumpe con su vida privada, hace lujo de una mediocridad, de una debilidad vergonzosa. Y excusado decir que a un hombre así no es posible darle datos, proporcionarle conocimientos sobre asunto tan complejo y sobre todo tan hondo como era el que me ocupaba y atormentaba.

Se puede hablar del tiempo, de los tonos callados que envuelven plazas, hoteles, ciudades enteras. Pero el hombre pensaría: "Este sujeto me ha seguido durante cincuenta y seis plazas para, al final, hablarme de tales cosas... ¡Un imbécil, a no dudarlo!"

¡Cincuenta y siete!

¿Y hablar, hablar, no más, cualquier cosa? Cualquier cosa, al ser hablada, no se ubica en la historia, es permanente. Cualquier cosa no atañe la vida privada, flota encima de los hombres, sin penetrarles en la médula. ¡Ah!, mas ahora pienso que todo puede ser cualquier cosa, según el rostro del que lo enuncie y del rostro del que lo escucha. Y yo no puedo asegurar nada sobre mi rostro una vez ya algo enunciado, una vez que lo enunciado lo vea alejarse de mis labios y, más aún, si es color de agua pura, vaso de cristales azulados, sol de naranjas, aire de piedra. ¡Qué decir si me es posible responder del rostro de otro ser al recibir tales cosas!

¡Cincuenta y ocho!

Mas lo que se habla siempre, lo que habla todo el mundo, espontáneamente. Cuando se habla, se habla, se habla...

¡Cincuenta y nueve!

Toser, revolver el cerebro, oir el país entero en su hablar y enredarse en su engranaje de lenguas. ¡Vamos! ¡Prisa!

¡¡Sesenta!!

¡Habla, habla, habla...! ¡Venga!

—Caballero... — empecé. Tos. Pasó en un re-

lámpago mi gran pañuelo fresa, acero y oro. La gacela. Su sueño.

—Caballero... — El mundo ya me era un caos.

—Caballero, ¿qué piensa usted de Marcel Proust?

Al oir mi pregunta, su corbata palideció.

Ahora se va por la misma callejuela. Yo me agarro, me arraigo al banco hueso de plata y greda cocida. Hundo las uñas. A medida que el amigo se aleja siento que del pecho, a través de la ropa, me chupan.

Desapareció. Vuélveme el pecho.

¿Y si ahora yo solo partiese en un sentido diferente?

A pasos lentos, volviéndole la espalda a las paredes del hotel, me alejé. Pasé bajo los árboles semi muertos. Bajo ellos los visos de ébano amargo que los rayaban, eran pardos de Siena rayados a su vez de tiza gris.

Seguí. Las callejuelas por donde anduve, tenían mucho de esta tiza. Una vez, de un balcón, colgó un trapo oriental color damasco. Otra vez, de otro balcón, cayó una orquídea.

De pronto, entre tres o cuatro casas, se abrió una plazoleta. Al centro silbaba un chorro de agua. Al fondo, un pequeño hotel. Sus muros blanquecinos se chorreaban de una pátina piel de puma. En viejas letras de plomo se leía: "Hotel O'Connor".

Sus ventanas eran de un verde veronés extremadamente brillante. Una de ellas se abrió de par en par. Su hueco era tono de fondo de cuba granate. Sobre este fondo y ribeteada por el verde brillante, apareció y se encuadró mi mujer. Al verme, agitó un pañuelo de

violetas frías. Yo contesté con una mano de pergamino añejo.

Subí. Visité, una tras otra, las catorce piezas del hotel. Entreabría cada puerta, alargaba el cuello y proyectaba dentro la cabeza. Volvía la cabeza sin haber percibido a nadie. Unicamente, las piezas mismas. Las piezas —- que de fuera eran fondo de cuba granate— eran por dentro de tinta espesa. Al frente de cada ventana era un rectángulo de cadmium limón, en sus tres cuartos superiores. El cuarto inferior, al ser la techumbre de los edificios vecinos, era, sobre ese cadmium, lila fresca.

Nadie. Salvo en una pieza un anciano envuelto en una bata terrosa. Al verme, me lanzó un escupitazo.

Nadie más. Nada de mi mujer.

Bajé. Encuadrada en su ventana, agitó sus violetas frías.

Subí. Nadie.

Bajé. Siempre sus violetas frías.

Partí en busca del hombre. Estoy en busca de él. Sigo, sigo en su busca. En tiempos regulares paso ante la mole del "Hotel Mac Quice". Minutos después, pasa el pequeño "Hotel O'Connor" y mi mujer, desde su ventana, me saluda.

El hombre no aparece. En este momento me viene una duda, una suposición: No aparece acaso porque ha de venir tras de mí.

¿Cuestión de volver la cabeza?

Seguramente. Mas, ¿qué ganaría con saber que viene o no viene tras de mí?

"Hotel Mac Quice".

"Hotel O'Connor".

"Hotel O'Connor".

"Hotel Mac Quice".

EL FUNDO DE "LA CANTERA"

I

Para datos sobre el fundo de *La Cantera* consúltese al corredor E. Buin; oficina: 10.o piso del Banco del Pacífico, cualquier día hábil, a cualquier hora ídem. Rarísimo no encontrarlo. Apenas, en pleno verano, toma quince días de vacaciones.

Pero todo esto pertenece a otro libro, a *Miltin 34*, si mal no recuerdo.

Detalles mayores yo, por mi parte, no puedo dar. Sin embargo:

La propiedad mide 849 cuadras cuadradas, de las cuales 208 son de rico migajón y de riego natural, 33 de riego artificial, 191 de faldeos suaves aptos para crianza y 417 de cerros aprovechables en talajes de temporada. Amplias casas de habitación, casas de administración, bodegas, dos silos, 9 posesiones de inquilinos, de fierro galvanizado y 16 de fierro negro, gran galpón para lechería, hortaliza, arboleda frutal, plantaciones de álamos y eucaliptos. Deuda hipotecaria: $ 350.000.

Todo eso tiene el fundo *La Cantera*. fuera de vacunos, caballares, lanares, porcinos y aves de corral. Para mayores datos, consúltese a E. Buin.

Todo eso tiene.

Yo, al llegar a dicho fundo (abril 1.o de 1935; 6 y 20 p. m.), noté que algo más tenía: una marcada molestia.

La molestia caía por entre las hojas de los árboles

y dominaba a todos los habitantes de las casas y de los campos.

Sentí la inmediata necesidad de remediar este mal. Venía él de un comienzo de putrefacción anímica. El remedio mejor era proceder a la repetición de las más ordenadas bases sobre las que reposa nuestra vida de hombres.

Eramos tres al empezar a ocultarse el Sol: Desiderio Longotoma (hombre sesudo y sabio), Julián Ocoa (violinista distinguido) y yo.

Los tres vestíamos levita negra abotonada hasta el cuello y llevábamos chistera y guantes negros. Nos pusimos lado a lado, tocándonos con los codos.

Y partimos firmemente hacia adelante, pero separándonos paulatinamente en ángulo de 30 grados.

Frente a cada uno de nosotros — a 125 metros de distancia — había algo:

frente a Longotoma, una ruma de ladrillos;
frente a Ocoa, una escala de tijeras;
frente a mí, un peral.

Avanzamos con paso militar. Hasta llegar: Longotoma a la ruma, Ocoa a la escala, yo al peral.

¡Alto! Un solo minuto. Y trepamos al mismo tiempo.

Ya arriba, miramos la desaparición del Sol. Al desaparecer, Longotoma se descubrió y, alzando la chistera, exclamó:

—1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 — 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1.

Y se cubrió y se calló.

Entonces Ocoa hizo igual gesto y dijo:

—Do, re, mi, fa, sol, la, si, do — si, la, sol, fa, mi, re, do.

Y se cubrió y se calló.

Entonces yo, imitándolos, pronuncié:

—A, B, C, D, E, F, G — G, F, E, D, C, B, A.

Y me cubrí y me callé.

Bajamos simultáneamente y de nuevo los 125 metros en sentido inverso, acercándonos en ángulo de 30 grados hasta quedar codo a codo, de espaldas al sitio en que se había ocultado el Sol.

Oscureció. Pero quedaron algunos polvillos de sol: verdes en las hojas, ocres por el suelo, rojos en las flores. Un hombre viejo, encorvado, con una pala y una escoba los fué recogiendo. Los echó en su carretilla y se alejó con el sol quedado. Al doblar tras unos bodegones, entonces anocheció.

Anocheció con una noche de metal.

En la mente de cada uno de nosotros ardía la fe ante la vuelta del orden básico y, por ende, ante la fuga de toda molestia.

II

Noche de metal.

Hay tras las casas un parrón delimitado, de día, por una tapia de adobes.

Yo ahora visto de pantalones blancos, vestón azul oscuro y sin sombrero.

En medio del parrón me detengo. Certeza que frente a mí, a no más de veinte pasos, está.

Doy media vuelta y regreso. El, entonces, da media vuelta y se aleja.

Me detengo. Se detiene.

Media vuelta yo, media vuelta él. Avanzo, avanza. Nos acercamos. Hasta dejar entre ambos los veinte pasos. Paro, para.

Desiderio Longotoma se ha ido a su cuarto y lee: *Plutarco — "Vidas Paralelas".*

Julián Ocoa, bajo una encina, ha cogido su violín y toca: *Debussy — "Petite Suite".*

Yo miro la noche y siento la sensación siguiente: vértigo del peligro.

Llegan las notas del violín. La voz de Longotoma runrunea:

"El linaje de Catón adquirió lustre y gloria de Catón su bisabuelo..."

Porque sé que si nos acercamos un centímetro más de la distancia que aún hace de ambos, dos mundos desligados, sé que nuestras atmósferas se mezclarán y quedaremos por ellas atados.

Ocoa trina.

Longotoma:

"...pero después, habiéndose mostrado muy fiel " y muy útil a Bruto, murió con él en la batalla de Fi- " lipos."

Entonces, a mi media vuelta, no habrá correspondiente media vuelta suya, pues me seguirá. Y si escapo, me perseguirá.

Cansándome yo primero, me alcanzará por la espalda.

Doy media vuelta y regreso.

Da media vuelta y se va.

Noche de metal. Se oscurece más, lentamente, cobre viejo.

III

La hora que marcaba mi reloj en aquel momento la tengo siempre presente: las 10 en punto.

Nunca, en mi vida, este conocimiento así adquirido me ha servido para nada y, en aquel momento preciso, lo único que se me ocurrió pensar al ver las agujas, es que en todo mi país todos los relojes indicaban las 10, mas que en el país vecino indicaban ya las 11.

En cambio las 9 no eran indicadas en ninguna parte, pues caían en medio del océano, en medio de las aguas desiertas, a no ser que en ese instante pasara por allí un buquecito errante.

Cosa muy poco probable.

IV

Un momento más tarde estallaron todos los hormigueros de la región. Y las galerías, que por siglos habían aprisionado a las hormigas, se escaparon por los aires con un ruido de pájaros de vidrio.

Junto con ello me asaltó el temor que, con tales explosiones, se produjese un nuevo y formidable desorden que hiciese derrumbarse entero el fundo de *La Cantera*.

Corrí.

No había peligro alguno. Porque allí estaban Desiderio Longotoma y el cínico de Valdepinos.

Julián Ocoa había fallecido.

Llevaban su cuerpo muchos frailes. Sobre su pecho, el violín; sobre sus piernas, el arco.

Avanzaba solemne el cortejo. Adelante una cruz se mecía como el mástil de un buquecito errante en medio de las aguas desiertas a las 9 de la noche.

En sentido contrario a la marcha del cortejo y paralelo a él, corrían todas las ratas de *La Cantera* y todas las hormigas quedadas sin hormigueros.

No había peligro alguno.

V

Allí estaban Desiderio Longotoma y el cínico de Valdepinos.

Julián Ocoa había fallecido.

R. I. P.

Aquellos dos hombres se hallaban en un vasto galpón. Toda la luz allí era ocre, del color del aserrín de una pista de circo. La mesa central de ébano, las sillas blancas, la bolita azul, los dos hombres, eran ocre, ocre desteñido de chonchón de parafina. Por eso fué que, al sacar de mi bolsillo una fresa, se hizo una hermosísima armonía de colores entre la fresa y todo lo demás.

Desiderio Longotoma, fuera de sesudo y sabio, es bajo, gordo y lleva bigotes. El cínico de Valdepinos, fuera de cínico, es alto, flaco y rapado.

Estaban sentados junto a la mesa, uno frente al otro. Ambos se balanceaban acompasada y alternativamente: cuando el uno se inclinaba hasta tocar la mesa con el frontal, el otro se enderezaba hasta clavar los ojos en el techo. Y esto, con ritmo absoluto, fijo. De modo que cuanto de ellos y de allí se desprendía era armonía pura, armonía capaz de desafiar todas las explosiones del mundo.

Agréguese lo siguiente y crecerán ritmo y armonía: en cada movimiento Valdepinos decía:

—Tinguiririca;

y Longotoma decía:

—Melancólico un quinqué.

Tan, tan,

tan, tan...

Ritmo absoluto. Armonía pura.

—Tin-gui-ri-ri-ca.

—Melancólico un quin-qué.

Tanta armonía y tanto ritmo desataron mis nervios. Al desatarse, la bolita azul se puso en movimiento.

Empezó a rodar por el suelo y, a cada momento, venía a golpearme los pies.

Así es que, muy quedamente, salí.

Era fortificante saber — a pesar de los nervios — que allí quedaban esos dos hombres ordenando en la luz ocre cuanto pudiese caer en desorden.

VI

Junto con traspasar el umbral:

—¡La viuda! — exclamé con razón, pues la maldita vieja puntiaguda me abordaba como un proyectil.

—¡Ay, hijito! — me dijo—, yo fuí tan amiga de tus padres...

Y me hizo recular siete años en mi vida.

—Tú no te acordarás siquiera cuando vivíamos todos en la calle Chuquisaca...

Y me echó treinta años hacia atrás.

—¡Ay, hijito! — me repetía colgada de la solapa—, tú me decías tía Chacha...

¡Santo Dios! Ya no estaba agarrado más que con dos años a este mundo.

—Y si supieras cómo me acuerdo siempre de ese día, el año de...

¡Vieja bruja! ¡Ya me lleva y me mete en el vientre de mi madre!

—Te diré, hijito, que cuando yo era niña como tu sobrinita y jugaba con tu madre, niña también...

¡Vieja tenebrosa, parida en los Infiernos! ¡Héte ya a tus anchas en el mundo del no ser, acurrucada cual siniestra alhuaquereca graznando!

—De todo me acuerdo, señora, de todo, tía Chacha... Tome, tome usted, cinco pesos.

VII

Seguí por la noche, entre zarzales y malas yerbas, dejando viuda y galpón allá atrás. Hasta que me hallé frente a dos veteranos que conversaban afirmados en el último manzano.

Desde la guerra del 79 siempre conversan ahí.

Hablaban ahora de una guerra próxima con un vecino cualquiera y confiaban en nosotros para un nuevo triunfo como el de ellos. Me puse a escucharles tras un cerezo.

Luego hablaron de nuevas guerras y conquistas, cuando yo — según mis cálculos — fuese a mi vez un veterano afirmado de noche en un manzano. Y, enardecidos con clarines, uno le dijo al otro con gesto marcial, indicándole con su valeroso índice un muchachito que pasaba:

—Ten la certeza, compañero, que cuando los nietos de ese chiquilín que va allí...

Para cuando los nietos del chiquilín...

Pero, ¿y yo, entonces, y yo? ¿Acaso porque estoy tras un cerezo mi existencia pasa como un relámpago?

VIII

Seguí saltando zarzales y malas yerbas.

Al tropezar contra una piedra sentí que la sangre me corría a flor de piel. Quedaba, por lo tanto, a merced de cualquier mala intención que se hallase suelta por el campo. Y peor que exponer los nervios, o el cerebro, o el corazón al dominio de tales intenciones, es exponer la sangre a lo que pueda errar en una noche abandonada de la sucesión de todas ellas.

Primer peligro.

Segundo:

Con la sangre así, podía ser presa también de cualquier ser viviente por inofensivo que fuese. Pues bastaría su roce para que la sangre se me destilara chorreando a través de la piel, en láminas delgadas de arriba a abajo.

Nada me aconteció, salvo el paso de un avión silencioso que, más que acontecerme a mí, le aconteció a todos los grillos de la comarca.

Llegué desnudo al patio principal, desnudo no únicamente para ojos, sino para la creación.

Ya no quedaba ni un resto de la noche de metal. Ahora, noche de carbón.

En medio de ella, y partiendo del patio, creció un tubo. Sus paredes eran de aire. Estas paredes contenían, por fuera, la noche de carbón.

Por dentro goteó entonces hasta llenarlo una luz plomiza. Gracias a ella pude ver que estaban todos allí charlando en pequeños grupos.

Mi sangre seguía a la intemperie.

Charlábamos sin peligro.

Hasta que miré a un extremo del patio:

Ahí dos lindas damitas con sus amplias crinolinas

que inflaban la seda de sus faldas rosas, dos lindas damitas, silenciosas y sonrientes, me miraban. Y las dos lindas damitas tenían rostros de cera.

Un segundo nos miramos los tres. Y mi sangre, por trasparencia, humedeció entero mi cuerpo.

Sonreía la cera de sus caritas lindas. Chirriaba muy dulcemente la seda de sus faldas.

Dos sombrillas, mantenidas por sus manecitas enguantadas, vinieron a encuadrar sus dos sonrisas y las agujas negras de sus miradas hacia mí.

No habría más de diez metros entre nosotros.

Diez metros hacia adelante.

Hacia atrás, todos los metros de mi vida pasada.

Mas hacia adelante, repito, sólo diez.

No iría yo a quemarlos marchando hacia las damitas. Todo hombre, cuando ve que no le restan más que diez metros, se detiene.

Sopló entonces un viento suave y los maitenes del patio titilaron. El trecho que me rechazaba a caminar, el viento lo caminó hacia mí. Pues titilaron también las dos sombrillas, sonrieron más las caritas de cera y, balanceándose con dulzura las dos amplias faldas de seda rosa, las damitas enguantadas, en un minueto silencioso, finamente, empezaron a avanzar.

Ante su proximidad clamé a todos los Dioses me alargaran otras leguas de vida hacia otros rumbos, fuesen ellos por la noche circundante. Pero mi clamor se perdió y mi cuerpo pasó a no ser más que de hilos de sangre externa, hilos que circulaban fuera de mi piel, fuera de mi voluntad, abiertos, ¡sí!, a la creación entera, al vientecillo de los maitenes, al beso de las damitas, al contacto de sus labios duros sobre mis venas desdobladas.

¡Damitas lindas y cadenciosas! Sus cuatro ojitos de alfiler mirábanme el cuello bajo los oídos y hacia ahí caminaban. Una de cada lado, hundirían la cera de sus rostros en mi sangre desparramada y sentiría

yo, allí en ese punto de aguda sensibilidad, allí en el cuello, sus labios negros, sólidos, delineados. besarme, besarme, irme por ellas dentro, borrarme en nada, en ahogo angustioso, por el cuello en sus labios yo todo íntegro, mientras ellas, embriagadas, dejarían inclinarse lentamente las dos sombrillas como dos flores tumbadas al peso de la sangre en sus pétalos de seda.

¡Silencio! ¡Inmovilidad! ¡Estáticos todos! Sólo las campanas de sus faldas se mecían adormecedoras. Cerré los ojos un instante. Cuando los volví a abrir, las dos caras estaban junto a mí, junto, junto, rozándome la sangre y mirándome fijamente. Mas ya no sonreían. Serias, herática, impenetrables, eran dos máscaras de quietud. Dejé de ver a mis compañeros de charla, dejé de ver el patio y sus maitenes, dejé de ver sus faldas rosas, sus sombrillas y manecitas enguantadas, y todo yo no fuí más que visión de la palidez de sus ceras inmóviles. Y ya rozándome la piel de mi sangre, se acercaron siempre, se acercaron más, más y más, hasta que, en la detención absoluta, borráronse a su vez sus rostros y no hubo, por un momento, sino dos ojos míos dilatados por el terror y cuatro ojos negros y fijos, solos en el espacio, clavándose en los míos.

¡Lindas damitas! Era mi último instante.

Hice entonces una mueca grotesca y reí.

Golpeó mi risa en sus caritas lindas. Y ellas — sensibles a mi reír — hicieron eco riendo a su vez, con pereza, es cierto, mas inclinando flojamente sus torsos hacia atrás.

Entonces volví a verlas, mascaritas adoradas, volví a ver las faldas de seda rosa, su crujido quebradizo, los amigos en charla siempre, el patio, los maitenes y allá, por encima de las tejas, las últimas hojas de un palto añoso. Y entonces también, al volver a verlo todo, pude medir la magnitud de mi peligro, pues mientras así me iban mirando las dos damitas, una de ellas,

sin que yo lo sospechase, había comenzado a bajar sobre mí, quedamente, su sombrilla a manera de un bocal que me cubriese aislándome de toda posibilidad de existencia y encerrándome a solas con mi sangre y con sus dos boquitas duras, allí tras los oídos ajustadas.

Pero reían inclinadas hacia atrás y, al separarse así, al abrirse de este modo, que se me antojó ser un abanico que se abría, pudo sonar el instante de mi salvación.

Agité los brazos y escapé.

¡Damitas lindas de cera suave y sedas lindas!

IX

Escapé recogiendo con ambas manos mi sangre hacia adentro, anteponiendo la piel al ambiente, hasta que llegué al borde de aquella noche del fundo de *La Cantera*.

Entonces me asomé.

Abajo, muy abajo, con un sordo ruido de torrente, iban las noches y los días entrelazados en su santa sucesión de infinito.

Allá abajo se deslizaban — claro, obscuro; oro, rojo—, y como serpentinas del Sol y de la Luna, seguían su misión con todos los hombres dentro, con todas sus miserias, sus buenas dichas y sus cadáveres.

¡Volver! ¡Volver! — fué mi esperanza.

Me lancé al abismo. ¡Atrás el maldito fundo de *La Cantera*, enredado en esa noche desprendida y errante del vacío!

¡Atrás y adiós todo aquello!

Ahora me balanceaba cayendo. Sentí el silbar de una noche que pasaba por abajo; luego el estruendo

de un día que seguía su destino; y otra noche, y otro día: desarrollábase la cinta sin fin.

Caí.

X

Fundo de *La Cantera*.

Para toda clase de datos, dirigirse a E. Buin, oficina: 10.o piso del Banco del Pacífico, cualquier día hábil a cualquier hora ídem. Rarísimo que tome vacaciones.

U N
VICIO

Anoche, desde mi cama, oí el grito ronco de una mujer que gozaba.

Anoche oí detenerse el reloj dos minutos esperando a la Luna que a su vez se había detenido para ver, en su propia sombra de la calle, dos perros que se batían.

Anoche canté, solo, de espaldas:

Voy pa mis montañas
A pedirle a Dios
Pa estas penas mías
Nieve, viento y sol.

Oí mi canto. Lo cual es altamente absurdo.

Consideré también altamente absurdo cómo están organizadas sobre esta Tierra las cuestiones del sexo. Pues todas las muchachas hermosas deberían estar desnudas, de espaldas, atadas con gruesas cadenas, y con los muslos abiertos, totalmente abiertos. Entonces se las podría azotar sin piedad.

Pero no hay organización alguna. Al menos mientras las estrellas no nos expliquen todas sus distancias reducidas a entre ambas manos, y al menos mientras los obispos no vistan del verde de los musgos de los pantanos sosegados.

Nada de lo anotado es arbitrario. Entre esos tres elementos — muchachas atadas, estrellas y posibles obispos vestidos de verde — he visto siempre una filiación absoluta. Prueba de ello es que no he puesto

otros elementos sino los anotados. Ahora bien, que yo, hoy día y hasta hoy desde 42 años, no pueda desmontar y luego explicar con claridad de cerebro bien organizado tal filiación, no es prueba alguna de su no existencia. Debe pensarse que tampoco puedo dilucidar cada uno de los elementos que la forman. Sin embargo nadie duda de su realidad. Desafío a quien sea a que me desmonte y explique una muchacha aunque él mismo la haya atado. Desafío una explicación convincente sobre las estrellas aún si se dispone de todos los telescopios del mundo, pues los telescopios mismos necesitarían una explicación ya que sólo existen por la explicación abstracta que antes el cerebro fabricó. Desafío a cualquier humano a que tome a un obispo, le quite sus vestimentas habituales y las reemplace por las de un tono exacto al verde de los pantanos sosegados. Luego que se siente frente a frente del obispo—que fume o no fume, absorba o no rapé, me es igual—, y con voz nítida me explique lo que realmente acaba de suceder. ¡Desafío! Y, por otro lado, que se presente quien dude de la existencia de muchachas, estrellas y obispos. Por mi parte, espero alguna vez explicar todo esto debidamente. Sigamos, pues, con las cuestiones del sexo.

Podrían tener solución más rápida. Sería ella si pudiésemos encontrar placer en hacer el amor con largas tiras de terciopelo. Esto tampoco es arbitrario. Puedo rehacer aquí una argumentación semejante a la anterior. Pero esto me quitaría mucho tiempo y es necesario, es urgente, que pronto, antes que termine el grito de esa mujer que goza, es indispensable que todos los hombres bien nacidos, todos cuantos nos emocionamos ante las voces de Patria y Virtud, es impostergable que luchemos tenazmente en contra del vicio del alcohol.

Mas para esto hace falta un muchacho esbelto, moreno, de ojos claros, que vestiríamos con una malla

muy ceñida de color corteza de almendra y que tocaríamos con un gran sombrero, un sombrero planetario, el sombrero en sí mismo y en su total grandeza. ¡Oh qué magnífica, oh qué soberbia cosa es un sombrero!

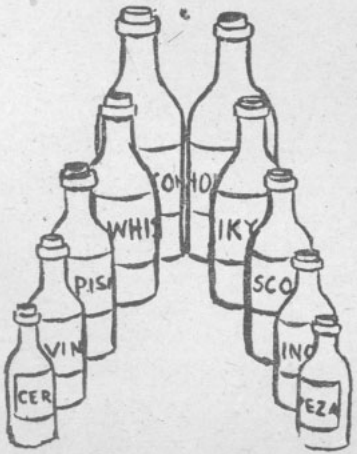
Yo, aquí en casa, tengo diez y siete. Juro solemnemente que hace ya nueve años que jamás me he acostado sin antes haber orinado varias gotas sobre cada uno. Luego cojo un pequeño fusil de salón y hago fuego sobre los diez y siete, uno tras otro. Volvamos al muchacho.

¡El sombrero inimaginable!

El muchacho debe esperar algunos minutos.

He tomado un cajón parafinero, de madera bruta. Tiene cinco costados. Es decir, tiene un hueco que cubro con un vidrio para que no se pueda tocar lo que hay dentro, pero, sí, se pueda ver. Listo.

Hay a un costado cinco botellas que crecen de tamaño a medida que se alejan del vidrio. Al otro lado hay otras cinco iguales. Se juntan al fondo. Así:



En las dos primeras se lee: *Cerveza;* en las segundas: *Vino;* en las terceras: *Pisco;* en las cuartas: *Whisky;* en las quintas: *Alcohol Puro.*

Símbolo expresado:

Las botellas crecen de tamaño: el alcohólico necesita cada vez más alcohol.

Junto con crecer las botellas, crece el grado de alcohol del contenido.

Símbolo expresado:

El alcohólico no sólo necesita mayor cantidad sino que también aumentar la potencia del mismo, desde cerveza hasta alcohol puro.

En el primer plano, al centro, se yergue una rosa artificial. Así:



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

Símbolo expresado:

Bajo la influencia de los vapores alcohólicos todo

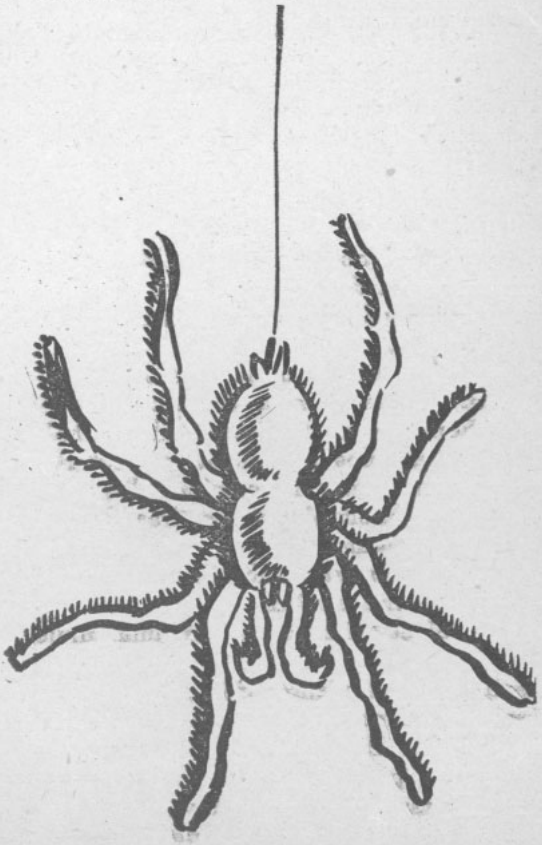
lo vemos color de rosa, como una rosa. De ahí la rosa.

Pero la rosa es artificial.

Símbolo expresado:

Nada de lo que vemos color de rosa tiene, de verdad, tal color. La vida sigue. La vida es negra.

De lo alto, sobre la rosa, cuelga de su hilo, una tarántula velluda. Así:



Símbolo expresado:

Las tarántulas, sobre todo las velludas, son repugnantes, asquerosas, infernales. A eso lleva el vicio del alcohol: A convertirlo a uno en un ser repugnante, asqueroso e infernal.

No se olvide que la tarántula queda *sobre* la rosa.

Símbolo expresado:

La verdad está sobre la mentira.

Cada cual puede hacer esta construcción simbólica en su propio domicilio. Pero, si se quiere que alcance a las masas, hace falta algo más:

¡El muchacho!

Y el sombrero.

El muchacho con su sombrero debe colocarse tras el cajón y el cajón debe colocarse al centro de una plaza pública. El muchacho debe ponerse a gritar:

—¡Acudid! ¡Acudid!

Entonces, sí, acudirán las masas y, al ver todo aquello, huirán para siempre del vicio del alcohol.

Si los hombres no bebiesen, tal vez habría posibilidad de atar algunas muchachas y azotarlas. Así las estrellas podrían seguir su camino, los obispos seguir con sus sotanas habituales y las tiras de terciopelo no temer violación alguna.

Pero hace falta el sombrero. Recibiré todos los modelos que se me envíen.

Anoche oí el grito ronco de una mujer que gozaba.

Luego sopló el viento. Se lo llevó todo. Se llevó un obispo que depositó, tras ocho siglos de vuelo, en medio de la Vía Láctea.

Ese obispo puede ser allá nuestro representante en la lucha tenaz en contra del vicio del alcohol. Sólo que..., hay que buscar medio de enviarle cuanto an-

tes un muchacho esbelto, moreno, de ojos claros. El allá se encargará de vestirlo como sea necesario. Acaso, dado el clima, con arena.

Como sea, ¡hay que luchar! Al fondo — ¡no lo olvidéis! — están las muchachas atadas con cadenas. No lo olvidéis: ¡podréis azotar sin piedad!

Anoche oí el grito ronco de una mujer que gozaba.

Un momento después me tomé una copa de alcohol puro. Y lloré sobre las desventuras que afligen a mis semejantes.

Luego tomé una copa de whisky. Lloré sobre cuanto tienen que sufrir, a causa de mis semejantes, los animales y las aves de nuestro planeta.

Luego tomé una copa de pisco. Lloré por los reptiles, los peces y los insectos.

Luego, una copa de vino. Lloré por las flores, las hojas, los frutos, por las raíces que se entierran suelo abajo.

Por fin tomé un vaso de cerveza. Y lloré por nuestros hermanos, nuestros tiernos y dulces hermanos que no hablan, que no crecen, que no fornican: los minerales.

Entonces me encomendé al obispo de la Vía Láctea y le imploré tuviese a bien pedirle al Sumo Hacedor hiciese caer sobre la Tierra una lluvia abundante de agua de Su Reino o de las simples nubes si el tedio en aquel instante lo dominaba.

Llovió.

Estiré ambas manos juntas. Me inclinè sobre ellas. Bebí, bebí agua, agua inocente y celeste.

Apareció Pibesa, lenta, regular, sobre sus empinados taconcitos rojos.

Sonriente, se dejó atar con cadenas gruesas.

Desnuda, clara, lejos de toda sombra de alcohol. Clara, diáfana. Su cabellera de oro viejo y obscuro; su sexo de oro vibrante. Sus pies con las dos largas gotas

sangrientas de sus taconcitos. Las cadenas mudas.

La azoté sin piedad.

La azoté con el látigo hecho de cuero de potro. Un potro manso y sosegado. Aquel que, cuando yo niño, muy niño, me paseó con tranco lento por sobre el primer cerro que veía.

La azoté más y más.

Entonces todo el barrio, todo Santiago, todo Chile, toda América oyó, en medio de la noche, el grito ronco de una mujer que gozaba.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL